

SANTIAGO DE CHILE, NOVIEMBRE DE 2015



CARRERA DE SOCIOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

UNIVERSIDAD DE CHILE

NARRATIVAS DE LA INDIVIDUALIZACIÓN EN CHILE

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE SOCIÓLOGO

AUTOR: VICENTE SILVA PALACIOS
PROFESORA GUÍA: CATALINA ARTEAGA AGUIRRE

Agradecimientos

Como es natural, esta memoria de título no podría haber sido realizada sin la ayuda de varias personas que han hecho de soportes en mi trayectoria personal.

En primer lugar, quisiera expresar mi gratitud a los profesores Omar Aguilar, Catalina Arteaga, Emmanuelle Barozet y Manuel Antonio Garretón del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile por haber estimulado mi proceso educativo y las reflexiones que he intentado plasmar en la presente investigación. Por otra parte, a ellos también les agradezco su disposición a responder a las inquietudes mías y de mis compañeros. A estos últimos les agradezco su amistad, las conversaciones y los buenos momentos que compartimos durante estos años, particularmente a Alejandro Plaza, Felipe Ulloa, Ignacio Montenegro, Manuela Jiménez, Tomás Puentes y Thomas von Graevenitz.

También quisiera agradecerles a los profesionales del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), quienes me dieron las facilidades y el apoyo necesario para poder llevar a cabo mi estudio. En especial a Daniela Ortega, por su constante disposición y compañerismo, y a Raimundo Frei, por sus comentarios y apoyo metodológico a esta investigación.

Al equipo de trabajo del Proyecto Fondecyt “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social del Chile” por darme un espacio para realizar mis intereses y por haberme entregado material valioso para llevarlos a cabo. Los aprendizajes del proceso de investigación se los debo en gran medida a este equipo, particularmente a las académicas que lo han integrado: Andrea Greibe, Catalina Arteaga y Sonia Pérez.

A mi familia por su apoyo incondicional y por haber creído en mí en todo momento. Y muy especialmente a Ricardo, retrato fiel de la individualización, quien vivió siempre con el peso de sus decisiones y errores a costas. En parte esta tesis tiene el propósito de alivianar, al menos en el pensamiento, la carga con que vivimos los individuos de nuestro tiempo, de sentirnos únicos responsables por lo que hacemos y lo que no. Una de las tareas de la sociología, desde mi perspectiva, es mostrar cuán ilusoria es esa premisa y también el sufrimiento al que puede conducir.

A Camila, por todo, todos estos años.

Índice

1.	Presentación de la investigación.....	4
	Pregunta de investigación, objetivos e hipótesis del estudio	9
2.	Marco teórico.....	11
1.1	La sociología del individuo: precisando el enfoque	12
a)	La “segunda modernidad” como trasfondo histórico de la problemática del individuo	16
b)	La crisis de la idea de sociedad como posibilidad epistemológica de emergencia de las sociologías del individuo	22
	Comentarios críticos.....	26
1.2	El concepto de individualización: individualismo institucionalizado, individuación y narrativas biográficas	29
a)	Individualización como individualismo institucionalizado	29
b)	La individuación por las pruebas como estrategia de análisis.....	37
c)	Posiciones, trayectorias sociales y soportes: la topografía desde la sociología del individuo	45
	Conclusiones: el análisis de la individualización desde las narrativas posicionales.....	53
3.	Antecedentes	56
I.	La trayectoria a la modernidad en Chile y el régimen de Bienestar: el marco histórico de la individualización.....	56
II.	La configuración del espacio social: privatización e individualización de la movilidad ocupacional	64
III.	La individualización, la individuación y las experiencias posicionales en Chile.....	70
4.	Marco metodológico	78
3.1	Técnica de producción de la información: entrevistas en profundidad	78
3.2	Criterios muestrales del estudio	80
3.3	Estrategia de análisis narrativo	81
3.4	Codificación y uso de software de análisis cualitativo	89
5.	Presentación de los resultados	92
I.	Las trayectorias posicionales: evaluaciones, experiencias y tramas narrativas.....	94
a)	La comedia de los sectores trabajadores: caída, estancamiento y repunte en los hijos..	95
b)	Narrativas en disputa: los sectores medios, sacrificio y aspiración	102
c)	La narrativa romántica de los empresarios: altibajos, resiliencia y pasión.....	110
II.	La estructura de los relatos. Soportes, oponentes y el rol del poder	116

a)	Los soportes de las trayectorias sociales: la centralidad de la familia y la imagen del individuo soportado en sí mismo	117
b)	Los obstáculos a las trayectorias y el papel negativo del poder	126
3.	¿Quién es exitoso y quién fracasa en Chile? La narrativa imaginaria del hombre soportado en sí mismo.....	136
a)	El individuo exitoso en Chile: factores individuales y estructurales en la narrativa imaginaria.....	139
b)	Los determinantes del fracaso en “el individuo en Chile”: la primacía de la responsabilización individual	143
6.	Reflexiones finales.....	147
	Conclusiones metodológicas.....	147
	Conclusiones teóricas.....	148
	Conclusiones empíricas	152
7.	Anexos	156
	Anexo 1: Pauta temática de las entrevistas en profundidad	156
	Anexo 2: Composición de la muestra del estudio.....	157
	Anexo 3: Consentimiento informado de las entrevistas.....	159
8.	Bibliografía	162

La vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical, en el sentido de que a ella tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella... No digamos, pues, que el hombre es, sino que vive.

José Ortega y Gasset, Historia como sistema

No se percataba de que, por el contrario, su trayectoria, lo que ella llamaba sus errores, encajaba en un conjunto de mecanismos completamente lógicos, casi dispuestos de antemano, implacables. No se daba cuenta de que su familia, sus padres, sus hermanos y hermanas, e incluso sus hijos, y casi todos los vecinos del pueblo, habían tenido los mismos problemas, que lo que ella llamaba errores no eran, en realidad, sino la más acabada expresión del desarrollo normal de las cosas.

Édouard Louis, Para acabar con Eddy Bellegueule

1. Presentación de la investigación

Este estudio se enmarca dentro del Proyecto Fondecyt n° 1140930 “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social del Chile”, llevado a cabo por académicos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. En tal investigación, por medio de una serie de aportes diversos, se intenta dar cuenta de ciertos procesos estructurales de la sociedad chilena que han tenido lugar las últimas décadas, a través de las experiencias e historias individuales. Buscando mostrar desde la realidad del individuo las dimensiones y consecuencias de dichos procesos, se ha producido material empírico acorde con esas intenciones, el que recogemos en esta investigación para tratar de seguir ese espíritu, de analizar fenómenos sociales en base a lo que los propios actores que llevan adelante los procesos, tienen para decir. En ese sentido, nuestro estudio se enmarca dentro de lo que se ha denominado la “sociología del individuo”, conjunto heterogéneo de trabajos dedicados a hacer un explícito vínculo entre los factores societales y las biografías particulares. La premisa de esa forma de hacer ciencia social plantea que los individuos constituyen una entrada plausible al estudio de lo social y no sólo eso, sino que corresponde a una entrada *fructífera* en términos de sus rendimientos sociológicos (Martuccelli y de Singly, 2012).

Acorde con la sociología del individuo, el proyecto en que desarrollamos nuestro estudio sigue una línea investigativa que ha mostrado ser provechosa en el campo sociológico local, por cuanto ha producido importantes trabajos dedicados a la comprensión del curso que sigue la sociedad chilena en diversas áreas. Al acceder a ello por medio de los individuos, protagonistas en todo caso de cualquier transformación estructural a una sociedad, se ha logrado refinar análisis que pueden ser demasiado gruesos de no recurrir a una escala individual, cuestión que permite no sólo afinar la mirada, sino que también complejizar observaciones que por su generalidad ocultan la heterogeneidad propia de los fenómenos sociales. En el caso de nuestra investigación, hemos querido en esa misma línea poder profundizar en procesos tan abstractos como generalizados, que tienden a ser descritos como homogéneos en su avance y sin participación de los propios actores, de su perspectiva y de su historia, ignorando así que su materialidad recae en los individuos, lo cual nos plantea un desafío analítico y metodológico que se debe enfrentar para tomar al pie de la letra dicha materialidad.

El objeto que hemos intentado estudiar desde la sociología del individuo son las trayectorias sociales de personas pertenecientes a distintos sectores sociales. Todos quienes participan de una sociedad tienen una posición en un espacio de diferencias, en que se reparten los actores de acuerdo a la cantidad y la calidad de los recursos que poseen. Pero la ocupación de ese lugar –auto-atribuido o reconocido por los otros en forma de estatus, como señalara Parsons (1966)- tiene lugar en la historia: se tiene una posición de origen, según los recursos de la familia en que se creció, así como una posición de llegada, que es el sitio actual en que se encuentran los actores. Entre ambos puntos media una *trayectoria*. Ésta puede ser estudiada al menos de dos formas desde una perspectiva sociológica: el análisis puede enfocarse en la *movilidad* de los agentes en términos de la distancia y la dirección del tránsito desde la posición de inicio a la que se ocupa actualmente. Esta entrada implica el uso principalmente de encuestas ocupacionales o con un foco en la estratificación, integrando variables que permitan medir la movilidad. Por otra parte, desde una perspectiva analítica diferente, asoma otra vía de estudio de las trayectorias, que es una centrada en el relato que hacen los individuos sobre la misma, pues ella no sólo ocurre en un espacio social, sino también en el tiempo, dimensiones en que se desenvuelve un recorrido que es en realidad la *vida* misma del individuo. Nuestro foco está puesto en los elementos comunes que podamos encontrar en los relatos, pues nos conduce la intención de comparar y de distinguir los mismos en relación a las posiciones sociales de sus protagonistas.

El enfoque narrativo aplicado al estudio del espacio social tiene como referencia clásica, entre otras, la obra de la socióloga norteamericana Margaret Somers (1992) y su propuesta de estudiar las “identidades de clase” desde los relatos que circulan entre sus miembros. Si bien compartimos ciertas posturas epistemológicas de su apuesta –particularmente el carácter contingente de la formación de dichas identidades en relación a la estructura económica-, no hacemos nuestra su perspectiva, en la medida en que no buscamos caracterizar la identidad de los sectores estudiados (en esos términos). Igualmente, nuestros resultados muestran parte de ello: al adentrarnos en la evaluación que los actores hacen de sus trayectorias respectivas relevamos los *valores* que caracterizan la experiencia posicional de cada sector, lo que nos acerca tanto al estudio de las identidades como al de las *symbolic boundaries* realizado típicamente por Michelle Lamont (1992, 2000). Para aclarar este punto: si bien tales enfoques son adecuados para investigar narrativamente las trayectorias sociales, nosotros buscamos desarrollar un nivel de abstracción menor, pues simplemente queremos dar cuenta de los relatos de esas trayectorias y

leerlos a la luz de ciertas teorías sociales. Al poner el énfasis en los *individuos* descuidamos intencionadamente la problemática de las identidades y de las barreras de clase; de hecho, preferimos hablar de *posiciones* y de *sectores* antes que de clases, dejando abierta la pregunta sobre si ellos constituyen clases sociales o no (lo que será justificado en el Marco teórico). Pensamos, por otra parte, que desde una sociología del individuo el foco debía estar puesto en los actores y no precisamente en las clases, concepto cuyo uso habría condensado sobremedida la diversidad de experiencias que buscamos mostrar.

El acercamiento a este nuestro objeto de estudio –las narraciones sobre las trayectorias posicionales- desde dicho foco implica adentrarse en sus experiencias particulares sin descuidar los factores estructurales que están a la base de las mismas y que pueden servir de marco de referencia para interpretar tales vivencias. No es otro el ejercicio que hacemos en esta investigación: nuestra pregunta central se cuestiona por el modo en que los individuos de distintas posiciones sociales relatan sus trayectorias en el Chile actual. Cuando aludimos al “modo” nos preguntamos por dos cosas: los *contenidos* que se incluyen en los relatos en forma de experiencias y representaciones, por un lado, y la *forma* en que se estructura la narración, en que se combinan los elementos comunes a todo relato. Para operacionalizar tales dimensiones recurrimos a un análisis asentado en la teoría narrativa, la que ha mostrado ser útil para desglosar adecuadamente unas historias ricas en tramas, dramas, metáforas. Haciendo uso de esas fuentes hemos abordado principalmente la evaluación que los individuos hacen de su trayectoria, los recursos narrativos que conjugan para construir su relato y cómo es que explican el destino que las trayectorias ajenas toman en términos de éxitos y fracasos.

A decir verdad, no hemos buscado estudiar los relatos de estas trayectorias por un fin puramente descriptivo. En afinidad con las perspectivas de análisis que ya enunciáramos y que delinean el proyecto de investigación del que este estudio forma parte, hemos recurrido a las experiencias individuales para echar luz sobre un fenómeno social en particular: la individualización. Según Zygmunt Bauman (2001), tal proceso –extensivo a las sociedades occidentales- tendría como característica central que las biografías individuales prescindan de elementos estructurales al ser contadas, tal que estos últimos parecieran encontrarse ocultos en la vida de las personas. Es decir, los individuos contemporáneos tenderían a ver su propia vida como un recorrido desprovisto de influencias sociales, ante lo que se responsabilizarían por sus propios

éxitos y fracasos¹. Esta reflexión nos hizo sentido desde el momento en que realizamos una lectura preliminar del material empírico que luego analizamos más en detalle: esas características de los relatos los presenciamos de manera inmediata en las historias de los individuos en Chile. Por ello tuvimos la intuición desde un comienzo de que no sólo estudiaríamos la particularidad de las trayectorias y sus relatos, sino que tendríamos un fenómeno de amplia envergadura enfrente: la individualización. Ésta no podría ser entendida como un proceso únicamente biográfico, pues entendemos que una cierta configuración institucional en las sociedades modernas ha posibilitado su emergencia.

En base a lo anterior, comenzamos este trabajo reflexionando sobre el concepto de individualización: a qué se refiere, cómo estudiarlo y en qué medida podemos relacionarlo a las trayectorias posicionales. Tomamos el marco conceptual como punto de partida en lugar de empezar los antecedentes debido a que para nosotros aparece como prioritario el poder definir tanto el foco con que nos acercaremos al objeto de estudio, como lo que entendemos por este último. Ya habiendo establecido esas definiciones preliminares, procedimos a revisar la literatura sociológica. Comenzamos por describir el marco histórico en que se ha reflexionado sobre la individualización en Chile a partir del concepto de la “trayectoria a la modernidad” de la sociedad en cuestión. En ese escenario es que situamos las observaciones sobre cómo se ha establecido una configuración institucional que promueve la individualización de las narrativas: un régimen de bienestar focalizado, un modelo de libre mercado extendido a todas las áreas de la economía y un modelo sociopolítico en que la organicidad y la participación política en Chile se mantienen en niveles relativamente bajos. A partir de esos elementos leímos los trabajos sobre la fisonomía del espacio social en Chile, sus cambios y las derivas que ha tenido la movilidad social en el mismo.

¹ Esta imagen de una biografía “individualizada” carece, sin embargo, de evidencia empírica que permita caracterizar una biografía opuesta, “colectivizada”. Si bien nosotros tampoco contamos con material con que podamos contrastar dos momentos históricos a ese respecto –uno pasado y el actual-, bien podemos situar en ese papel opuesto lo que Ulrich Beck (2000) ha llamado el “paquete biográfico”: en una etapa más temprana de la modernidad los individuos tendían a ser “típicos”, a seguir las expectativas que los diversos roles sociales les proponían. Así, existían trayectorias altamente predecibles y, siguiendo la expresión de Beck, “empaquetadas”, ya producidas por las expectativas sociales, con lo que la reflexividad no se planteaba como imperativo a la hora de encauzar la propia biografía. Cuando ésta se individualiza se desincrusta de los roles, que en términos sencillos quiere decir que las personas no quieren vivir necesariamente como se espera que lo hagan a nivel colectivo; la trayectoria se separa del colectivo, al menos en apariencia. Entonces, lo que estamos contraponiendo son dos figuras biográficas que ha construido la sociología, más que dos fuentes empíricas referentes a periodos históricos distintos.

Finalmente, nos referimos a los trabajos que han descrito el proceso individualizador en Chile y cómo se ha abordado desde las experiencias personales en estudios recientes.

Finalmente, procedemos a presentar nuestra metodología y el tipo de análisis narrativo-estructural con que nos acercamos a las entrevistas. Este análisis muestra su potencial en la presentación de los resultados, donde nos enfocamos en diferenciar las narrativas que se aparecieron según las posiciones y los recursos de los actores, y en detallar las características de los relatos sobre las trayectorias individuales. Como se apreciará tanto en los resultados como en la conclusión, el escenario que pudimos alumbrar es uno en que las narrativas que los chilenos construyen en torno a sus recorridos están individualizadas en gran medida. Esto se refiere a que en la trama de sus relatos se le otorga una función al individuo en que él debe hacerse responsable por su bienestar y el de su familia, de manera muy acorde a las expectativas institucionalizadas en el modelo socioeconómico imperante. Por otra parte, se expresa en que los soportes que los individuos encuentran en sus trayectorias son principalmente familiares, o bien se apoyan en sí mismos, en sus ganas, aspiraciones y en una difundida actitud de resiliencia. Por último, sostenemos que la individualización se muestra en la forma en que las personas en Chile interpretan las causas de los éxitos y fracasos de los demás. En esa interpretación, resaltan los factores internos a los individuos como los más importantes para que una persona derive en uno u otro camino. Nuestra voluntad siempre fue, como ya hemos mencionado, entrar al estudio de la individualización *desde los mismos actores que la protagonizan*, tomando como evidencia sus relatos y percepciones.

Todo lo anterior nos lleva a algunas reflexiones metodológicas, teóricas y empíricas que puntualizamos en las conclusiones del estudio. Para precisar la guía de ruta con que definimos el curso del mismo, establecimos una pregunta central, unos objetivos e hipótesis de trabajo que nos permitieron ir avanzando en nuestro acercamiento al objeto en cuestión.

Pregunta de investigación, objetivos e hipótesis del estudio

Pregunta de investigación

¿Cómo los individuos de distintas posiciones sociales en el Chile actual relatan sus trayectorias en el espacio social, en un sentido narrativo?

Objetivos generales

- 1) Analizar comparativamente las narrativas que construyen individuos de distintas posiciones sociales en el Chile actual, sobre sus trayectorias en el espacio social local.
- 2) Interpretar tales narrativas desde las teorías de la individualización e individuación, enmarcándolas históricamente en un tipo de modernización particular al caso chileno.

Objetivos específicos

- 1) Problematizar desde las teorías de la individualización y la individuación el estudio de las trayectorias posicionales y sus antecedentes en la literatura sociológica.
- 2) Analizar comparativamente la evaluación que hacen los individuos de distintas posiciones sociales de sus trayectorias, atendiendo al tipo de trama que construyen en su narración.
- 3) Analizar comparativamente el modo en que se estructuran los relatos sobre las trayectorias en distintas posiciones sociales, enfatizando sus soportes, oponentes y el lugar del poder en ellas.
- 4) Analizar comparativamente las explicaciones que los individuos en general atribuyen al éxito o al fracaso en la trayectoria de un “individuo en Chile”.

Hipótesis de trabajo

- a) En la sociedad chilena se ha configurado una forma de “individualismo institucionalizado” inducido por el tipo de modernización vigente, que pone en el individuo la responsabilidad por su bienestar y su reproducción social.

- b) La literatura sociológica que ha abordado la relación entre los individuos y sus posiciones sociales en Chile han descuidado la dimensión narrativa de esa relación.
- c) En general, los relatos sobre las trayectorias sociales de los individuos entrevistados tienden a prescindir de los factores socio-estructurales para entender la deriva de tales trayectorias.
- d) Los individuos de los sectores trabajadores y medios presentan una narrativa evaluada según la estabilidad de las posiciones ocupadas, mientras que los empresarios evalúan de acuerdo al nivel de realización de sus proyectos personales.
- e) En la mayor parte de los individuos, independiente de su posición, se tienden a situar las disposiciones y competencias personales como los factores más importantes en el recorrido que llevan sus propias trayectorias, así como las de los otros.

2. Marco teórico

En este punto de nuestro estudio procederemos a construir un marco conceptual que relacione los fenómenos y los procesos que buscaremos investigar. Para ello, nos referiremos a distintos autores y temáticas, todo con el fin de situar adecuadamente –de acuerdo a los desarrollos teóricos que han tenido lugar recientemente en la sociología- el objeto del estudio: las narrativas de las trayectorias sociales que han protagonizado individuos pertenecientes a la sociedad chilena. Si en un comienzo tomaremos conceptos y reflexiones propias de la sociología europea contemporánea, en particular los referentes a las teorías de la individualización, luego iremos ajustando tales herramientas a la realidad latinoamericana, a la trayectoria a la modernidad que se ha presentado en esta región y a los procesos socio-históricos que han caracterizado la modernización en Chile en específico. Hacer este ajuste, creemos, nos evitará superponer un diagnóstico de época pensado para las sociedades desarrolladas, hacia unas situaciones en que las derivas históricas han sido básicamente distintas y que han impulsado modos particulares de configuración de las estructuras sociales y de los marcos institucionales que rigen las sociedades en cuestión.

Probablemente en esta etapa de nuestra investigación no se ahonde lo suficiente en los procesos concretos que han logrado diferenciar a unas sociedades de otras, pero lo que buscaremos será plantear la posibilidad de aplicación de un marco teórico determinado al contexto de la sociedad chilena en particular. Las modificaciones que deberemos realizar a sus conceptos para lograr una cierta fidelidad entre la teoría y la situación histórica a estudiar, serán ahondadas en la sección de los “Antecedentes”. Baste en este comienzo con enunciar brevemente el contenido de tales modificaciones: las teorías de la individualización, de las que haremos uso para analizar las narrativas, tienen como foco las transformaciones recientes del Estado de Bienestar en Europa Central, las que han propiciado que, por primera vez en la historia, la reproducción social recaiga sobre los mismos individuos (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). Dado que en Chile el tipo de Estado y el modelo de desarrollo imperante son distintos a los que predominan en los países de Europa occidental, plantearemos una forma determinada de individualización que tendría lugar en las sociedades periféricas (Robles, 2000), particularmente en las que tienen como modelo socioeconómico predominante al neoliberalismo (Lazzarato, 2009).

Frente a la contextualización de los conceptos que utilizaremos cabrá abrir preguntas que justifiquen la investigación empírica que presenta este trabajo.

Por lo anterior, podemos decir que en este marco teórico expondremos los principales conceptos utilizados en el estudio; en los antecedentes daremos cuenta de la particularidad histórica de la sociedad chilena en torno a los fenómenos relativos a la individualización, y en una tercera instancia, en el marco metodológico, justificaremos la estrategia de producción de información y el tipo de análisis que haremos respecto a las trayectorias sociales. En este primer momento de la investigación el marco analítico está compuesto de los siguientes elementos: presentaremos el enfoque general de la “sociología del individuo” para demarcar la perspectiva sociológica del estudio; luego abordaremos las teorías de la individualización que nos resulten iluminadoras para indagar en las trayectorias desde los mismos actores, y por último plantaremos el concepto de posición social que manejaremos en la investigación.

1.1 La sociología del individuo: precisando el enfoque

En un primer momento describiremos la posición analítica desde la que nos acercaremos a las trayectorias sociales. El marco general en el que podemos situar tal enfoque es el de las “sociologías del individuo”, que corresponde a una suma de perspectivas que se han desarrollado las últimas dos décadas en la sociología y que han venido a relevar tanto teórica como empíricamente el lugar del individuo en la constitución de lo social. Desde esa óptica, se ha intentado indicar a los actores individuales como una entrada plausible para estudiar procesos sociales de mayor escala, alejándose de las perspectivas que han tendido –sobre todo el funcionalismo y sus variantes críticas y conservadoras- a derivar los fenómenos microsociales de factores estructurales de amplia envergadura. En esa línea, en esta investigación buscamos estudiar las trayectorias que han experimentado las posiciones sociales de individuos pertenecientes a diversos grupos, principalmente desde su propia mirada. Así, puede enmarcarse laxamente dentro de lo que se entiende por “sociología comprensiva”, en la medida en que se aboca a interpretar la perspectiva de los individuos situándolos en posiciones y contextos estructurales (Bourdieu, 1999), pero no agota su ejercicio en la descripción del sentido que los actores dan al mundo y a sus prácticas en el mismo.

Antes que todo, debemos señalar que la sociología del individuo busca ser una macrosociología, un conjunto de observaciones sobre los procesos estructurales de una sociedad, pero que encuentra en el individuo una entrada privilegiada para analizar tales fenómenos (Martuccelli, 2010b). Es, por ende, una posición epistemológica que viene a contraponerse a los enfoques sociológicos que sitúan a las instituciones sociales o bien a las tendencias de grandes grupos poblacionales como las vías más pertinentes para referirse a la actualidad de una sociedad. El enfoque que adoptamos no es “individualista” en el sentido de que reduzca su campo de visión al que pueda desarrollar el propio individuo, sino que pretende tensionar y sobre todo conectar el campo de las grandes transformaciones estructurales de una sociedad con las experiencias y vivencias de sus miembros. Para ello se vale ciertamente de las descripciones sobre el contexto ampliado de las vidas individuales, no sólo para *comprenderlas* de un modo más fidedigno, sino también para develar una dimensión que suele ocultarse tras la semántica de los sistemas, de las esferas o de los grandes grupos, que es la de las experiencias vitales.

En el fondo, y antes de comenzar a describir sus características, podemos afirmar que las sociologías del individuo intentan recoger la “promesa” originaria de esta ciencia: interpretar el teatro ampliado de la historia, con sus grandes procesos, a partir de las biografías y la vida cotidiana de los individuos (Wright Mills, 1961). Con el uso de distintos dispositivos conceptuales y metodológicos, poder hacer perceptible la trayectoria histórica de una sociedad en un registro que logre aprehender las experiencias de quienes los han protagonizado, los han encarnado. El estudio de las tensiones que plantea la historia societal para la vida interior y la trayectoria objetiva de las personas es el motivo de hacer una sociología del individuo. Podemos definir primariamente este enfoque, con Martuccelli y de Singly (2012), como un acercamiento a los fenómenos sociales que desarrolla una *sensibilidad* especial ante las experiencias individuales. Para afinar esta entrada, diversos autores de veredas sociológicas muy distintas han desarrollado conceptos y metodologías que intentan atender a dicha sensibilidad. La variedad de sociologías del individuo obedece, en parte, a diversas escuelas de sociología según la nación y el campo intelectual de la que se trate (Martuccelli y de Singly, 2012).

Nos referiremos brevemente a ellas pues haremos uso de marcos conceptuales que provienen efectivamente de distintas tradiciones de pensamiento, de países diversos. En los Estados Unidos ha primado el análisis del individualismo en un sentido normativo, situando la

autonomía y la conciencia del individuo como la base del orden social². Otra entrada ha sido la de Ronald Inglehart y Oyserman (2004), quienes han estudiado en detalle los cambios culturales – entre los que se cuentan el auge del individualismo y de la búsqueda de auto-expresión- que han impulsado los procesos de modernización y posmodernización en distintas sociedades. En la sociología, por su parte, se ha puesto especial atención al estudio de la condición humana enfrentada a procesos de racionalización (reificación) o de mercantilización (alienación); igualmente, la teoría de la individualización de Ulrich Beck ha descrito el tránsito hacia las “sociedades del riesgo” con las consecuencias que ello ha generado en las biografías de sus miembros: una responsabilización e inestabilidad respecto al manejo de sus vidas. En ambas problemáticas lo que está en juego es, por un lado, la condición de la modernidad, su experiencia a nivel de los actores, y por otro, los procesos institucionales que han propulsado uno u otro tipo de modernización social.

En la sociología francesa también se ha desarrollado fuertemente una serie de teorías y de investigaciones empíricas que han tenido como centro analítico al individuo. De la variedad de autores que se han enmarcado en esta línea de investigación, podemos decir que los más destacados han seguido, aunque de modo crítico, la herencia intelectual del pensamiento de Pierre Bourdieu y de Alain Touraine, respectivamente. En cuanto a la sociología de Bourdieu, la obra de Bernard Lahire (2004) se ha propuesto estudiar en un nivel más detallado el carácter de las “disposiciones” que conforman los hábitos individuales, con lo que ha llegado a plantear la existencia de múltiples espacios en que se desarrollarían tales tendencias, complejizando así el esquema de las correspondencias entre posiciones y disposiciones realizado por Bourdieu (1999). Por su parte, en la tradición de accionalismo de Touraine han surgido teorías como las de Dubet (2010) o de Martuccelli (2007), que relevan el análisis de la experiencia individual y los modos en que se construye socialmente la misma. El foco de estos autores ha estado puesto en la “individuación”, es decir, el proceso por el que los individuos construyen su experiencia,

² En esa línea, una pregunta teórica central en la sociología de Talcott Parsons es cómo es posible que los actores se conduzcan de acuerdo a los imperativos normativos que colaboren al funcionamiento de la sociedad; en otros términos, por qué los individuos hacen lo que deben. En respuesta a esta pregunta, el marco de referencia de Parsons sostiene que es la acción de las instituciones la que posibilita el individualismo, la autonomía moral de la personalidad que se ajusta a los designios de la cultura gracias a un proceso exitoso de socialización. La correspondencia entre las expectativas sociales y las motivaciones del individuo es la causa de su autonomía y sensación de libertad (Parsons, 1966).

respondiendo a distintas racionalidades y a desafíos vitales de orden diverso, situando como trasfondo los cambios que han experimentado las sociedades occidentales en las últimas décadas.

Como hemos señalado, entre los autores mencionados no hay un consenso teórico pues sus entradas hacia el individuo son en realidad muy variadas, con lo que las problemáticas que tratan también se diferencian unas de otras. Pese a esta divergencia en lo que se ha denominado las “sociologías del individuo”, lo cierto es que ellas igualmente tienen puntos de encuentro, aparte de su común denominador más evidente: poner el foco sobre los individuos. Si bien los objetos de estudio varían –unos autores atienden a los procesos de modernización institucional y cultural, otros a la condición humana en el contexto de la modernidad tardía, o bien a la relación analítica entre estructura y agencia en el marco de tales condiciones- podemos decir que la emergencia de las sociologías del individuo tienen como trasfondo dos elementos en particular: el primero, de orden social, dice relación con las transformaciones que efectivamente han ocurrido en las sociedades contemporáneas y que han llevado a la ciencia social a postular un cambio en el *tipo de sociedad*, o bien en el *tipo de modernidad* imperante en la actualidad. El segundo, por su parte, es de orden epistemológico y teórico, y se refiere a lo que se ha denominado la “crisis de la idea de sociedad” y el creciente abandono de los paradigmas totalizantes en la sociología, que buscaban abordar su objeto como un todo integrado en partes funcionales.

Describir ambos elementos nos permitirá no sólo describir las condiciones de surgimiento de un enfoque sociológico del individuo, sino también situar la problemática que centra este estudio. Precisamente, los conceptos de individualización, individuación y posición social pueden comprenderse bajo los postulados de un cambio fundamental en las sociedades industriales de Estado-nacional (Garretón, 2000). Poner esto sobre la mesa nos permitirá abordar con mayor profundidad las trayectorias posicionales y sus narrativas, pues creemos que su configuración depende en gran medida de factores estructurales que han sufrido modificaciones de peso tanto en las sociedades desarrolladas como en América Latina. Por otro lado, los cuestionamientos a la concepción funcional de la sociedad nos darán la entrada y justificará nuestro acercamiento a las posiciones sociales desde una escala individual. Describiremos, entonces, de manera abreviada estos dos aspectos que han preparado el terreno para la aparición y difusión de las sociologías del individuo.

a) La “segunda modernidad” como trasfondo histórico de la problemática del individuo

La sociología, durante la década de 1980 y 1990 produjo una serie de teorizaciones que intentaron responder a los desafíos que, en el plano de la filosofía, plantearon autores ligados al posmodernismo (Lee, 2006). En ese sentido, la teoría sociológica no quedó indiferente frente a una serie de observaciones que entrevieron un cambio de escena radical en las sociedades occidentales, sobre todo en términos culturales; la retematización de la “naturaleza de la modernidad” llevó a reelaborar las premisas del análisis sociológico a fines del siglo recién pasado (Giddens, 1995). La erosión de los grandes relatos de la modernidad (Lyotard) que habían trazado una dirección al devenir histórico, o la entrada en una cultura de consumo en que los individuos viven en un presente perpetuo (Jameson), o en una dinámica mercantil en que la globalización de los productos tiende a volatilizar los códigos culturales (Featherstone); sea cual fuere el diagnóstico preciso que emergió desde el posmodernismo, lo cierto es que existió una reacción en el pensamiento social a tales descripciones que reconocían el advenimiento de una fragmentación identitaria e institucional. Sin querer profundizar en las principales teorías que participaron del resurgimiento de las reflexiones sociológicas sobre la modernidad, podemos nombrar entre ellas las de Beck y Giddens (modernización reflexiva), Bauman (modernidad líquida), Lipovetsky (hipermodernidad), Touraine (desmodernización), Wagner (segunda modernidad), entre otras.

Para los efectos de nuestra investigación, para poder clarificar los conceptos que analizaremos luego, recurriremos sólo a dos reflexiones provenientes de la sociología continental acerca de las transformaciones recientes de la modernidad. Ellas son la teoría de la modernización reflexiva, particularmente en la versión que Ulrich Beck elaboró de ella, y la teoría de la desmodernización descrita por Alain Touraine. Ambas fueron desarrolladas durante la década de los noventa, justamente cuando la sociología se volcó a elaborar una respuesta contundente ante quienes creían ver el fin de la modernidad en su forma clásica. Queremos postular desde ya que estas dos teorías nos podrán indicar dos modos distintos de individualización, en tanto demarcan dos formas diferentes de articulación entre los individuos y las instituciones en el contexto de la modernidad. En esa medida, resulta útil mostrar sus alcances, aunque también se debe reconocer en ellas, como hemos mencionado, el trasfondo histórico en que el individuo ha sido posicionado como una dimensión central en el análisis social contemporáneo. Cabe comentar que estos

diagnósticos sobre la deriva de la modernización occidental no plantean un proyecto de sociedad aplicable a sociedades no desarrolladas, como ocurrió con las teorías de la modernización de mediados del siglo pasado, sino que básicamente constituyen observaciones sobre las transformaciones institucionales e individuales que han redirigido *la experiencia de la modernidad* en su sentido clásico.

La modernización reflexiva ha sido definida por Beck como una “transformación de la sociedad industrial, que se produce sin planificación y de manera latente en el transcurso normal, autónomo de la modernización y que apunta bajo tres aspectos al invariable e intacto ordenamiento político y económico: una radicalización de la modernidad, que desvincula a la sociedad industrial de sus perfiles y premisas y que, a causa de lo cual, abre paso a *otra modernidad*” (1996, p. 233). Este autor contrapone este tipo de modernización a otra, anterior y de carácter “simple”: ésta significa principalmente una *disolución* de las formas de vida, de los roles sociales y los principios normativos de los órdenes tradicionales, para luego sustituirlos por las condiciones de las sociedades industriales. Si la modernidad acabó con las formas tradicionales de vida y sus visiones de mundo (*disembedding*), la sociedad moderna también generó nuevas formas de tipo tradicional (*re-embedding*), que se refieren tanto a la creencia en la ciencia como fundamento del conocimiento y el progreso como a la generación de nuevas identidades que entregaron un nuevo sentido al lazo social. La modernización de tipo reflexivo tendría como signo una radicalización de la modernidad simple, en la medida en que respondería a los efectos colaterales de un proceso de modernización autonomizado: en tanto *racionalización de la racionalización*, implicaría una erosión de las dimensiones culturales y organizacionales que, en el mismo seno de las sociedades modernas industriales, se convirtieron en “tradiciones” (Beck, 2000, p. 14).

Respecto a este proceso, podemos distinguir dos aristas que lo constituyen y que a su vez han significado los temas centrales de la obra de Beck: la expansión de los riesgos y la individualización. En primer lugar, el advenimiento de una “sociedad del riesgo” (Beck, 1996) implica que los procesos de modernización propios de las sociedades occidentales -cuyo ritmo se acelera con el avance de las técnicas en los procesos productivos- tienden a generar consecuencias no esperadas, riesgos, que amenazan con hacer de la racionalización social un movimiento que destruya sus propias bases y resultados -es el caso de los desastres ecológicos producidos gracias

al desarrollo industrial, o de las crisis financieras causadas por la desregulación del mercado de capitales. Por su parte, la individualización alude a un proceso de responsabilización de los individuos en cuanto a su reproducción social (Beck y Beck-Gernsheim, 2003), que conllevaría un creciente distanciamiento entre las instituciones de la modernidad (tanto políticas como sociales) en la biografía de las personas, las que se verían de cierto modo obligadas a generar sus propias referencias vitales. Esta dualidad de la modernización reflexiva, que de un lado aumenta la exposición a riesgos de distinta índole y en el otro posibilita una mayor responsabilización de los individuos frente a sus avatares, corresponde a una ambivalencia problemática de las sociedades contemporáneas, en que se contraponen una expansión de las opciones, pero también de las amenazas (Berlain, 1996).

La modernización reflexiva en tanto diagnóstico de época plantea un distanciamiento creciente entre instituciones e individuos, como decíamos anteriormente. La institucionalización de la crítica corresponde a uno de los rasgos propios de la sociedad moderna (Habermas, 2008), lo que ya en la modernidad simple o industrial justificó la caída del orden tradicional en términos normativos y organizativos. La radicalización de tal modernidad ha provocado una destradicionalización de la misma sociedad moderna, cuyos principios de orden y disciplina protagonizaron los modos de vida de sus miembros desde sus orígenes (Lipovetsky, 2003). El proceso que estaría ocurriendo a la luz de esta modernización reflexiva sería, en el plano cultural y social, la erosión de las formas de vida y de las categorías que protagonizaron el periodo anterior. En su *Sociología de la modernidad*, Peter Wagner (1994) describe esta transformación fundamental como el paso de una “primera modernidad” de carácter organizado, que tiene como instituciones determinantes de la vida social al Estado y a las *comunidades imaginadas* de la nación y la clase como fuentes de identidad social, a una “segunda modernidad”. Ésta rompe con el principio de organización del periodo anterior en la medida en que el Estado pierde capacidad de determinación de las orientaciones institucionales frente a la globalización económica y el avance de los mercados en la provisión de bienes y servicios dentro de los mismos países; por otra parte, ocurre un desimbricación (*disembedding*) de las identidades respecto a las instituciones y las comunidades de la primera modernidad, lo que debilita el vínculo entre los individuos y estructuras sociales (Wagner, 1994, p. 160).

La pérdida de inercia de tales comunidades es un punto en el que ahondaremos posteriormente cuando nos refiramos al vínculo entre los individuos y las clases sociales en el contexto de la segunda modernidad. Esta es una relación que ha sido problematizada efectivamente por estas lecturas sociológicas de la modernidad: para Beck (1996), la clase corresponde al principio organizador de las condiciones de vida y de sus trayectorias en el marco de la modernidad “simple”. Así, los sociólogos tomaron tal categoría para estudiar contradicciones políticas, prácticas sociales y culturas de clase, en las que los individuos habrían estado imbricados incluso en cuanto al desarrollo de su personalidad. La modernidad reflexiva, en lugar de llevar una estructura de clases claramente definida, con grandes grupos distinguibles en términos ocupacionales y también políticos, tendría como característica una continua individualización de las desigualdades, ante lo que las clases se volverían términos opacos y faltos de identificación. Sobre esto nos extenderemos cuando ahondemos en la discusión que su teoría de la individualización ha generado en el estudio de la estratificación social.

El carácter “reflexivo” de este tipo de modernidad lo explica Anthony Giddens, autor que ha desarrollado un análisis similar al de Beck: “en el orden post-tradicional de la modernidad y frente al sustrato de las nuevas formas de experiencia mediada, la autoidentidad se convierte en esfuerzo reflexivamente organizado. El proyecto reflexivo del sí-mismo, que consiste en el mantenimiento de la coherencia en las narraciones biográficas, a pesar de su continua revisión tiene lugar en el contexto de las múltiples posibilidades filtradas a través de los sistemas abstractos” (Giddens, 1996). La coordinación de los sistemas sociales prescindiría, en este sentido, de un consenso normativo o de la adscripción a roles estables; antes bien, el debilitamiento de los estilos de vida “típicos”, correspondientes y determinados por la pertenencia grupal de los individuos, daría lugar a una mayor reflexividad de los actores en la construcción de sus biografías. La reflexividad, entendida como la autonomía de los mismos frente a las determinaciones estructurales de la sociedad (Archer, 2009), se opone al ajuste automático entre tales componentes (Beck, 1996). Esta forma de entender la relación entre individuos y estructuras es propia de una concepción organizada de la sociedad, como decíamos respecto al planteamiento de Wagner, en que existe una imbricación estrecha entre la personalidad de los agentes -sus motivaciones y actitudes-, sus pertenencias grupales y sus orientaciones culturales³.

³ Para ver el planteamiento arquetípico de un concepto organizado de sociedad, en que los tres elementos en cuestión tienen un ajuste funcional —y si no lo tienen, corresponde a una patología— ver Parsons (1966).

Un punto que problematizaremos más adelante es el siguiente: teniendo como base el postulado de que la modernización produce diferencias, exclusión y marginalización, particularmente por el modo de funcionamiento de la producción y distribución capitalistas, es posible hipotetizar que la estructura de clases y la persistente desigualdad entre ellas, en el seno de una sociedad moderna pueden definir parcialmente el acceso a las formas de auto-realización individual que propulsaría la modernización reflexiva (Giddens, 1996). La extensión de esta posibilidad de actuar reflexivamente, es un punto crucial y que postula igualmente Giddens en relación a todo el espectro social, aparte de las desigualdades que constriñen a unos y otros grupos en términos materiales. Esta hipótesis la han defendido autores como Inglehart y Oyserman, quienes han abogado por una visión estratificada en términos socioeconómicos de las (2004) valoraciones de la autonomía y la auto-expresión como horizontes para los individuos.

Una perspectiva distinta de la trayectoria de la modernidad tardía en las sociedades occidentales es la expuesta por Alain Touraine, sobre todo en su concepto de “desmodernización” (1997). Es una propuesta tanto menos optimista, por cuanto nos lleva desde una imagen del individuo desincrustado, de algún modo liberado de las viejas adscripciones (tanto tradicionales como modernas), hacia un panorama en que los actores deambulan entre instituciones y pertenencias grupales que se contraponen y que tienden a alejarse entre sí. La lectura de Touraine plantea que las sociedades occidentales desde el último cuarto del siglo pasado, han sufrido un proceso de desmodernización: si el proceso modernizador se caracterizó por el rol activo del Estado en la regulación de la producción económica, así como en la generación de una identidad nacional y de actores sociales en torno suyo, tales condiciones parecieran haber sufrido una transformación profunda. En América Latina también ha sido visible que las instituciones políticas locales han perdido su capacidad de encauzar el funcionamiento de las economías nacionales, así como de ser referentes identitarios para actores individuales y colectivos (Castells, 1999). Frente al peso creciente de los capitales extranjeros y de las organizaciones políticas de rango internacional, el Estado-nación habría perdido peso en términos tanto decisionales como en lo que refiere a su unidad cultural.

Una reconfiguración de tal teoría, incorporando una perspectiva lingüística, se encuentra en Habermas en su *teoría de la acción comunicativa*.

El alejamiento de las identidades del sistema político, así como la dinámica globalizadora, han relevado otros ámbitos en que los grupos han tendido a diferenciarse: el resurgimiento de nacionalismos independentistas *externos* al Estado, principalmente en los países desarrollados (Castells, 1999), o de movimientos indígenas latinoamericanos que han desafiado al poder político con nuevos referentes sociopolíticos, son algunos ejemplos de esta retracción de identidades colectivas respecto a los efectos homogeneizantes de la mundialización económica y política. En el caso de las identidades individuales, el papel del consumo y de los estilos de vida se ha situado como un criterio central de distinción en dos niveles: como un conjunto de prácticas que diferencian en términos de prestigio a los actores (Aguilar, 2009), o como el campo en que los individuos sitúan sus deseos de realización y de auto-expresión (Honneth, 2004). El punto central de este planteamiento para comprender la emergencia de la sociología del individuo es que la desmodernización como concepto apunta hacia la levedad de las instituciones para identificar y determinar el curso de las vidas individuales. No quiere decir esto que los individuos floten en una indeterminación perpetua: la propuesta de Touraine nos indica que un movimiento de recomunitarización ha vuelto a dirigir las orientaciones de los actores, así como los mercados han construido referencias identitarias y patrones de vida en torno al consumo. El autor postula, en síntesis, que “vivimos en un mundo de mercados, de comunidades y de individuos, y ya no es un mundo de instituciones” (2000, p. 52).

Como dijimos en el apartado anterior, son estas transformaciones históricas de amplio rango, que abarcan un vasto número no sólo de sociedades, sino que también de instituciones e individuos y experiencias históricas. Una referencia tan escueta respecto a la complejidad del problema en cuestión -el carácter de la modernidad tardía- no pretende describir sus propiedades a cabalidad, sino que simplemente justificar un estudio de lo social a escala individual. Las repercusiones de estas reformulaciones de nuestra concepción de la modernidad para la sociología, y la emergencia de enfoque individual en tal disciplina, son los puntos que abordaremos a continuación, también *grosso modo*.

b) La crisis de la idea de sociedad como posibilidad epistemológica de emergencia de las sociologías del individuo

Los procesos de modernización y desmodernización que hemos descrito nos plantean no sólo un diagnóstico sobre las dimensiones de cambio de las últimas décadas en las sociedades occidentales, sino que proponen un desafío para la sociología en la medida en que justifican un cambio de foco en sus perspectivas tradicionales. Aludíamos a la correspondencia entre las orientaciones culturales, las pertenencias grupales y las disposiciones individuales como el punto crítico al que han apuntado estas teorías de la segunda modernidad, que han entrevisto un panorama de continua desimbricación entre los tres elementos de la fórmula. Como consecuencia de este distanciamiento, lo que por distintas vías analíticas se ha llegado a consensuar es que hoy las instituciones sociales, culturales y políticas tienden a perder influencia, dominio sobre la vida de los individuos; a esto Alain Ehrenberg, sociólogo francés, lo ha llamado la “crisis de la institución” (2011), que corresponde a una carencia de referentes y a un aflojamiento de las coerciones sociales sobre los individuos, entendidas como las maneras de hacer, pensar y sentir externas a ellos y que intentan imponérseles por distintos caminos. Este estado de cosas, de ausencia de figuras de autoridad con suficiente eficacia simbólica ha generado según el autor formas de patologías psíquicas particulares a esta época. Es decir, no ha sido un proceso únicamente formal, sino que ha trastocado profundamente el modo en que los individuos experimentan sus lazos sociales y a sí mismos.

Más allá de la experiencia de la segunda modernidad, cuestión sobre la que volveremos luego, el punto que debemos resaltar son las consecuencias analíticas de sus postulados. El fin de la “modernidad organizada” conlleva también el ocaso de un *tipo de sociedad* que funcionó como referencia obligada tanto para la sociología clásica como para la sociología latinoamericana, que es la “sociedad industrial de Estado-nacional”, la que hoy estaría siendo sobrepasada por un nuevo tipo: la “sociedad post-industrial globalizada” (Garretón, 2000). La primera estaría caracterizada por una correspondencia entre las organizaciones sociales, la cultura y las identidades particulares: la división del trabajo tiene como expresión a las clases sociales, que también se asocia a culturas de clase y a identificaciones acordes a las ocupaciones, y por otra parte el Estado tiene un sistema de representación encarnado por los partidos políticos, que se encuentran

extendidos a distintas áreas de la vida social. En América Latina este tipo societal tuvo su expresión más clara en el periodo “nacional-popular”, en que se alcanzaron a fusionar el “Estado de Compromiso”, los partidos políticos y los actores sociales, a su vez enraizados en la estructura de clases (Garretón, 2002, p. 4). El tipo “sociedad postindustrial globalizada”, actualmente presente, se define por la apertura de control económico estatal a poderes globalizados - económicos y políticos- y por la construcción de identidades en torno a adscripciones (género, territorio, etnia, etc.) o al consumo. Estas son características que ya hemos encontrado en las teorías de la segunda modernidad; el punto es que Garretón postula no sólo un cambio de época, sino también que la sociología hoy tiene como *referencia* a otro tipo de sociedad, con componentes distintos y con relaciones particulares entre ellos.

François Dubet ha caracterizado esta situación de la sociología como el “ocaso de la idea de sociedad”, que consiste en la puesta en duda y progresivo desprestigio de las concepciones sistémicas de la sociedad, particularmente en sus versiones funcionalistas (1996). Los supuestos de esta concepción organizada de la sociedad desde las últimas décadas del siglo pasado se han vuelto profundamente problemáticos: el nacionalismo metodológico como estrategia de análisis ha sido criticado de manera radical por un autor que adscribe también al paradigma sistémico, quien es Niklas Luhmann, el que ha defendido una sociología de orden mundial que abandone las premisas territorialistas de la ciencia social convencional (2007). Por su parte, como ya se adelantó, las instituciones centrales de tal concepción de la sociedad han cedido el control de las vidas individuales y grupales a otras instancias, que es lo que ocurre con el Estado en su función directora del desarrollo nacional, así como con la familia en su versión nuclear, con roles diferenciados. Tanto en su versión conservadora como crítica, el funcionalismo tendió a reproducir ciertas premisas que le han hecho perder peso y credibilidad dentro del campo sociológico. Como lo expresa Alejandro Portes (2004, p. 11-12):

En ambas partes del continente y tal vez en todo el mundo, es común escuchar a los sociólogos lamentarse por la “crisis de los paradigmas”. Con esto se refieren a la velocidad con la que han ido perdiendo aceptación las grandes teorías capaces de proveer interpretaciones de gran envergadura sobre los fenómenos sociales. En sus épocas, tanto el funcionalismo estructuralista de América del Norte como el marxismo y neomarxismo europeos proporcionaron este tipo de marcos amplios. En América Latina, la perspectiva de la dependencia desempeñó un papel similar a medida que pasó de su postura crítica original a convertirse en una interpretación histórica general. La “crisis de los

paradigmas” provoca pesadumbre porque ha dejado a la disciplina privada de una orientación. Sin una narrativa totalizadora, la investigación sociológica se presenta como una empresa atomizada capaz de producir sólo una acumulación de hechos insignificantes. Entonces, se hace necesaria una búsqueda para la recuperación o el descubrimiento del próximo marco global que unificaría y daría coherencia a la empresa entera.

Las alternativas que han ofrecido las distintas escuelas en la sociología son variadas y no es necesario que ahondemos en ello en el marco de nuestra investigación. El mismo Portes (2004) vela por una reorientación de la sociología latinoamericana hacia teorías de alcance medio, aunque sin cuestionar de fondo los supuestos que han hecho crisis en las visiones funcionalistas de la sociedad. Un autor como John Urry (2000) ha defendido una perspectiva sociológica “más allá de las sociedades” centrada en los flujos migratorios y la dinámica de las redes tanto económicas como simbólicas que caracterizan nuestra época de “complejidad global”. Otra alternativa, que sí busca responder críticamente al estructural-funcionalismo, son las investigaciones teóricas y empíricas que se han realizado en Francia las últimas dos décadas bajo la égida de la “sociología del individuo”.

Frente a la insuficiencia de los enfoques institucionales para entregar una representación creíble de la vida social, estos esfuerzos han apuntado a la experiencia cotidiana de los actores *en* sociedad para analizar su perspectiva, así como para reconstruir un relato sociológico que se ha desvinculado de la vida de las personas (Martuccelli, 2010b). Podemos decir de modo general que las sociologías del individuo desarrolladas en Francia han tendido a cuestionar la relación entre actores y estructuras sociales que el funcionalismo entendió bajo el concepto de *socialización*. Él representa el operador analítico con el que se fundió teóricamente a ambos elementos: si en Parsons se refería al proceso de introyección de las expectativas de rol desde la cultura hacia el individuo (1966), en Bourdieu puede entenderse como la incorporación de formas de hacer, pensar y sentir correspondientes a condicionamientos sociales determinados, lo que él describió como los *habitus* (2007).

Hacemos referencia a la socialización porque es, al decir de Martuccelli (2007, p. 20), una vía de entrada al estudio del individuo, pero en la que prima la pregunta por la integración social del mismo, cómo éste se ajusta al lugar que la sociedad y sus instituciones le otorgan en cuanto a su rol o al modo en que la socialización tienen un carácter desigual, generando una reproducción

de la distribución de recursos en distintos campos. Esta gramática del individuo ha tendido a opacar el continuo distanciamiento entre los sujetos y sus determinaciones objetivas, cual es la característica central de la modernidad (Martuccelli, 2014) y como tal ha sido cuestionada por el enfoque de la sociología del individuo. Un ejemplo de ello lo muestra el estudio de la experiencia escolar en Francia, el que ha tendido a revelar un distanciamiento creciente entre ese espacio de socialización y las pretensiones de los escolares, quienes tienden a encontrar su auto-realización en otros ambientes, alejados de esa y otras instituciones como la familia (Dubet, 1996). Si seguimos a Phillipe Corcuff (2007) en que las teorías sociológicas siempre tienen como supuesto una cierta concepción filosófica del hombre, es posible reconocer en el concepto organizado de sociedad una figura particular del individuo planteado como un “personaje social” (Araujo y Martuccelli, 2010), cuyas experiencias, acciones y voluntades se harían inteligibles *a partir* de su posición social.

En esta investigación buscamos problematizar esa perspectiva, por lo que es de suma relevancia distanciarnos de ella: si pretendemos estudiar los modos en que los individuos han manejado en perspectiva sus posiciones sociales, es crucial dejar sentado que no establecemos a priori que tales lugares tienen sus *correspondientes* maneras de experimentar sus posiciones; antes bien, y entendiendo que existen efectivamente posiciones en un espacio social determinado, pretendemos utilizar un aparataje conceptual que nos abra el foco hacia la singularidad de las trayectorias y de los modos en que los individuos lidian con sus posiciones respectivas. Este carácter relativamente *contingente* de la relación entre el agente y su lugar estructural es la dimensión que justifica un estudio como éste, y es ciertamente el aspecto que posibilita la fuerte orientación empírica de las sociologías del individuo, al menos las que desarrollan autores franceses contemporáneos.

Una muestra de esto último es el intento que ha hecho François Dubet al realizar un paso analítico desde el “rol a la experiencia” (2010) intentando abrir las categorías con que la sociología piensa al individuo. El concepto de rol, que fijaba una serie de expectativas de orden normativo y práctico a los actores, promovidos por instituciones que tendían a regular el cumplimiento y el aprendizaje de tales expectativas de acuerdo a las necesidades funcionales del sistema que integraban. La experiencia social, en cambio, plantea una diversidad de lógicas de acción que los individuos combinan de manera contingente y problemática en su relación con los otros y con las

instituciones. A su vez, la obra de Bernard Lahire (2004) ha buscado reformular la teoría del habitus de Bourdieu enfatizando la singularidad de los procesos de socialización, cuyos espacios son múltiples, propiciando una pluralidad en los habitus individuales y grupales. Esta perspectiva la ha desarrollado en base a investigaciones empíricas, en las que ha buscado complejizar el postulado de Bourdieu, central en su obra, de la correspondencia entre posiciones sociales y disposiciones individuales (1998), revelando efectivamente que *a escala individual* ese tipo de premisas cuentan con numerosas anomalías.

Lo que encontramos en tales intentos por realizar investigación en el marco de una crisis de la idea de sociedad, es una apertura epistemológica al estudio *in situ* de la problemática relación entre los individuos y las estructuras sociales, poniendo un foco quizás más agudo que en otras perspectivas en la singularidad de las experiencias y la trayectorias. Con ello, las sociologías del individuo, particularmente en su vertiente contemporánea desarrollada en Francia, han esbozado una concepción de lo social que escapa a lo que Margaret Archer ha llamado los “conflacionismos” en la teoría sociológica (2009): la premisa de que las estructuras sociales determinan la acción y las características individuales, o su versión inversa: que lo social consiste en una suma de actores e intereses particulares, como podría postular un cierto individualismo metodológico.

Comentarios críticos

Para finalizar este punto del marco teórico, en que buscamos delinear la perspectiva analítica que recogeremos para interrogar el objeto de nuestra investigación –las trayectorias sociales y sus narrativas-, podemos hacer algunos comentarios críticos que nos despejen el camino en nuestra reflexión sobre la modernización y la individualización en una sociedad como la chilena. Decíamos con anterioridad que la sociología del individuo ha surgido en un momento en la disciplina cuestionó y reelaboró la visión clásica de la modernidad organizada. Aludimos a dos descripciones de lo que se ha llamado la segunda modernidad: la “modernidad reflexiva” y la “desmodernización”. Queremos en este punto de la exposición problematizar estos conceptos como *punto de partida*. Para nuestra investigación, tales conceptos presentan dos dificultades centrales: si bien constituyen diagnósticos *desde* los que se puede pensar la individualización como fenómeno, lo cierto es que tienden a fijar una *figura del individuo* (Corcuff, 2007) particular

a sus observaciones sobre el presente de la modernidad: si en su versión reflexiva, la modernización propicia la autonomía frente a los determinismos sociales, ella sitúa la imagen de un individuo dueño de sí, caro a la filosofía de la ilustración. Presenta, también, una versión renovada de la vieja distinción entre adscripción y logro, con lo que recurre a los mismos principios de la teoría de la modernización.

Si la obligación a la libertad es la característica de la modernización reflexiva, en la desmodernización se dibuja una figura del individuo caracterizado por la falta de referencias identitarias y políticas, por uno aislado frente a las amenazas de un mercado desregulado en comunidades cerradas. La experiencia de la modernidad presente sería, entonces, la de la pérdida de la centralidad de lo político y de un continuo distanciamiento entre el individuo, el Estado y los mercados. Más allá de si estas perspectivas sobre la relación entre el individuo y las estructuras sociales existen efectivamente en la experiencia de los primeros, lo cierto es que desde una sociología del individuo no es procedente plantear unívocamente una experiencia particular o un tipo de individualidad generado por una situación institucional particular, sino todo lo contrario: abrir la pregunta por cómo los individuos se enfrentan a los desafíos que les plantean distintas formas de modernización, es decir, por el modo en que sucede la *individuación* en el seno de sociedades históricamente situadas (Martuccelli, 2007). Volveremos sobre esto en la sección siguiente de este marco analítico.

Ese proceso debemos pensarlo desde la especificidad de la modernidad latinoamericana, y de las derivas que ha tenido para el caso chileno. Para esto optamos por el concepto de “trayectorias a la modernidad”. Desde esta óptica, desarrollada por Jorge Larraín (2005), la modernidad consiste en una doble significación imaginaria de *autonomía* y *control*: la búsqueda reflexiva que tienen las sociedades por construir las leyes que regulan su actividad, por un lado, y por otro la pretensión ilimitada de aumentar el dominio racional sobre el medio en que se vive. La trayectoria a la modernidad consiste en el camino que han seguido las sociedades histórico-concretas en la institucionalización de ambos proyectos, que pueden contraponerse o complementarse entre sí. Debido a que las formas en que ellos se expresan institucionalmente son contingentes, puede afirmarse que no existe *una* modernidad, sino que las variantes nacionales y regionales dan lugar a recorridos divergentes. La particularidad de un periodo debiera buscarse, a

partir de tal definición, en “la especificidad de las significaciones imaginarias que genera y que lo dominan” (Castoriadis, 2008, p. 14).

Según Peter Wagner (1994), el término de significación imaginaria se refiere a que los principios de autonomía y control constituyen tanto *líneas interpretativas* que un observador puede conjugar de manera más o menos problemática para caracterizar la trayectoria a la modernidad de una configuración social determinada, así como corresponden a dos *proyectos* propios de la modernidad que son encarnados por instituciones y actores que varían de una configuración a otra. La sociedad moderna como la caracterizó la sociología clásica pasa ser, ante esta perspectiva, un entramado institucional *particular*, una trayectoria específica en que se ha conjugado un proyecto de democratización del poder político y de las relaciones sociales a través de un ideario liberal, con una economía de mercado caracterizada por expandir su capacidad de control y decisión, así como de colonizar espacios de autonomía en el marco de procesos de mercantilización.

A partir de este concepto de trayectorias de la modernidad se caracterizará en líneas generales la modernización predominante en Chile desde las últimas cuatro décadas, en que una particular articulación entre el proyecto de autonomía –una democratización de baja intensidad a nivel institucional, pero intensiva en términos del trato cotidiano- y el de control –un Estado cuya orientación subsidiaria privilegia la provisión privada de servicios y que tiende a individualizar el bienestar de los ciudadanos-, nos pueden entregar un marco de referencia para interpretar los desafíos que los individuos en el Chile actual enfrentan a la hora de manejar y relatar sus posiciones sociales. Si bien el partir de un retrato de la modernidad genera comúnmente que se interprete un tipo particular de individuo producido por sus características (Martuccelli, 2010a), no podemos dejar de enmarcar el estudio del individuo en una perspectiva diacrónica, que permita situar históricamente los desafíos que se les presentan al mismo en su experiencia cotidiana. De este modo, al comenzar los Antecedentes de esta investigación trazaremos de manera panorámica la trayectoria a la modernidad que ha predominado en Chile, dejando abierta la cuestión sobre los procesos de individualización e individuación que han posibilitado. Para aclarar estos últimos conceptos, que constituyen los fenómenos de amplio rango que buscamos iluminar modestamente a través de este estudio, procederemos a definirlos y tomar posición respecto a los autores que los han tratado con mayor ahínco en el plano sociológico.

1.2 El concepto de individualización: individualismo institucionalizado, individuación y narrativas biográficas

En este apartado delinearemos los conceptos principales a utilizar en la fase empírica de esta investigación. Ellos resultarán fundamentales para abordar en el análisis la relación que tienen los individuos con sus posiciones sociales, en un sentido teórico. En la medida en que clarifican esa relación a través de distinciones analíticas y también porque proponen distintas formas de relación entre los individuos y sus posiciones, es menester hacer referencia y desgranar ciertos términos que provienen de lo que podemos denominar en términos laxos las teorías de la individualización. Volviendo al objeto de este estudio, los modos en que individuos en Chile enfrentan los desafíos que sus posiciones sociales les presentan, podemos ver que es un objeto más bien claro, que puede ser descrito a partir de lo que los mismos individuos revelen al respecto. Sin embargo, es necesario trascender el ámbito meramente descriptivo y aportar una lectura teórica del fenómeno en cuestión que pueda entregar profundidad al análisis empírico y que, por su parte, permita precisar las categorías con que nos acercaremos a las experiencias individuales.

Para esto, en un principio intentaremos definir lo que entendemos por individualización y cómo en la sociología se han propuesto distintas maneras de abordarla. En segundo lugar acudiremos al concepto de individuación, desde el cual intentaremos abrir el estudio de las posiciones sociales a las experiencias y desafíos individuales. Por último, reflexionaremos sobre las consecuencias que los procesos de individualización tendrían, en un nivel analítico, sobre las biografías, con lo que indicaremos la pertinencia del enfoque narrativo que utilizaremos luego como estrategia metodológica.

a) Individualización como individualismo institucionalizado

El proceso de individualización ha sido interpretado de distintas formas en la sociología, aunque varios de sus más prominentes teóricos han enfocado su atención hacia el mismo. Al enmarcarse en distintos marcos de referencia ha solido tener significados disímiles según el autor que lo

utilice. En Durkheim, por ejemplo, la individualización se entiende como el proceso de liberación de los actores respecto a las constricciones de la vida tradicional, posibilitada por un aflojamiento de las relaciones de tipo comunitario en el seno de las sociedades modernas (Honneth, 2004, p. 463). En Simmel, la individualización alude a la creciente singularización de las características y trayectorias individuales, como consecuencia de la ampliación del número de círculos sociales en que participan las personas en la modernidad (Porras, 2013, p. 64). En la obra de Norbert Elías el proceso en cuestión consiste en la posibilidad y la aspiración que tienen los individuos de elegir los caminos de su vida, siendo fiel a sí mismos, cuestión que se enmarcaría dentro del proceso amplio de civilización propio de las sociedades occidentales (Zabludovsky, 2013, p. 29).

Si bien estas perspectivas sobre la individualización, al igual que las más contemporáneas, tienden a diferir en cuanto a los términos en que describen ese proceso, podemos aventurar que tienen dos elementos comunes: por una parte, indican como una característica propia de la modernidad la relativa liberación de los individuos respecto a las determinaciones que las formas tradicionales de vida tendían a restringir, proceso que las teorías de la segunda modernidad, descritas más arriba, han enfatizado como plenamente actual. Por otra parte, otra constante en las visiones clásicas y contemporáneas sobre la individualización es que han situado este proceso *como consecuencia de la modernización social*, esto es, como epifenómeno subordinado a las dinámicas de las vertientes modernizadoras que han transformado continuamente las sociedades occidentales. En esa misma tendencia, Ulrich Beck ha sido uno de los autores actuales que ha puesto mayor énfasis en el proceso de individualización. En el marco de su teoría de la modernización reflexiva, que ya esbozamos anteriormente, Beck ha propuesto que la decadencia de las principales instituciones de la modernidad en su versión clásica –el Estado nación, la familia nuclear, la clase social- han acabado con la linealidad entre esas instituciones y el destino de los individuos (Lash, 2003). Ese fenómeno, que ha sido descrito por distintos autores con el nombre de desimbricación (*disembedding*) plantea un nuevo modo de relación entre las instituciones y los actores, en que las primeras pierden capacidad para determinar el curso de las biografías personales, las que pasarían a depender de manera creciente de sus propios protagonistas, los individuos. A esto ya nos hemos referido cuando describimos las características centrales de la teoría de la modernización reflexiva.

La individualización en la propuesta de Ulrich Beck y Elizabeth Beck-Gernsheim corresponde entonces al proceso en el cual las instituciones cardinales de la sociedad moderna –los derechos civiles, políticos y sociales; las relaciones familiares; el mercado del trabajo; el Estado de bienestar) pasan a estar orientados hacia los individuos y no hacia el colectivo (2003, p. 30). Esto quiere decir que frente a las necesidades y riesgos sistémicos que experimenta una sociedad, tales como la socialización de sus individuos, la protección social, la regulación de las relaciones laborales, dependen de las opciones que tomen los individuos. Al decir de los autores, “el tipo occidental de sociedad individualizada nos habla de la necesidad de *buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas*”, con lo que se traspa al individuo las consecuencias (positivas o negativas) de sus elecciones. Esto correspondería a una suerte de “outsourcing” (Lash, 2003) general llevada a cabo por las instituciones modernas en cuanto a las motivaciones de los actores sociales, así como respecto a las pertenencias grupales de los mismos. La individualización es, entonces, un “individualismo institucional”, una orientación compartida por distintas sociedades en que las instituciones mismas *inducen* una transformación central en las biografías individuales, que por fuerza tienen la delegación de construirse a sí mismas. Por ello, es un proceso “objetivo”, una actitud subjetiva de enaltecimiento del yo, como sería el individualismo a secas (Beck, 2007, p. 681).

Puesto en otros términos, y para aportar claridad a este punto, podemos decir que la individualización consiste en una forma particular de dominación entre instituciones y actores que tiene como médium principal la *responsabilización*. Esta es una forma de dominación que prescinde del consentimiento de los subordinados y que tampoco recurre a una coacción directa para imponer su voluntad, sino que opera básicamente transfiriendo al individuo una tarea cuyos resultados dependen causal y moralmente del mismo (Martuccelli, 2007, p. 147). El individuo *responde* ante “lo que le pasa” y es al mismo tiempo culpable de ello, sean positivos o negativos los resultados. Por tanto, es un tipo de dominación que invisibiliza el acto de delegación que realiza la institución y que hace aparecer al individuo como el actor de su propia dominación, no como un receptor (Martuccelli, 2007, p. 149), con lo que se naturaliza el funcionamiento de las instituciones (Lazzarato, 2009, p. 127). En relación al manejo de las posiciones sociales, la individualización consiste en la *responsabilización del individuo por la reproducción social*, el que se convierte en la unidad básica de estructura social (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). Esta última definición, que relaciona analíticamente las instituciones, la dominación y la reproducción de las

posiciones en el espacio social, es necesaria para circunscribir el fenómeno que intentamos describir –la individualización- en el marco de nuestro trabajo. En efecto, existen múltiples ámbitos en que este proceso ha tenido consecuencias importantes: en la familia, el mercado del trabajo, la experiencia escolar, por nombrar algunos. Pero en lo que atañe a las posiciones sociales, es preciso acotar que la individualización denomina un proceso por el cual los actores se hacen cargo de mantener su lugar y de realizar las estrategias para protegerlo y para mejorarlo. Por cierto, esto se enmarca en una transformación mayor en el modelo de bienestar predominante en las sociedades occidentales; para hablar de individualización del bienestar se debe incluir una noción colectiva de bienestar, en que sea el grupo y no el actor quien se responsabilice por mantener los lugares dentro de un espacio social determinado.

El trasfondo histórico de la “individualización de lo social” (Ferge, 1997) apunta al desmantelamiento de los regímenes de bienestar en Europa occidental desde la década de 1970 (Beck, 2007, p. 682). Sin querer ahondar en los avatares históricos de ese proceso, podemos hacer referencia a los dos paradigmas de bienestar, uno antiguo y otro nuevo, los que aparecen caracterizados sumariamente en la tabla 1. El paradigma post-industrial o posmoderno en tanto régimen benefactor se caracteriza por individualizar la reproducción social, negando responsabilidades grupales o impersonales (por ejemplo, entre generaciones); así las formas de solidaridad propias del Estado de bienestar europeo de la segunda posguerra, también presente en algunos países de América Latina en el mismo lapso temporal, tienden a desintegrarse. Del mismo modo, el rol subsidiario del Estado en el espacio social deja atrás las políticas avocadas a la reducción de la desigualdad y la creación de protecciones posicionales.

Tabla 1: Tipos de paradigmas de bienestar					
	Institución dominante	Responsabilidad por la reproducción social	Intervención espacio social	Derechos sociales	Principio legitimador de la política social
Moderno	Estado, mercado, sociedad civil	Colectiva (grupal; estatal)	Reducción desigualdades	Universales	Solidaridad; seguridad existencial
Post-industrial o posmoderno	Mercados, cuasi-mercados, agencias internacionales	Individual (actor; familia)	Focalización en la pobreza	Focalizados; mercantilizados	Autonomía y responsabilidad individual

Fuente: elaboración propia en base a Ferge (1997)

El paradigma benefactor posmoderno tiende a legitimar sus políticas sociales con una imputación de autonomía decisional a los actores, en la medida en que les entrega la responsabilidad de que ellos sean quienes definan su trayectoria (en principio) y las estrategias para gestionar sus emplazamientos sociales. Ello plantea una doble posibilidad en cuanto a las consecuencias de la responsabilización, y que se derivan de la doble acepción de este término: hay que distinguir entre las *oportunidades* que entrega el individualismo institucional para que los actores desarrollen sus trayectorias vitales con mayores márgenes de acción, y las *obligaciones* que les impone al delegar parte de las tareas que hoy deben desarrollar en el seno de los mercados y cuasi-mercados, pero que anteriormente podían estar garantizadas por el Estado. Ante esta divergencias, queremos relevar la *ambivalencia* constitutiva de la individualización (Bauman, 2001), que combina un incremento de la autonomía en las decisiones individuales, entendida como ausencia de coerción por parte de las instituciones sociales, con un aumento de las incertidumbres respecto a los riesgos que los individuos deben enfrentar por su cuenta. A partir de esta ambivalencia planteamos la existencia de *dos formas de individualización*, que corresponden a efectos distintos de un mismo fenómeno: la responsabilización individual por la reproducción social. Estas dos formas se resumen en la siguiente tabla:

Tabla 2: Tipos de individualización							
	Valor principal	Papel instituciones	Responsabilidad del individuo	Experiencia individual	Ética que impulsa	Tipo de modernización	Imperativo
Reflexiva	Autonomía	Entrega oportunidades	Vivir la propia vida	Liberación; realización	Autenticidad; hedonismo	Modernización reflexiva	"Haz de tu vida lo que quieras"
Delegativa	Seguridad	Delega responsabilidades	Asegurar su reproducción social	Inseguridad	Individualismo ; solidaridad	Desmodernización	"Arréglatelas como puedas"

Fuente: elaboración propia en base a Bauman (2001), Beck y Beck-Gernsheim (2003), Beck (2000), Castel (2010), Dawson (2012), Honneth (2004), Robles (2000)

El primer tipo se refiere a la individualización reflexiva: los individuos quedan libres para crear sus propias identidades sociales, separados de las definiciones colectivas y de expectativas institucionales respecto a las categorías que debieran ocupar; corresponde a una versión “desimbricada” de la individualización (Dawson, 2012, p. 313). En tanto empoderamiento de los agentes respecto a sus biografías, se impone un potencial reflexivo respecto a los determinismos sociales, frente a los cuales los individuos deben alejarse, sino que deben responder positivamente al imperativo de “vivir la propia vida”. En este sentido, la individualización aparece como una oportunidad para desarrollar un camino propio, pero que cuenta con deberes propios y también con una ética particular. La necesidad de desarrollar una identidad y una biografía que sean fieles a uno mismo, genera una búsqueda de *autenticidad*, de defensa de la propia vida frente a las amenazas externas (Honneth, 2004, p. 465).

Visto de este modo, los peligros que asedian a la individualización de los actores provienen de las determinaciones estructurales de la sociedad (la estructura de clases, por ejemplo) o de las expectativas institucionales limitan la pluralidad de posibilidades que se les aparecen a los individuos en términos de acción e identificación. La experiencia de esta forma de individualización es lo más cercano a lo que Marshall Berman (2011) describió como la experiencia de la modernidad: la vida aparece como una sucesión de desafíos en que el individuo debe luchar por imponer sus términos en una trayectoria que está constantemente amenazada. Tanto la lógica

de los sistemas sociales, que constantemente transforman las condiciones de vida, como la de las comunidades tradicionales intentan estandarizar las orientaciones de los individuos, quienes pueden buscar defender la autenticidad de su identidad y su proyecto (Taylor, 1994). El reverso de esta búsqueda de vivir la propia vida es el hedonismo, que proviene de la búsqueda constante de experiencias cada vez más innovadoras y emocionantes, que ha devenido la justificación ética del consumismo en el capitalismo tardío (Campbell, 1983).

La individualización reflexiva ha tenido críticas importantes en la sociología. Buena parte de ellas han recalcado la dificultad que ha existido en la investigación empírica al respecto para fundamentarla (Dawson, 2012), y desde otra perspectiva se le puede reconocer como una defensa ideológica del libre mercado y de la supuesta autonomía que tendrían los individuos frente a su expansión (Brannen y Nilsen, 2005). Maurizio Lazzarato (2009), teórico de inspiración foucaultiana, ha interpretado esta forma de respuesta frente a la individualización como el “neoliberalismo en acto”: los gobiernos subordinados a esta ideología incitarían a los actores a que sean “empresarios de sí mismos”, transformándose en dueños y esclavos de su propia gestión. Así, el neoliberalismo y su política social habrían convertido los riesgos socioeconómicos en “endógenos”, pues se impondría un discurso que interpreta los riesgos objetivos como causados por las conductas de los actores. Entonces, desde esta perspectiva, la individualización reflexiva y el imperativo “haz de tu vida lo quieras” (Robles, 2000) aparecería como el impulso a un estilo de vida empresarial y como una justificación ética del neoliberalismo, relacionada íntimamente a la ideología del *management*.

Desde una vereda más crítica y menos complaciente con los efectos de la modernización social, otro tipo de individualización ha sido propuesta por autores diversos. Ésta forma podemos identificarla con el nombre de “individualización delegativa”, y releva consecuencias particulares para los actores y las instituciones a causa de la responsabilización individual de la reproducción social. La propuesta más explícita en esta línea es la del sociólogo francés Robert Castel, quien ha analizado consistentemente las consecuencias de la “gran transformación” en los procesos de individualización (2010). Atendiendo sobre todo a la pérdida de peso de las organizaciones sindicales y el incremento de los regímenes laborales flexibles en la sociedad francesa, lo que Castel ha postulado es que el ideal de autonomía y de independencia en las decisiones que tienen de manera generalizada los individuos en el estado actual de la modernidad, sólo puede ser

realizado por aquellos que cuentan con los soportes suficientes –se trate de la propiedad privada o la propiedad social. Éstos serían los “individuos por exceso”, que podríamos entender como el resultado de lo que entendemos por individualización reflexiva. En cambio, existe otro grupo importante de personas que a causa de la modernización capitalista y las transformaciones en el Estado benefactor se han visto arrojadas a una privatización de los medios de vida y de la gestión de los riesgos. Castel denomina “individuos por defecto” a este tipo de actores, quienes –en nuestros términos- serían el fruto de un proceso de individualización delegativa.

Los individuos por defecto tendrían una experiencia de *precariedad* respecto al potencial liberador del proceso que intentamos describir y que se relaciona a una inestabilidad permanente en la situación económica y laboral de las personas. Este grupo está caracterizado por la “falta”: falta de seguridad, de oportunidades, de soportes para sostener una individualización efectiva en términos de reflexividad (Castel, 2010, p. 329). Las condiciones institucionales de la segunda modernidad –la retracción del Estado frente a los poderes globalizados, el avance del mercado en el control de la vida económica con sus actores transnacionales- generarían esta forma de experimentar la desimbricación, que correspondería más a un aislamiento que a un ejercicio de independencia (Bauman 2001). El punto clave que Castel enfatiza es que *la individualización está cruzada por la desigualdad social*, generando efectos disímiles según el grupo que tengamos en consideración.

En esa línea, el sociólogo chileno Fernando Robles (2000) ha distinguido entre un proceso de “individualización” propio de las sociedades desarrolladas, en que se les entregan a los actores posibilidades materiales y simbólicas para su reflexividad, de otro proceso de “individuación” que sería característico de sociedades periféricas y que consistiría en la necesidad de que las personas “se las arreglen como puedan” en el marco de crecientes riesgos de todo orden. El foco que nosotros queremos desarrollar en esta investigación debe tener como base la hipótesis de que los procesos de individualización están cruzados por la desigualdad: que sus efectos para la vida de las personas difiere según los soportes que se tengan para enfrentar los desafíos de la responsabilización. Pero entendemos, al contrario de Robles, que esa desigualdad ocurre *dentro del espacio social nacional*, y no necesariamente entre sociedades. Un error difundido de las teorías de la individualización es que tienden a homogeneizar los recursos que tendrían los actores para protagonizar ese proceso. Nosotros buscamos, a través de un estudio empírico, acercarnos al

fenómeno de la individualización *en* la sociedad chilena, atendiendo a los diferenciales en la distribución de recursos que se tienen para gestionar la propia posición social.

Lo que hemos expuesto aquí como dos tipos ideales de individualización pueden entremezclarse en la realidad, complejizarse, pues constituyen sólo dos polos analíticos que cabrá combinar cuando estudiemos *in situ* cómo los actores experimentan sus posiciones y sus trayectorias. Para cerrar este punto, cabe notar que hemos abordado el concepto de individualización como una orientación institucional, no como una actitud proveniente de los actores. Sin embargo, nuestro estudio pretende investigar desde los actores cómo se responde al desafío de la responsabilización. Para contar con los conceptos adecuados para estudiar la individualización *a escala individual* (aunque suene redundante, sus teóricos no suelen hacerlo), deberemos introducir algunos términos que tengan una orientación empírica suficiente para hacer operativo este marco conceptual en el análisis de la información.

b) La individuación por las pruebas como estrategia de análisis

En este punto expondremos dos conceptos que, como acabamos de mencionar, nos permitirán estudiar empíricamente el objeto de estudio: se trata de los conceptos de *individuación* y de *prueba*. En términos amplios, ambos buscan abordar cómo es que los individuos responden frente a los desafíos que les presentan las instituciones de la sociedad en distintos ámbitos. En lo que al manejo de las posiciones sociales se refiere, podemos decir que a través de tales conceptos es posible estudiar cómo los actores enfrentan cotidianamente el deber impuesto por la responsabilización de su reproducción social. La intención es llevar el plano de análisis desde las instituciones hacia los individuos, para lo que recurriremos principalmente a la obra del sociólogo peruano Danilo Martuccelli. Él ha desarrollado una sociología con conceptos propios y con una fuerte orientación empírica, con lo que se ha alineado dentro de lo que ya describiéramos como las “sociologías del individuo” surgidas en Francia en las últimas décadas, un conjunto de esfuerzos que ha intentado recomponer la mirada sociológica “desde abajo”, respondiendo ciertamente a la crisis de la idea de sociedad y del tipo societal que motivó los análisis clásicos en esta disciplina.

La sociología de Martuccelli en particular pretende dar un énfasis privilegiado a las dimensiones existenciales de los individuos, entendiendo que en la actualidad una multiplicidad de

fenómenos sociales de corte estructural son vividos como profundamente íntimos (Martuccelli, 2007, p. 13). El autor tiene como punto de partida la singularización de experiencias y trayectorias que viven los miembros de las sociedades occidentales, realidad opacada por el modelo de sociedad industrial de los teóricos clásicos, que aún persiste en la disciplina en una suerte de *histéresis* desde los sociólogos que continúan realizando el mismo tipo de análisis, con las mismas categorías que utilizara la disciplina desde mediados del siglo pasado (Martuccelli y de Singly, 2012). Pues bien, la propuesta del autor es re-escribir las coordenadas y categorías de una macro-sociología tomando como entrada para el estudio de sus procesos estructurales a los individuos, desde sus experiencias personales (2010b). Utiliza el concepto de *individuo* (2010b) como opuesto al de actor o el de sujeto: por una parte, el actor se define como aquél que tiene la capacidad de transformar o reproducir las características de una estructura dada; por la otra, el sujeto no es un ente dado, sino más bien un horizonte de emancipación y ejercicio de autonomía. En cambio, el concepto de individuo refiere a los agentes empíricos de la sociedad, pero que no sólo actúan en el mundo social transformando o reproduciendo sus estructuras, sino que también enfrentan experiencias sociales como experiencias vitales.

En su propuesta de sociología, Martuccelli sitúa la individuación como el operador analítico principal para reconstruir una macro-sociología abierta a la singularidad. La individuación consiste en el estudio del tipo de individuo que es estructuralmente fabricado por una sociedad, combinando un eje sincrónico con uno diacrónico (Martuccelli, 2010a). Ello implica posicionar una serie de procesos sociales (grandes transformaciones económicas, políticas y culturales) que puedan ser descritos en “las formas concretas en que se inscriben en las existencias individuales” (Martuccelli, 2010a, p. 95). Los “factores de individuación”, en tanto procesos sociohistóricos que motivarían la existencia de ciertos tipos de individuos, a considerar son variables. Como decíamos respecto a la visión que la sociología clásica –en Simmel o Durkheim por ejemplo- desarrolló respecto a la individualización, un factor central ha sido el grado de diferenciación social presente en una sociedad, el que daría lugar a mayores niveles de autonomía y de singularidad en los actores. Por su parte, las mismas teorías de la individualización que describimos más arriba han entendido como factor principal el desmantelamiento del Estado de bienestar y la consecuente instauración de un nuevo régimen en cuanto a la orientación del Estado y sus políticas públicas.

El análisis de los factores estructurales en cuestión, desde nuestra óptica, debe depender del ámbito de realidad que se esté estudiando. El punto a destacar es que tal análisis diacrónico –del desarrollo histórico de una sociedad- se debe complementar con un análisis sincrónico a nivel individual. Éste debe partir de la base de que la generación institucional de los individuos no agota su producción, pues ellos mismos realizan un “trabajo propio” al enfrentarse a las expectativas que se les atribuyen desde el exterior (Martuccelli, 2010a). Es decir, no basta con el análisis institucional para derivar un tipo de individuo generado por una sociedad histórica determinada y que es el modo de operar de las teorías de la individualización que mencionáramos anteriormente: una forma de modernización impulsa la creación de individuos reflexivos, responsabilizados, negados, etc. La lógica de la individuación nos llama a superar esa forma de análisis, criticando lo que Martuccelli junto a Kathya Araujo han denominado el “personaje social” (2010). El modelo clásico de la sociología tiende a acercarse a las acciones y las experiencias de los individuos *en función* de su posición social, sea en la estructura de clases o dentro de órdenes institucionales determinados: se asume una “homología más o menos estrecha entre un conjunto de procesos estructurales, una trayectoria colectiva (clasista, genérica o generacional) y una experiencia personal” (Araujo y Martuccelli, 2010, p. 80).

La vía de entrada al estudio del individuo que propone Martuccelli (2013) se distancia de dos otros caminos, que han sido ampliamente dominantes en la sociología hasta el presente. La primera vía corresponde al estudio de la *socialización*: a través suyo se ha intentado comprender el modo en que los actores, desde su infancia temprana, son integrados a la sociedad, adquiriendo una serie de disposiciones y competencias que los tornan aptos para la vida social. La pregunta por el orden institucional y su mantención en el tiempo –a través de las generaciones- es el problema que este concepto busca solucionar. Tanto en su versión “encantada” –que ve en la socialización un mecanismo necesario de incorporación de expectativas de rol por parte de los individuos- como en su variante “desencantada, cuya expresión crítica se encuentra en la sociología de Bourdieu y Passeron en su denuncia del sistema escolar como reproductor de las desigualdades sociales (1996); decimos, en ambos casos la cuestión es cómo el actor se convierte en un reflejo de expectativas externas, sea para integrarlo o para diferenciarlo del resto. En esa línea, las experiencias particulares quedan relegadas a los imperativos funcionales de una estructura que requiere perpetuarse en el tiempo a través de los individuos.

La segunda vía consiste en el estudio de la *subjetivación*: en tanto proceso, ha sido entendido como una oposición a una situación de dominio que niega la autonomía potencial de un actor individual o colectivo. La subjetivación consiste así en la voluntad que tiene el actor de ser dueño de su propio destino, lo que constituye más un horizonte que una posibilidad real (Dubet, 2010). En esta entrada hacia el individuo, la pregunta central tiene como foco las posibilidades de emancipación: frente a un principio de dominio, aparece un sujeto capaz de asumir su historicidad y disputar las reglas que estructuran su realidad (Touraine, 2000). En la sociología este concepto aparece más ligado al análisis político que a la generación psíquica del sujeto; también cuenta con una vertiente crítica que ha estudiado los dispositivos de generación de la subjetividad, sobre todo al alero de la obra de Foucault. Un análisis clásico desde esta perspectiva del individuo es el que hizo Lukács (1968) respecto a la formación de una subjetividad de clase, basada en la superación de una conciencia de clase deformada que impedía al proletariado de la década de 1920 realizar su tarea histórica de superación del capitalismo.

Ahora bien, cabe postular que estas dos entradas al estudio del individuo representan vías insuficientes para acercarnos al objeto de esta investigación. El modo en que los actores experimentan sus posiciones sociales, su capacidad de relatar sus trayectorias en función de ello no aparece como un problema digno de ser estudiado desde la socialización: su foco está puesto en la adaptación de los individuos a sus posiciones y cómo ellos son capaces de cumplir efectiva o patológicamente con las expectativas que se les atribuyen. Un caso típico de este tipo de enfoque es el de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber (2001), quien se pregunta por la ética que justifica un modo de vida burgués y que, en el fondo, hace que el individuo que ocupa esa posición *llegue a ser lo que debe ser* de acuerdo a su lugar en la estructura productiva. Por otra parte, desde la subjetivación la pregunta por la experiencia del actor tiene como reverso la búsqueda de los caminos de emancipación que llevarían a superar los efectos dominadores de esa experiencia. El estudio tipo de esta perspectiva son las observaciones del joven Marx sobre el trabajo alienado (1959) que denuncian la experiencia del obrero en la producción capitalista, en base a un horizonte de posibilidades en que el individuo podría efectivamente reconocerse en los resultados de su trabajo.

Martuccelli, como decíamos, presenta una tercera vía al estudio sociológico del individuo: la individuación. Ya adelantábamos que su estudio se enfoca en el tipo de individuo que es

producido estructuralmente, pero “la cuestión no es entonces saber cómo el individuo se integra a la sociedad por la socialización o cómo se libera por medio de la subjetivación, sino dar cuenta de los procesos históricos y sociales que lo fabrican, en función de las diversidades societales” (2013, p. 204). La apuesta sociológica de Martuccelli apunta hacia un análisis más pormenorizado del modo en que aparecen tales procesos en las experiencias personales, más que hacia los grandes factores de individuación. Este camino para estudiar al individuo tiene como principal medio el concepto de *prueba*: éste designa, en nuestros términos, un tipo de relación particular entre las instituciones y los individuos de una sociedad, caracterizado por que las primeras *ponen a prueba* a los segundos, exigiéndoles responder a un conjunto de desafíos que deben ser superados y cuyo resultado, en términos causales, recae finalmente en el individuo.

Podemos también situar las pruebas como una forma de dominación centrada en la *responsabilización* del individuo por su propio destino, concepto que definimos en la sección anterior. Para ir al meollo del asunto: las pruebas constituyen un modo típico por el que operan las instituciones en el marco de la individualización, en el sentido de que ellas imponen a los actores una serie de desafíos que ellas mismas podrían cumplir, pero que en un acto de delegación quedan traspasados a la responsabilidad individual en cuanto a sus resultados. El efecto de ello es que las instituciones, con su mandato delegativo, invisibilizan la dominación. Esta es una dimensión ampliamente descuidada por las teorías de la individualización que mencionamos más arriba, pues ellas plantean una responsabilización sin pruebas: en lugar de abrir la pregunta por el modo en que los actores enfrentan ese desafío, homogenizan un conjunto disímil de experiencias en tipos de individuos estáticos y presuntos: ante la retirada de las determinaciones y soportes institucionales, los individuos *serían* reflexivos, inconsistentes, etc. La entrada a través de la individuación al mismo fenómeno, la responsabilización, nos permite superar esta *lógica descendente* (Martuccelli, 2013, p. 219) y hacer un retrato más fiel respecto a las experiencias individuales.

El concepto de prueba, por tanto, nos permite estudiar empíricamente y a escala individual las formas en que los individuos enfrentan la responsabilización por su reproducción social, el manejo de sus posiciones. Ellas se definen como “sentido desafíos históricos socialmente producidos, culturalmente representados, desigualmente distribuidos que los individuos están obligados a enfrentar en el seno de un proceso estructural de individuación” (Araujo y Martucceli, 2010, p.

83). La noción de prueba “propone una articulación entre los procesos sociales y las experiencias personales”, cuyo estudio “busca dejar siempre abierta, y por ende problemática, esa interrelación” (2010, p. 83). Las respuestas a las pruebas son, por tanto, contingentes⁴ y están sujetas a la singularidad de experiencias y trayectorias que viven, en la práctica, los actores. La individuación, entonces, se interesa por las pruebas estructurales a las que están sometidos todos los individuos, ocupando posiciones diversas, en el marco de una misma sociedad (Martuccelli, 2013, p. 215). La noción de prueba ha sido desglosada en distintas dimensiones, de modo que se ha hecho operativa en cuanto a su aplicación en el estudio empírico de la individuación. Las dimensiones de las pruebas, elaboradas en base a un conjunto de textos (Martuccelli, 2007; 2010a, 2013; Araujo y Martuccelli, 2010), son las siguientes

- a) **Dimensión narrativa:** las pruebas suponen un mecanismo de percepción que hace ver a los actores su propia vida como un conjunto de desafíos o problemas específicos (2013; p. 215). La descripción que los individuos hacen de las pruebas tiene una estructura narrativa y consiste en una sucesiva puesta a prueba de los individuos en situaciones particulares. Esta dimensión es muy relevante para nuestro estudio, pues nos abre un objeto a través del cual podemos entrar al estudio de la individuación por las pruebas: mediante las narrativas. Al estar culturalmente representadas, las pruebas están sujetas a una elaboración social que circula en forma de relatos, y que sitúa la experiencia personal de los actores en términos utilizados socialmente, particularmente a través de narrativas.
- b) **Obligatoriedad de las pruebas:** en tanto interrelación entre instituciones e individuos, existe un principio normativo que hace imperativa la respuesta a los desafíos que plantean las primeras. Como postulamos con anterioridad, desde nuestro punto de vista las pruebas denominan una forma de dominación entre ambos términos, cuyo signo es la responsabilización. En tal caso, el mandato no está marcado por la coerción, por el impulso a realizar una u otra acción, sino más bien por la delegación, que constituye una forma de dominio más implícita, pero no por eso de menor eficacia.
- c) **Componente evaluativo:** en la medida en que constituyen un mecanismo de selección de personas, las pruebas implican una evaluación de parte del ente que aprueba y también desde los individuos que afrontan los desafíos, quienes tienen una cierta noción sobre los

⁴ “Contingente” se refiere a que es el resultado de una selección entre múltiples posibilidades (Rodríguez y Arnold, 2007), lo que implica una relación abierta, aunque sujeta a un número limitado de opciones en cuanto a su desarrollo.

criterios del “éxito” y el fracaso” respecto a las pruebas en cuestión. Sin desconocer el diferencial de recursos que se puedan tener para hacer frente a una prueba, cabe reafirmar que su resultado es siempre contingente, por más que existan determinaciones que hagan más probable uno u otro resultado.

- d) **Desigualdad de recursos:** al responder a las pruebas estructurales, los individuos cuentan con recursos diferencialmente distribuidos. El estudio de la individuación no atiende de manera principal a la estructura de la distribución de los capitales o de las competencias que tienen los actores, que configurarían a su vez un mapa de posiciones sociales específico, sino más bien enfatiza las modalidades específicas de estos recursos desde los individuos. Por esto, la desigualdad de recursos (que en el próximo apartado describiremos como *soportes*) es una dimensión fundamental al considerar las maneras particulares en que los actores responden a las pruebas, pero su estudio no pretende construir la fisonomía de la estructura social.
- e) **Descripción de una sociedad histórica como conjunto:** al centrarse en un set limitado de pruebas estructurales y comunes a todos los individuos de una sociedad, su descripción facilita un retrato de una sociedad particular en base a los desafíos comunes que enfrentan, diariamente, sus miembros. Es lo que Araujo y Martuccelli han realizado en su análisis de la sociedad chilena (2012), en que han incursionado en las pruebas que se enfrenan en distintos ámbitos, como el trabajo, la amistad, la vida familiar, la posición social propia, etc.

El análisis de la individuación mediante las pruebas permite, a escala individual, dar cuenta de las experiencias que caracterizan un proceso histórico de rango más amplio. Volviendo al punto anterior, el análisis de la individualización privilegia un acercamiento estructural a la responsabilización por la reproducción social, teniendo como única variable de análisis la configuración institucional y desprendiendo de ella las pruebas y las experiencias que tendrían los individuos ante el desafío de hacerse cargo de su posición social. Dado que es esta última perspectiva la que queremos poner en práctica con esta investigación, cabrá adoptar la individuación como estrategia analítica y metodológica para estudiar las trayectorias sociales y la gestión de las posiciones en el espacio social chileno. No buscaremos, empero, hacer un retrato de todo el conjunto de pruebas estructurales que enfrentan sus individuos; ello excedería el marco de este estudio, y por lo demás es un análisis que ya se ha realizado, como mencionamos recién.

Lo que nos interesa entonces es poner el foco en *la dimensión narrativa de las pruebas*: entrar a los desafíos que han enfrentado los individuos de distintas proveniencias en el Chile actual respecto a sus posiciones sociales desde el relato que ellos mismos hacen de su trayectoria. En esa línea, la respuesta a la pregunta: ¿cómo ha llegado usted al lugar que ocupa actualmente?, indica el modo en que han respondido a la individualización de su reproducción social. Al construir una narrativa, los actores pueden no sólo explicitar cuáles son sus estrategias personales, sino también qué elementos han venido a facilitar su consecución o a impedirla. Y esto se refiere tanto a los recursos que efectivamente han movilizadado como a los soportes que los han sostenido en el camino, a veces arduo, por hacerse un lugar determinado en una sociedad individualizada. Para precisar más los términos que estudiaremos en relación a las pruebas, podemos seguir avanzando en nuestro marco analítico.

c) Posiciones, trayectorias sociales y soportes: la topografía desde la sociología del individuo

Hasta este punto hemos hablado libremente de términos que requieren una cierta precisión, sobre todo para delinear el material que analizaremos y la muestra que consideraremos en nuestro estudio. Los conceptos de posición y trayectoria sociales se han utilizado recurrentemente, sin haber sido definidos. En este apartado los describiremos desde la sociología de Pierre Bourdieu, pero haremos algunas variaciones a su esquema original al combinar sus postulados con los de la *sociología de los soportes* de Danilo Martuccelli, ejercicio que tendrá el propósito de llevar el estudio de las posiciones, hegemonizado por taxonomías que objetivan a los actores al clasificarlos según criterios externos a ellos mismos, hacia una perspectiva más acorde a la sociología del individuo, que como se afirmó en un principio tiene la pretensión de poner en práctica una sensibilidad hacia las experiencias individuales en su estudio empírico (Martuccelli y de Singly, 2012).

Antes de entrar en la perspectiva que vamos a utilizar, debemos establecer una serie de salvedades analíticas que eviten un malentendido respecto a las premisas de nuestro estudio, particularmente en referencia a la relación que se ha establecido en la sociología entre los procesos de individualización y las estructuras de clase. Debemos justificar el motivo por el que intentamos estudiar la estratificación en las posiciones y no en las clases sociales, que es el operador analítico que ha centrado dicho ámbito de estudio en la sociología desde sus inicios. Existen distintos autores contemporáneos que en base a los procesos de individualización de las sociedades occidentales han desestimado la pertinencia de un análisis de clase en el modo tradicional: asumiendo la unidad entre una posición en la estructura productiva, una determinada forma de conciencia y una organización colectiva que la defiende, unidad que se habría quebrado frente al escenario de una creciente singularización de las trayectorias (Dubet y Martuccelli, 2000). Desde la teoría de la individualización, Ulrich Beck ha sostenido que la clase como categoría corresponde a un concepto *zombi* (2003), un muerto viviente que se niega a ser dilapidado por los sociólogos, quienes no han logrado distinguir que las desigualdades en las sociedades actuales tienden a ser vividas como problemas personales, y que otra parte han trascendido ampliamente los límites del Estado-nación, el que sigue siendo el marco referencial de los análisis de clase (Beck, 2007).

El fenómeno que en realidad ha revelado el estudio de la individualización no es la *muerte de las clases sociales*, tesis defendida por autores varios, sino que una progresiva desidentificación de los actores respecto a las clases sociales. Como ha sostenido el análisis cultural de las clases desarrollado por distintos sociólogos británicos, la clase de pertenencia puede ser reconocida por los individuos, pero constituye una identificación de relevancia limitada, no una distinción subjetiva en torno a actitudes, prácticas o estilos de vida que asienten una *conciencia de clase*: “la conexión entre las posiciones de clase y la identidad cultural pareciera haberse desenmarañado” (Bottero, 2004, pp. 987-988). Esta premisa ha justificado un acercamiento hacia el estudio de las clases que acoja las observaciones que distintos autores han hecho respecto a la situación de la estructura social en la segunda modernidad; resalta principalmente la perspectiva de Mike Savage (2000), quien ha propuesto una renovación del análisis de clase considerando la erosión de las identidades culturales a raíz de la individualización, el que debiera ahora tener como objeto la diferenciación cultural de las clases, ya no pensadas como tipos de colectivos realmente existentes, sino como grupos de individuos diferenciados en términos de jerarquía y dominación. Desde este punto de partida la pregunta por la identidad de clase pierde relevancia y asoma como central la diferenciación de actitudes y prácticas, que los actores pueden no reconocer como compartidas con otros ocupantes de su mismo lugar en la estructura social, aunque ella inflencie directamente su trayectoria vital de todas formas.

Como es de apreciar, las teorías de la individualización han expuesto situaciones particularmente relevantes para el estudio de la estratificación. Nos hemos referido a ellos para aclarar el siguiente punto: hemos optado por estudiar las *posiciones* sociales y no las *clases* no porque hagamos nuestra la tesis de que éstas son categorías en descomposición, ni porque ellas hayan dejado de ser explicativas en el análisis sociológico. Antes bien, nuestra postura es que una sociología del individuo no puede asumir *a priori* la existencia de experiencias o narrativas “de clase” porque ello debe constituir más un *resultado del análisis* que una premisa. Es decir, existe la posibilidad cierta de encontrar elementos culturales comunes a una clase de individuos⁵, pero la

⁵ En cualquier caso, hacemos nuestra la definición de *clase* que ha hecho el sociólogo inglés Will Atkinson, de inspiración bourdieuana: son “conjuntos (*clusters*) de personas con dotaciones similares de capital, condiciones de existencia y habitus tomados por comunes con fines analíticos, y ellas están definidas por sus “posiciones relativas” enfrentadas una a otra en una estructura general como dominantes (alto volumen de capital), dominadas (bajo volumen) o intermedias, no a través de las propiedades “sustanciales”,

sociología del individuo comienza desde una apertura a la singularidad de las experiencias, a partir de lo cual se pueden encontrar elementos comunes a ciertas categorías sociales. A la manera de Savage, es posible entrar a un espacio diferenciado culturalmente en el estudio que hacemos, sobre todo en la medida en que la individualización y la individuación están cruzados por la desigualdad social, pero si tales fenómenos se estructuran según la pertenencia de clase correspondería a un hallazgo investigativo y no a un punto de partida. Por esta razón, en virtud de la coherencia conceptual, optamos por trabajar desde el concepto de posiciones y no de clases sociales.

Hechas estas salvedades, cabe precisar lo que entendemos por *posición social*. Esta noción es inseparable de un concepto espacial de la distribución de recursos en una sociedad, según la cual existirían lugares con mayores o menores dotaciones. Como se sabe esta concepción de un *espacio social* fue propuesta por Bourdieu en distintas obras: este espacio es un espacio multidimensional, no estructurado en base a un criterio único (como podían presumir las teorías tradicionales sobre las clases sociales), y que es posible reconstruir empíricamente dando cuenta de "los poderes o capitales que son o pueden llegar a ser eficaces, como ases en un juego de cartas, en este universo particular" (Bourdieu, 2001 p. 105). Es decir, la representación de la sociedad que Bourdieu nos propone es la de un espacio social de diferencias, cuyas posiciones se determinan según la propiedad sobre recursos de distinta índole, pero que son eficaces en términos simbólicos, creando una apariencia de realidad a un espacio creado socialmente, resultado de luchas entre los mismos actores sociales.

Siguiendo las distinciones de Stanislaw Ossowski (1972), Bourdieu no hace una lectura *funcional* de las clases sociales, insertándolas en un proceso como puede ser la producción; tampoco es una visión *gradacional* de la distribución de recursos, pues son varias las dimensiones que influyen sobre la posición de los actores, con combinaciones variables –no necesariamente los más educados son quienes poseen la mayor cantidad de ingreso y viceversa, que es la estructura “en quiasma” del espacio social como la llamara Bourdieu (1998); por último, tampoco es una concepción *conflictiva* de la distribución de recursos pues no plantea que quienes tienen mayores activos en el espacio social los tengan *a costa*, gracias a la explotación de los más desfavorecidos.

características o conductas que se adjunten a ellas –como unas ocupaciones en particular, ingresos, disposiciones o las prácticas de su estilo de vida”. (2010, p. 14)

Sin poder enmarcarse en ninguna de esas representaciones, la visión de Bourdieu sobre la repartición de los bienes, materiales y simbólicos, en la sociedad es una concepción *topológica*: busca establecer un mapa de posiciones de acuerdo a la posesión de *capitales*, es decir, recursos socialmente eficaces que generan diferencias y principios de clasificación entre los agentes (individuales o institucionales) dentro de un espacio social (Bourdieu, 2001).

Los distintos tipos de capital –económico, cultural, social y simbólico- pueden ser invertidos en distintos campos o juegos sociales, en que unos tienen mayor eficacia que otros para distinguir a los actores; para el autor, los capitales con mayor capacidad de distinción en las sociedades occidentales “avanzadas” son el capital económico, el conjunto de ingresos y propiedades materiales que tengan las personas, con el capital cultural, integrado por las credenciales, por los objetos culturales que se posean, entre otros elementos (Bourdieu, 1998). Los factores que determinarían la posición relativa de los individuos en el espacio en cuestión serían, según Bourdieu, el volumen de los capitales que posean, su composición o estructura y, por último la evolución en el tiempo de estas dos propiedades, es decir, la *trayectoria social* del actor. Este último término designaría entonces el recorrido que ha tenido un individuo entre un punto de partida y uno de llegada, y que es distinto de lo que se entiende por movilidad social, pues no necesariamente implica un cambio en el sitio que se ocupa.

Por otra parte, un elemento muy importante en la teoría de Bourdieu es que él no presume la existencia grupal de *clases sociales* desde las cuales podríamos entender las acciones y experiencias individuales; antes bien, el planteamiento del autor distingue entre las “clases teóricas” que serían grupos estadísticamente homogéneos, con propiedades comunes y prácticas que las caracterizan en el papel, y cuya grupalidad existe únicamente como una posibilidad de afinidad o de distanciamiento según su lugar relativo en el espacio social (Bourdieu 1998). Las “clases reales”, en cambio, constituirían grupos reales en el seno de una sociedad, aunados principalmente por el trabajo de la representación política (Bourdieu, 2001). Desde esta perspectiva, entonces, es posible hacer referencia y estudiar las posiciones sin remitirlas necesariamente a una clasificación, cuestión básica para un estudio como el nuestro, en el que estamos atendiendo a los individuos situados en el espacio social antes que a su adscripción grupal o a la fisonomía de las clases conformadas dentro del mismo. Estudiar desde esa problemática las posibilidades de organización política que tienen los distintos emplazamientos sería situarse en el

estudio de la subjetivación, enfoque del que nos desmarcamos en el apartado anterior. Hasta aquí los postulados de Bourdieu parecen sernos útiles a nuestros fines, pero lo cierto es que cabe plantear una serie de distanciamientos respecto al carácter de su sociología, en la medida en que varias de sus premisas serían contrarias al foco que hemos querido desarrollar en esta investigación, a saber, el de la sociología del individuo. A contrapelo de los supuestos de la individuación, la teoría de Bourdieu apuesta por una homología estructural entre el orden de las posiciones y las disposiciones: una correspondencia entre la posición social – de acuerdo a la estructura de la distribución y el volumen global de los capitales poseídos por los agentes (1998), el habitus –como sistema de disposiciones y formas de percepción, apreciación y acción que están estructuradas por los condicionamientos sociales de los agentes y que estructuran a través de las prácticas el espacio social, y en tercer lugar las tomas de posición, que consisten en elecciones que realizan los agentes en el seno de campos diversos. Esta correspondencia propuesta por Bourdieu es concordante, según Peter Wagner (1994), con un concepto de modernidad organizada, que descuida el hecho de que tanto las trayectorias como las identidades de clase han tendido a singularizarse en el curso de la segunda modernidad (Dubet y Martuccelli, 2000).

Sin querer refutar empíricamente las premisas de Bourdieu respecto a tal homología, lo cierto es que debemos tener otro punto de partida en nuestro estudio, abriendo nuestra perspectiva hacia la particularidad de las trayectorias, por lo que no podremos plantear a priori, a partir de un mapa de distribución de recursos, una distribución de experiencias. Si hemos recurrido en el apartado anterior a la noción de prueba es porque ella permite abrir una sensibilidad a la singularidad de las experiencias individuales frente a determinados desafíos, sin descuidar un análisis estructural que ponga en contexto las biografías; por otra parte, puede facilitarnos el estudio de las posiciones sociales sin recurrir a una teoría de la práctica, ni a “consideraciones intrapsíquicas o disposicionales” (Martuccelli, 2013, p. 222). Es decir, se incorpora a una sociología del individuo eludiendo la complejidad de los debates sociológicos sobre las prácticas y los mecanismos psicosociales que los sostienen. Por ello es posible, desde el estudio de la individuación, hablar plenamente de posiciones sociales prescindiendo de una teoría del habitus.

Una segunda línea crítica respecto a la concepción bourdieuana de las posiciones y trayectorias sociales, desde una perspectiva sociológica del individuo, se refiere a su concepto de

los capitales. Como ya hemos señalado, ellos hacen alusión a los elementos cuya posesión diferencia a los individuos en un espacio social, así como a recursos que pueden movilizarse a través de lo que Bourdieu llama las “estrategias de enclasmiento” (1998). Ahora bien, cabe reconocer la utilidad de este concepto para comprender la multidimensionalidad de los criterios de estratificación, pero parecen insuficientes para abarcar la infinitud de recursos que los actores pueden evocar como *influyentes* o *determinantes* en su trayectoria. De hecho, como veremos en el análisis de la información, cuando las personas construyen el relato de sus trayectorias, aparecen elementos que no pueden ser conceptualizados como capitales: la resiliencia, el azar, saber aprovechar las oportunidades o la importancia del apoyo familiar se cuentan como elementos relevantes a la hora de interpretar las trayectorias, pero *difícilmente sería válido sostener que el espacio social se encuentra estructurado a partir de ellos*, como ocurre con los capitales. En un ejemplo: suena absurdo mencionar que el empuje personal es un factor estratificador, pero sí es sensato para algunos individuos sostenerlo como un factor fundamental en la lectura de su trayectoria.

En honor a la amplitud de los recursos evocados por los actores y a su particularidad para cada caso concreto, debemos introducir un concepto que sea más laxo y quizás más abstracto que el de capital: nos referimos a la noción de *soporte*. Una vez más podemos recurrir a la obra de Martuccelli al respecto. Para este autor, “el interrogante original de una sociología del individuo es pues saber cómo el individuo es capaz de sostenerse en el mundo”, lo que presupone que “la condición humana del *ek-sistere*, “de estar afuera”, “arrojado en el mundo”, marcado por una distancia y una falta, aparece como una constante antropológica transhistórica que abre a un análisis de ciertas situaciones límites de la existencia humana” (2007, p. 63). La propuesta de una sociología de los soportes delineada por Martuccelli parte de una imagen del individuo definida por la falta, abiertamente dependiente de factores externos que vendrían a apoyar su existencia, de por sí inestable en tanto expresión de la condición moderna: “no hay modernidad sin la ruptura de las antiguas dependencias y la aparición de una experiencia entre-dos. En medio de ésta, el individuo no existe sino en la medida en que logra sostenerse por un conjunto de soportes” (2007, p. 77). Es, ciertamente, una figura del individuo distinta a la expuesta por Bourdieu, quien ve en los ocupantes del espacio social actores interesados por mejorar su posición relativa en distintos campos sociales, es decir, como estrategias (Corcuff, 2007). El análisis de Martuccelli parte del

hecho de que los actores pueden reconocer sus sostenes principales de manera espontánea, porque son recursos que efectivamente están ahí (2010a).

En línea con su propuesta del estudio de la individuación, con la que adherimos en el apartado anterior, el estudio de los soportes busca “saber las maneras efectivas como los individuos se sostienen el mundo y hacen frente a los imperativos sociales crecientes a los cuales están sometidos” (2007, p. 71). Creemos que, frente al proceso de individualización del manejo de las posiciones la pregunta por los soportes es crucial: si la individuación se cuestiona sobre cómo los individuos intentan en su experiencia cotidiana superar las pruebas que les imponen los imperativos sociales, los soportes consistirían en los elementos que aparecen como indispensables en tal proceso, tal que apoyarían o dificultarían su desarrollo. A este respecto, ha sido Robert Castel (2010), sobre quien ya nos refiriéramos más arriba, quien ha formulado una consistente sociología del individuo enfocada en sus soportes. Para él, “los soportes son las condiciones socioeconómicas de posibilidad de los individuos, las bases sobre las cuales deben apoyarse los actores para poder desplegar sus estrategias personales” (Martuccelli, 2007, p. 77). Pone especial atención a la propiedad privada y social como recursos que permiten ser un individuo efectivamente, o uno negativo, definido por la carencia de posibilidades objetivas para desarrollar la propia autonomía –la distinción que hicimos anteriormente entre “individuos por exceso” e “individuos por defecto”- atendiendo particularmente al papel del Estado benefactor en esa distribución.

Sin embargo, podemos afirmar con Martuccelli que no basta con establecer los recursos económicos y los derechos sociales como los únicos soportes válidos en las trayectorias individuales, pues cabe reconocer la *insubstituible significación personal* de los recursos que pueden ser considerados de esa manera (2007, p. 81). Es importante plantear de igual manera que la propuesta de Castel nos abre igualmente una perspectiva sobre los soportes *sociales* de la individuación, como pueden ser los derechos y los servicios públicos, dimensión descuidada en el análisis de los capitales, poseídos principalmente por individuos particularizados. En torno a lo expuesto sobre los posibles elementos que constituyen soportes para la trayectoria del actor, podemos diferenciarlos en:

- a) **Capitales:** recursos que pueden ser movilizados por los individuos para gestionar sus estrategias de enclasmiento.
- b) **Propiedad social:** derechos sociales y servicios prestados por el Estado, o por organizaciones civiles que alivianan la responsabilidad sobre el individuo y socializan los riesgos.
- c) **Soportes ecológicos:** en función del entorno inmediato del individuo, pueden existir factores externos de carácter variable que apoyen su trayectoria.
- d) **Soportes internos:** disposiciones y competencias que, desde la perspectiva del actor, ayudan al desarrollo de su trayectoria en el espacio social.

Este último tipo de recursos es muy importante y lo hemos mencionado sólo subrepticamente. Siguiendo a Philippe Corcuff (2007), hacemos la distinción entre las disposiciones del individuo –que se define como una *tendencia* proveniente de la socialización y que se le impone por esa vía- y sus competencias, es decir, el aprendizaje de determinadas *capacidades*. Como veremos en el análisis de las entrevistas, esta es una dimensión que suele relevase como un soporte en las trayectorias de los actores, particularmente en los que se reconocen en la imagen del “individuo soberano”, sostenido sobre sí mismo (Martuccelli, 2010a). Para cerrar este apartado, cabe postular lo siguiente: desde nuestro enfoque, los soportes que el actor reconoce como fundamentales en su experiencia del mundo social *no necesariamente* son los recursos que han definido en los hechos su trayectoria, sino más bien hay que considerar sus observaciones como una construcción *narrativa*, como una creación *ex post* que puede estar teñida por discursos que circulan a nivel social, tal como es la representación del individuo soberano, cuyo carácter ficticio puede pasar desapercibido gracias a su alto nivel de legitimidad en tanto narrativa e imperativo ético: hay que crearse y sostenerse a uno mismo. Por esto no cabe juzgar a los soportes como si fueran los recursos activos que influyen en una trayectoria vital o posicional, sino como elementos recogidos por el individuo y configurados en una estructura narrativa que puede ser particular o extensiva a un conjunto de actores sociales.

Conclusiones: el análisis de la individualización desde las narrativas posicionales

Hasta este punto hemos definido la individualización desde una mirada en particular, como la responsabilización del individuo por su reproducción social; vimos que la individuación se plantea como una estrategia investigativa en que el objeto son las pruebas que enfrentan los actores al asumir su responsabilidad inducida por los procesos de individualización. Relacionamos ambos conceptos con el de posición social y apostamos por abordar las trayectorias sociales de distinto tipo de individuos teniendo en cuenta todo lo anterior: que en el marco de la segunda modernidad las adscripciones de clase se han erosionado y dado paso a otros recursos identitarios; que el desmantelamiento de los regímenes de bienestar enfrenta directamente a los individuos con sus posiciones, de las que se convierten en actores fundamentales. La experiencia de esa condición vital ha sido propuesta como un objeto de estudio en el concepto de individuación, entendiendo que frente a la crisis de la idea de una sociedad integrada en términos sistémicos pierde legitimidad de cara a una sociología asentada en las experiencias cotidianas de las personas, interpretadas en conexión con procesos de orden macro-sociológico.

En estos planteamientos hemos ignorado intencionadamente la perspectiva que Zygmunt Bauman, uno de los más ilustres observadores de las sociedades contemporáneas, ha desarrollado respecto a la individualización. Urge recurrir a ella aunque sea brevemente para introducir el enfoque narrativo que describiremos con mayor detalle en el marco metodológico y que se sitúa como nuestro modo de abordaje de los fenómenos que intentamos señalar hasta el momento. En la obertura de su libro *La sociedad individualizada* (2001) Bauman expone las consecuencias que tendrían los procesos de individualización para las biografías individuales, en el modo en que los actores entienden su vida y se desenvuelven en ella. En sus propias palabras: “el rasgo característico de las historias narradas de nuestra época es que articulan las de vidas individuales de una manera que excluye u oculta (impide su articulación) la posibilidad de localizar los enlaces que vinculan el destino individual a los modos y maneras mediante los cuales funciona la sociedad en su conjunto... Con los factores supraindividuales determinando el curso de una vida individual fuera de la vista y del pensamiento, es difícil descubrir el valor añadido de hacer causa común y de trabajar hombro con hombro” (2001, p. 20).

La individualización de las biografías implica, entonces, una desaparición de las *condiciones*, las instancias que delimitan el rango de las decisiones y que determinan sus consecuencias, de las narrativas personales, de modo que el funcionamiento de las instituciones sociales queda relegado a lo que Bauman llama una “segunda naturaleza”, una serie de condiciones inaprehensibles. La contraparte de este fenómeno es que los individuos se *responsabilizan* por las consecuencias de sus actos, de modo que se agradecen su propio éxito y se culpan por su situación, lo que puede encontrarse en el modo en ellos relatan y construyen su biografía; esta forma de representación tendría un papel constitutivo, no puramente reflexivo (Bauman, 2001, p. 18). En términos sociológicos (Archer, 2009), podríamos interpretar ello como una invisibilización de las constricciones estructurales en los actores sociales, quienes tendrían una perspectiva caracterizada por un *conflacionismo ascendente*, una sobrestimación del papel de la propia reflexividad en las situaciones de los individuos. Estas observaciones hacen sentido si es que se considera que el *modo en que las personas viven* sigue estando profundamente influido por fuerzas externas y coercitivas que les dan forma, con lo que puede entenderse la individualización de las narrativas como un proceso eminentemente *ideológico* (Brannen y Nilsen, 2005), de ocultamiento del poder social.

Si volvemos a nuestra definición sobre la individualización, en que la ligamos analíticamente a un modo de dominación centrado en la responsabilización, vemos que esa perspectiva proponía la expansión de un individualismo propulsado institucionalmente. Desde nuestra postura, el fenómeno al que Bauman apunta hacia amplia *conformidad* con esa orientación institucional, pues quiere hacernos ver que la individualización no sólo ocurre en cuanto a los modelos de bienestar, al papel del Estado dentro del espacio social, o a los niveles de politización y organicidad de las clases sociales, sino que también –y en ello radica su componente ideológico- es una orientación que “está incorporada a la manera en que vive la gente, *impregna* la manera en que las personas actúan y se relacionan” (2001, p. 21). Byung Chul-Han (2012), filósofo coreano-alemán contemporáneo, ha planteado que esta sobrecarga en los individuos respecto a su situación sería el fruto de la masividad de las enfermedades depresivas y de las sensaciones de fracaso en una sociedad compuesta por “sujetos de rendimiento”, estimulados a sostenerse sobre sí mismos y a auto-dirigirse las críticas por sus “fracasos”. Es decir, no se trataría únicamente de una cuestión cognitiva, un fenómeno sólo relativo a la narración de las biografías, sino que la individualización tendría consecuencias muy patentes sobre la vida de las personas.

Lo interesante en este punto es poder abrir estas observaciones a la investigación empírica. ¿Cómo estudiar in situ la responsabilización, los recursos que emplean los actores para sostener esa carga en su vida? ¿Constituye efectivamente una carga el deber responder por la propia trayectoria, o constituye más bien una posibilidad de ejercer la autonomía de acción que defienden los partidarios del libremercado? La lectura de Bauman al respecto, en rigor, no está sustentada en material empírico, pero estimula a adentrarse en la individualización desde las biografías particulares y su configuración formal. Nuestra apuesta es que una vía privilegiada para estudiar tales experiencias se encuentra en las narraciones que los actores hacen de ellas: la lectura de la serie de eventos que dan forma a su trayectoria en el espacio social, evaluadas emocional y moralmente (Labov, 1997). Entendemos, junto al constructivismo de Jerome Bruner (2004), que no hay otra forma de describir el “tiempo vivido” que no sea de un modo narrativo, lo que plantea la propia “vida” como una construcción imaginaria generada por la cognición, la que toma forma utilizando recursos estéticos. La descripción de estas narrativas nos mostraría las “vidas posibles” de una cultura, las que al mismo tiempo tendrían un “poder estructurador sobre la experiencia” (Bruner, 2004, p. 694). De este modo, para estudiar la individualización y la vivencia de las pruebas que ella plantea situamos nuestro foco en las narrativas de las trayectorias sociales; esta estrategia analítica será descrita con mayor profundidad en el Marco metodológico de este estudio.

3. Antecedentes

En esta sección de nuestro estudio mostraremos las principales observaciones que se han establecido respecto a los procesos que hemos involucrado en nuestra reflexión teórica – modernización, individualización, individuación- en el plano de la sociología local, en torno al modo en que ellos se han decantado en la sociedad chilena. Con ello intentaremos echar luces sobre el análisis empírico que realizaremos más adelante, así como plantear las dimensiones que han quedado inexploradas por los estudios en cuestión, vacío que dará sentido a la investigación que llevamos a cabo. Ciertamente ésta cuenta con una serie de trabajos que han desarrollado dentro del enfoque de la sociología del individuo y que cabrá mencionar para establecer la perspectiva particular desde la que nos situaremos frente al problema de estudio. Para ello separaremos esta sección en tres apartados: (i) en primer lugar, describiremos a grandes rasgos las características de la modernización en la sociedad chilena y del régimen de bienestar imperante en la actualidad para dar un marco histórico a lo que entendemos como la individualización de la reproducción social; (ii) en segunda instancia, y basándonos en la imagen que hayamos presentado del proceso modernizador, haremos referencia a investigaciones que han estudiado las principales transformaciones del espacio social chileno, poniendo énfasis en la representación del individuo que suscitan sus conclusiones; (iii) por último, revisaremos las formas en que se han estudiado los fenómenos de la individualización y la individuación en la sociología local, con un foco especial en su abordaje en torno a las posiciones sociales y el bienestar. Desde ese punto explicitaremos la particularidad de nuestra perspectiva, centrada en la dimensión narrativa.

I. La trayectoria a la modernidad en Chile y el régimen de Bienestar: el marco histórico de la individualización

Partir de una imagen de la modernidad es menester si queremos referirnos a los antecedentes de nuestro estudio: si bien implica problemas analíticos que exceden por mucho los límites del mismo, cabe recordar, como se sostuvo anteriormente, que tanto las teorías de la individualización como la individuación por las pruebas *tienen punto de apoyo una descripción determinada del proceso modernizador, frente al cual los fenómenos adscritos al individuo serían*

un epifenómeno, una variable dependiente de tal proceso. En línea con esta estrategia analítica, podemos comenzar planteando lo que entendemos por modernización: siguiendo a Jorge Larraín (2005, p. 27), podemos entenderla como un proceso ocurrido en un campo de lucha por la institucionalización de las significaciones imaginarias de la modernidad –autonomía y control- en alguna forma histórica determinada. En esta perspectiva existen distintas “trayectorias a la modernidad”: formas plurales de institucionalización de los proyectos de autonomía y racionalización, con resultados contingentes de acuerdo a los procesos históricos de cada campo de lucha (nacional, regional, global, etc.). La particularidad de cada trayectoria debería buscarse, de acuerdo a Castoriadis (2008) en la especificidad de los proyectos que generan y dominan un periodo histórico, con lo que debemos atender a las formas institucionales que han encarnado las significaciones imaginarias en cuestión para dar cuenta de la trayectoria a la modernidad en un campo específico.

Para dar cuenta del modo en que ello ha ocurrido en la sociedad chilena, podemos atender a una serie de factores estructurales que han definido esta trayectoria en el curso de las últimas cuatro décadas. Para referirnos exclusivamente al problema que nos convoca, las experiencias posicionales a nivel individual, acudiremos a reflexiones que se han realizado sobre el modelo socioeconómico chileno, la matriz sociopolítica o de constitución de actores, y principalmente el régimen de bienestar vigente. Con ello buscamos entregar herramientas para entender el proceso de individualización en Chile, el que sería inducido –como suponen las teorías respectivas- desde los marcos institucionales de la sociedad; el estudio de los procesos de individuación también requiere de un marco interpretativo relacionado a los procesos históricos en que ellos generan desafíos específicos para los miembros de una sociedad. Podemos empezar a delinear ese marco caracterizando el modelo socioeconómico que ha centrado las políticas económicas desde las reformas que realizó el régimen militar entre 1973 y 1989, las que se pueden enmarcar en la tarea refundacional de la dictadura respecto a la armazón institucional del periodo nacional-popular (Garretón, 2014). Como se sabe, en líneas generales se ha comprendido el modelo chileno desde una doctrina económica en particular, que fue la que institucionalizó el régimen militar y luego fue seguida en lo sustancial por los gobiernos de la Concertación (Ahumada y Mayol, 2015). Se trata del neoliberalismo, el que consiste en

un paradigma económico y un proyecto público que gira en torno a la privatización, la desregulación de los mercados, el debilitamiento de los sindicatos y el fortalecimiento del poder del capital, la reducción del rol económico del Estado, el surgimiento de los mercados privados de capitales y la globalización. Estos serían los mecanismos para asegurar el progreso y el bienestar económico de la sociedad (Solimano, 2015, p. 21).

Siguiendo a Camargo (2011), es posible entender al neoliberalismo como una *ideología*, compuesta como toda ideología de tres dimensiones (Zizek, 2003): una doctrina o cuerpo de ideas respecto a la vida económica y el rol del Estado, un conjunto de aparatos institucionales que las materializan, y por último, un conjunto de prácticas rituales que encarnan sus principios. Respecto a su dimensión doctrinaria, la perspectiva neoliberal defiende la auto-organización de la actividad económica, lo que se traduce en una desconfianza frente a la intervención estatal por sus efectos distorsionadores para los mercados y por la potencial reducción de las libertades individuales que conllevaría la planificación económica (Hayek, 2007). La presencia de esta doctrina en Chile se logró institucionalizar en un contexto autoritario, en que sectores civiles gestionaron su puesta en marcha, así como el rediseño que implicaba en términos de políticas sociales (Huneeus, 2000). Como ha sostenido Solimano (2015), el caso chileno estuvo marcado por una versión radical del libre mercado en que se privatizaron no sólo las empresas públicas –muchas de ellas nacionalizadas durante el gobierno de Allende-, sino también la seguridad social, particularmente con el sistema de pensiones, y la provisión de servicios tales como la salud y la educación, entre otros. Si bien se habría instaurado en un régimen autoritario, los sucesivos gobiernos democráticos habrían seguido sus principios fundamentales.

Las consecuencias que tuvo la adopción de dicha estrategia de desarrollo para la configuración del espacio social chileno y de los soportes que sus ocupantes disponen para realizar sus estrategias particulares son centrales. De acuerdo con Gabriel Salazar (2003), de todas ellas podemos mencionar tres: la privatización de las empresas y servicios antes de carácter público generó la mercantilización de amplias áreas de la economía, así como una reestructuración de los grupos dominantes de la sociedad, entre los que aparecieron nuevos grupos económicos e inversionistas extranjeros que engrosaron un empresariado de carácter emergente. Por otra parte, la estrategia neoliberal tendió a mantener el carácter primario-exportador de la economía chilena, centrado en la producción minera y una reciente diversificación agrícola; la desindustrialización acabó con actores sociales propios del periodo nacional-popular, lo cual se expresó en la drástica

reducción de la actividad industrial en el producto interno bruto respecto al periodo de la Unidad Popular (Correa et al, 2001). En tercer lugar debemos contar los importantes costos sociales de las reformas neoliberales, que buscaron controlar la inflación y reducir la liquidez, congelando el nivel de salarios, haciendo caer el peso de los ajustes sobre unos sectores trabajadores y medios imposibilitados para defender sus intereses por medio de representantes políticos de carácter clasista.

En ese sentido, la correspondencia entre partidos y clases sociales, característica básica del periodo nacional-popular (Baño, 2003) se habría visto desmembrada por un régimen que desarticuló a los dos sectores ocupacionales que sustentaban tal periodo: las clases medias al alero del sector público, expulsadas al mercado y al trabajo por cuenta propia, y la clase trabajadora, cuya organización sindical quedó prescrita y sujeta a las nuevas normas del Plan Laboral de 1979, las que aún continúan regulando las relaciones en el campo del trabajo (Boccardo y Ruiz, 2014). Vemos que las transformaciones del modelo socioeconómico se relacionan íntimamente al ocaso de los viejos actores que disputaban proyectos societales divergentes, con lo que el modelo sociopolítico también se vio profundamente trastocado. Éste, desde la transición a la democracia, se caracteriza por un distanciamiento entre el sistema de representación política y la base social y económica (Garretón, 2015), lo que quiere decir que los partidos han dejado de orientarse por sus vínculos en organizaciones sociales y por una identidad propiamente clasista. Esas observaciones respecto a la deriva de la modernización en el ámbito político ya se planteaban con claridad en la década de 1990, en que Cousiño y Valenzuela (1994) describían la autonomización del sistema político local respecto a las bases que habrían sostenido proyectos de corte populista tanto en Chile como en la región latinoamericana.

Durante los gobiernos democráticos post-dictatoriales, tanto los liderados por la Concertación como por Sebastián Piñera, han compartido la misma relación entre política y sociedad: al decir de Gonzalo de la Maza (2010), no existen instituciones que operen como mediadoras entre los partidos y los movimientos sociales, lo que se complementa con un alto grado de despolitización y de participación electoral desde la ciudadanía, esto si bien han tenido lugar importantes movilizaciones sociales sobre todo a nivel estudiantil (Mayol, 2011). El creciente descrédito de la política institucional se ha expresado en una situación ambivalente: si por un lado se ha propiciado la participación en movimientos extra-institucionales, desde la transición política

se ha diagnosticado una continua *retracción* de los individuos a sus espacios privados, con una marcada carencia de proyectos colectivos (De la Maza, 2010, p. 97). En este sentido, autores reconocen que sí ha existido en las últimas décadas un proceso de democratización, pero que ocurriría a nivel de las relaciones cotidianas y no desde la institucionalidad política (Araujo y Martuccelli, 2012).

Estas características del modelo sociopolítico chileno, que pese a las críticas y la deslegitimación ha seguido su curso funcional, son relevantes para pensar la individualización en Chile. Como ha sostenido Jorge Larraín al respecto (2005), la trayectoria a la modernidad en Chile ha debilitado los proyectos colectivos de autonomía, la búsqueda de institucionalizar principios comunes; en cambio, ha primado un principio de autonomía focalizado, un “modelo individualista de autonomía” expresado en la despoltización y el auge del consumo de masas (2005, p. 50). Respecto a esto último, el lugar del consumo en la modernización chilena ha sido relevado por distintos intelectuales. Se ha enfatizado su rol alineador respecto al *establishment*, en la medida en que el crédito habría responsabilizado a los individuos por sus posibilidades de ascenso social, en un contexto permanente de salarios bajos (Salazar, 2003); también su importancia como mecanismo de control social (Moulián, 1997) y su capacidad para generar la integración de amplios sectores de la población a un estilo de vida que antes sólo podía ser alcanzado por las élites (Tironi, 1999). En cualquiera de estas visiones se ha considerado igualmente que el consumo comenzó a ocupar desde la década de 1990 un lugar central en las estrategias de enclasmiento, y como todo acto de consumo –siguiendo a Bauman (2000)-, serían ante todo individuales. Lo anterior no obsta que el consumo haya configurado el campo de diferenciación simbólica en el espacio social chileno (Aguilar, 2009).

En este punto es preciso reconocer que sería un error de interpretación proponer una absoluta continuidad entre el modelo socioeconómico implementado por el régimen de Pinochet, el que tuvo distintas etapas en materia de política económica, por lo demás. En esa línea, no es posible ignorar que durante la época post-transicional, durante los 1990, tuvieron lugar una serie de “reformas a las reformas” que buscaron compatibilizar los ejes de las políticas inspiradas en el neoliberalismo con un crecimiento con equidad, atendiendo así a una deuda en plano social respecto a las orientaciones de la dictadura (Ffrench-Davis, 2014). Este proyecto se tradujo en una serie de políticas sociales destinadas a reducir la pobreza, que según la Encuesta Casen bordeaba

el 40% el año 1990. No tendría mucho sentido ahondar en los detalles de las políticas públicas de los gobiernos de la Concertación, pues constituyen un ámbito que escapa a nuestro objeto de estudio. La materia a la que debemos referirnos, teniendo en cuenta los postulados sobre una “corrección” del modelo socioeconómico de la dictadura en torno a las políticas sociales (Garretón, 2014), es el régimen de bienestar que se ha construido hasta el presente, de modo que podamos establecer un vínculo analítico entre la modernización económica y los procesos de individualización.

Si seguimos los tipos de Estado de bienestar propuestos por Esping-Andersen (1993), es posible sostener que el régimen militar promovió un Estado liberal-residual, cuyas políticas buscaron asegurar el bienestar de la población mediante transferencias focalizadas a las clientelas de bajos ingresos; la estimulación de mecanismos de mercado en la provisión de servicios sociales y la promoción de subsidios a la iniciativa privada que ampliara las posibilidades de sectores tanto locales como extranjeros para insertarse en distintos mercados locales y extranjeros. Según Osvaldo Larrañaga (2015) el régimen militar impulsó una serie de reformas en el ámbito de la protección social que siguieron los preceptos del nuevo orden social que buscó establecerse “introduciendo categorías de mercado como elección, competencia, privatización y *relieve de lo individual por sobre lo social*⁶”. Estos principios inspiraron la privatización de las pensiones (sistema de AFP), de una parte de la previsión en salud (por medio de las ISAPRES), así como la creación de un cuasi-mercado en el ámbito educativo, pero también el sistema de salud. Cabe distinguir que si bien ese esquema en la provisión de servicios tiene gran actualidad, en el sentido de que no ha sido modificado en lo esencial hasta el presente, sí debemos considerar las transformaciones en la protección social que realizaron los gobiernos posteriores al régimen y que delinear el estado actual del régimen de bienestar.

Tales transformaciones se refieren, en primer lugar, al proyecto de “crecimiento con equidad” propuesto por los primeros gobiernos de la Concertación, en que el pago de la “deuda social” fue un objetivo explícito, particularmente en la tarea de reducción de la pobreza. La reducción del déficit habitacional, la reconstrucción del Estado docente y el aumento del gasto social son políticas que se suman a esa línea. Desde el año 2000 hasta el presente ha tenido lugar un giro en la población objetivo de las políticas sociales, desde aquellos bajo la línea de la pobreza

⁶ El subrayado es nuestro.

hacia los sectores “vulnerables” –personas de bajos ingresos y sectores medios-bajos, cuya vulnerabilidad económica se refleja en una inestabilidad constante y en una imposibilidad de evitar los riesgos que amenacen sus posiciones (Larrañaga, 2015). La creación de una “red de protección social” en el primer gobierno de Michelle Bachelet se alineó con ese giro, en el que se integraron políticas como el plan AUGE (financiado con un aumento del IVA), el establecimiento de un seguro de cesantía, la creación de pensiones solidarias para quienes no alcancen un cierto monto en su jubilación, el programa Chile Crece Contigo destinado a la primera infancia, entre las más significativas. Si bien estas políticas constituyen una ampliación del bienestar a distintos sectores del espacio social, antes excluidos en la lógica de la focalización, no podemos dejar de atender a dos dimensiones que han caracterizado la modernización en Chile: las políticas laborales que limitan el bienestar de los trabajadores en el país y en relación a ello, la persistencia de una amplia desigualdad socioeconómica en la sociedad.

Respecto a lo primero, podemos afirmar de modo general que el mercado laboral en Chile se encuentra caracterizado por tener un desequilibrio entre el poder del capital frente al trabajo, tal que los gobiernos desde 1990 no han logrado subsanar las consecuencias del Plan Laboral elaborado en el régimen militar (Solimano, 2012); los niveles de sindicalización siguen siendo muy bajos y se encuentran obstaculizados por la prohibición de los sindicatos a nivel público, de las negociaciones por rama o por el multi-rut empresarial. Este desequilibrio, y este es el punto que nos interesa enfatizar, ocurre en paralelo a una realidad constante de salarios bajos en el mercado laboral chileno, lo que sitúa en un rango más o menos similar de ingresos a la mayor parte de la población. Así, según la Encuesta Casen 2013, el ingreso total per cápita (incluyendo subsidios) del 70% de las personas en el país es de \$252.970 pesos mensuales, valor que supera ligeramente el salario mínimo. El seguro de desempleo, por su parte, ha sido establecido en 2009 sólo para trabajadores dependientes del sector privado, lo que ha excluido a los ocupados del sector informal y también a los independientes. Sin querer profundizar en este punto, que también ha generado mucha literatura al respecto, sólo queremos relevar que se ha observado una cierta fragilidad o insuficiencia en los *soportes* que podrían existir en el ámbito laboral para consolidar las posiciones sociales y sus estrategias de enclasmiento.

El otro ámbito al que aludimos es el de la desigualdad. Volvamos un momento a nuestra concepción de la individualización: en el Marco teórico de este estudio sostuvimos que puede

comprenderse como un proceso de incremento de la autonomía de los actores respecto a las instituciones sociales, o bien como un “ascenso de las incertidumbres” (Castel, 2010) en que las personas se verían despojadas de determinados soportes que les permitirían desarrollar sus propias orientaciones. Nuestra hipótesis respecto a cómo se presentan ambas formas de individualización en los individuos en Chile, es que ellas se encuentran *distribuidas* de manera *desigual*. Esto es: existen posiciones que posibilitan el desarrollo de una autonomía identitaria y decisional en sus ocupantes, así como habría otras, menos favorecidas en la distribución de capitales, que tendrían una experiencia de la individualización de una inseguridad permanente, ante la que los individuos se entenderían como responsables de llevar la *carga* de sus posiciones. Dicha hipótesis se sostiene de algún modo en la siguiente constatación: el rendimiento positivo de la economía en términos de crecimiento junto a la disminución notoria de la pobreza (desde cerca de un 40% en 1990 al 14% en 2013, según las Encuestas Casen), no han sido suficientes para reducir los altos niveles de desigualdad en el país.

Como lo propone Manuel Antonio Garretón (2014), la modernización económica en términos de apertura comercial y crecimiento del producto plantea actualmente tres problemas fundamentales: a) La desigualdad entre un grupo reducido, favorecido por el entramado institucional, y el resto de la población en cuanto a los ingresos, la educación y el sistema tributario. Sobre éste último se puede decir que ha sido mediante reformas tributarias que se han financiado las políticas de protección recientes, pero tanto de manera progresiva (subiendo el impuesto a la renta hasta un 20%), pero también incrementando regresivamente los tributos del consumo (el IVA desde un 16% hasta un 19%), lo que deriva en un sistema tributario en que no hay redistribución (Varas, 2012); b) El auge de las exportaciones agro-mineras con bajo valor agregado y dependencia frente a la situación financiera internacional; las coyunturas económicas tienen mayores consecuencias negativas para los empleos y los ingresos de los sectores con menores recursos (Ffrench-Davis, 2014), y; c) La existencia de un poder desequilibrante desde los actores empresariales, que por medio de la concentración económica o en el recurso a los poderes fácticos tienen la capacidad de mantener los principios de distribución de los capitales que constituyen el espacio social en el país.

Tales problemas constituyen dimensiones de la desigualdad, fenómeno que debe ser integrado a la reflexión sobre cómo la forma específica en que se ha institucionalizado la

modernidad en Chile se expresa en las trayectorias de los individuos y en el modo en que éstos las evalúan. Al menos las observaciones precedentes sobre el modelo económico, el sociopolítico y respecto al régimen de bienestar pueden servirnos de marco para lo que sigue, y al tener a la importante desigualdad de recursos en Chile sobre la mesa estaremos atentos al modo en que la trayectoria a la modernidad produce formas diferenciales de experimentar unos procesos hipotéticamente comunes.

II. La configuración del espacio social: privatización e individualización de la movilidad ocupacional

En este apartado haremos referencia a ciertos trabajos que han descrito las características del espacio social en Chile a la luz de la trayectoria a la modernidad que delineamos en la sección anterior. Buscaremos no sólo hacer un repaso acotado por trabajos que han tratado temáticas similares, sino que intentaremos reflexionar sobre qué preguntas nos otorgan ellos para nuestra fase de análisis. Las investigaciones que se han enmarcado dentro del área de la estratificación social (la distribución del poder social en el seno de una sociedad y la conformación de grupos en torno a ella) han sido numerosas y es el caso integrarlas todas como antecedentes de nuestro estudio. Lo que pretendemos en este punto es, en lugar de desmenuzar los procesos históricos que han estructurado el espacio social en una determinada forma, dar cuenta de cómo ellos pueden echar luz sobre las trayectorias individuales y de qué modo los actores les logran entregar soportes a sus posiciones. Intentaremos leer ciertas descripciones del espacio social chileno *desde* la individualización –la responsabilización particular por la reproducción social- y la individuación – los desafíos que plantea la configuración de tal espacio para la vida de los individuos.

En esta línea, proponemos dos líneas de estudios cuantitativos que en Chile han abordado esas temáticas de manera sólo tangencial, pero que a partir de una descripción de procesos macro-sociológicos han otorgado una imagen determinada sobre las experiencias individuales de las diversas posiciones sociales. En ese sentido, planteamos que en la línea de los estudios de Giorgio Boccardo y Carlos Ruiz (2011, 2015) se puede encontrar un diagnóstico de una *privatización de las condiciones de vida*, que en un contexto de amplias desigualdades socioeconómicas enfrentaría a vastos sectores de la sociedad chilena –ocupaciones obreras, sectores medios- a una mercantilización e individualización de su propia reproducción posicional.

Por otra parte, aludiremos a la línea elaborada por autores relacionados al proyecto Anillo Desigualdades⁷ –Emmanuelle Barozet, Vicente Espinoza y María Luisa Méndez principalmente– para relevar su lectura del espacio social en torno a la movilidad social y su abordaje de los soportes que los sectores medios han privilegiado en un contexto de individualización de los proyectos de movilidad.

Siguiendo a León y Martínez (2001), podemos comenzar diciendo que las características generales de la estructura social en el presente se pueden resumir en las siguientes tendencias: por un lado, desde las reformas económicas del régimen militar se presencia una caída importante del peso de la clase obrera tradicional en la estructura socio-ocupacional, a causa de la orientación primario-exportadora que sigue prevaleciendo en el modelo de desarrollo en Chile. Otro factor relevante es la tercerización del empleo que se traduce en un aumento considerable de los trabajadores ocupados en el sector servicios, en parte debido a la expansión masiva de la educación superior y los centros de formación profesional (Wormald y Torche, 2004). Por último se puede agregar la burocratización de los grupos asalariados en el seno del sector privado, sobre todo en el sector servicios, quienes han pasado a engrosar la categoría ocupacional más numerosa de la estructura social (Boccardo y Ruiz, 2014). Frente a estas tres tendencias se puede agregar una cuarta, que tiene relación con una lectura de la estructura de clases desde la movilización social: la inorganicidad experimentada por las clases desde la desarticulación de los actores de la matriz nacional popular y el “débil grado de colectivización implicado en las redes de relaciones sociales aparejadas con las distintas posiciones socio-ocupacionales” (León y Martínez, 2001, p. 14). Desde una perspectiva interesada en la subjetivación (ver apartado sobre la individuación en el Marco teórico), las tendencias mencionadas, junto a la flexibilización de las relaciones laborales en determinados grupos ocupacionales, no han propiciado el desarrollo de una conciencia de clases y un regreso a los niveles de organicidad anteriores al régimen militar, existiendo así condiciones económicas que restringirían el desarrollo de una acción colectiva de base clasista en los sectores trabajadores y medios (Boccardo y Ruiz, 2011).

Más allá de las tendencias en la fisonomía de los grupos en el espacio ocupacional, queremos relevar dos observaciones que realizan los mismos Boccardo y Ruiz respecto a la

⁷ Para mayor información sobre tal proyecto de investigación se puede recurrir a su sitio web: www.desigualdades.cl

individualización de las trayectorias sociales. Si bien los autores, en nuestra óptica, tienen un foco analítico que privilegia la pregunta por la subjetivación –la constitución de actores de tipo clasista en la disputa política de intereses contrapuestos, mediante una toma de conciencia y posterior movilización- en lugar de cuestionarse por cómo los individuos han experimentado y se han apropiado las tendencias de cambio que pueden constatarse a nivel cuantitativo. El análisis de estos autores establece una visión panorámica del espacio social en torno a la evolución de la estructura ocupacional de la economía chilena, e intentan relacionarla con procesos institucionales: legislación laboral, flexibilidad del mercado del trabajo. Es, por cierto, un enfoque que adscribe plenamente lo que describimos en nuestro Marco teórico como un concepto organizado de modernidad: presupone la linealidad entre posiciones y disposiciones, homogeneizando una experiencia determinada para el conjunto de individuos que comparten ciertas condiciones materiales. Igualmente, nos parece que entregan una figura del individuo en la que profundizaremos a través de nuestro estudio, como un énfasis mayor en la singularidad de las trayectorias, y que los autores indican del siguiente modo:

“La gran mayoría de la sociedad vive la experiencia de una creciente homogeneización de sus condiciones de vida, bajo una acentuada concentración de la riqueza. La privatización de los derechos antaño garantizados por el Estado impacta en medio de una gran inestabilidad de las posiciones medias y asalariadas. La eliminación de derechos sociales universales, además de acrecentar la desigualdad, reduce las certezas de la reproducción cotidiana, signada por la *soledad del individuo ante la determinación de sus condiciones de existencia*⁸” (Boccardo y Ruiz, 2015, p. 35).

Para los autores, el nivel de responsabilización por la reproducción social para el caso chileno tendría niveles inusitados debido a la extensa privatización de los servicios sociales, lo que haría depender de la capacidad de pago individual el propio bienestar. Esa dinámica estaría a la base de la despolitización que ya aludimos en el apartado anterior. La privatización de los sectores medios, su modo de integración a la modernización vía el mercado y el endeudamiento, junto a la flexibilización laboral y las trabas a la colectivización de los problemas de los sectores obreros entrega entonces una imagen, según nuestra concepción dual del término, de la *individualización delegativa*, de una experiencia de la modernización marcada por la búsqueda de seguridad y por un imperativo extensivo a la mayor parte de las posiciones cuyo contenido es “*arréglatelas como*

⁸ El subrayado es nuestro.

puedas”. La postura de Boccardo y Ruiz es similar a la de Robert Castel en torno a las incertidumbres que produciría el proceso modernizador; nuestro lugar analítico nos llama a afinar el foco a escala individual, a estudiar en las propias experiencias de los actores, lo que pareciera constituir un punto ciego de las investigaciones que derivan de una configuración institucional una experiencia particular de las posiciones sociales. Aparte de esa diferencia teórica, el trabajo de Boccardo y Ruiz nos entrega un factor central de la misma: la amplitud de una privatización que sitúa al mercado entre el actor y su posición, con efectos desiguales de acuerdo a la dotación de recursos.

En otra línea de investigación, pero orbitando las mismas temáticas anteriores, se sitúan los estudios del Anillo Desigualdades, proyecto que desde distintas disciplinas y tópicos han abordado la estratificación en el Chile actual. Su descripción sobre la movilidad social nos puede ser útil para encontrar otra clave de lectura desde la que poder leer las trayectorias individuales. Núñez y Espinoza (2012) han intentado caracterizar la movilidad de la estructura social chilena más bien rígida en la década de los 2000, en la que se tendió a reducir la movilidad de corto rango que era propia del modelo de movilidad “desigual, pero fluido” propuesto por Wormald y Torche (2004). Según los autores, existiría una especial barrera en la movilidad para las categorías extremas del *continuum* de ocupaciones: en la clase de servicios alta, compuesta de profesionales y cargos de dirección, y en los trabajadores agrícolas, quienes encuentran fuertes barreras para ascender a los sectores medios.

El punto anterior es muy relevante para nuestro trabajo: las trayectorias individuales no tienen un punto de llegada aleatorio, ni dependiente por completo de la voluntad de los actores, en la medida en que existen barreras que limitan la posibilidad de éxito o de fracaso de una trayectoria en términos de movilidad inter-grupos. La evidencia muestra que existen factores estructurales, referentes al acceso a los capitales que configuran el espacio social, que influyen sobre las trayectorias, impliquen ellas o no una movilidad. Nuestra pregunta, para retomarla en el análisis, es entonces: ¿son estas barreras identificadas o significativas en el modo en que los individuos experimentan sus trayectorias? ¿Es reconocido el peso de factores adscriptivos o que simplemente escapan a la voluntad individual en el destino de las trayectorias, o su resultado se le imputa exclusivamente a la *performance* de los actores? En los resultados nos referiremos a ello.

De cualquier modo, existe otra arista sobre la movilidad social que es importante mencionar. En un trabajo reciente, Barozet, Espinoza y Méndez (2013) han sostenido que en el espacio social en Chile se observa recientemente que la movilidad descendente es débil en términos estructurales, “mientras que la movilidad ocupacional ascendente es de más en más individual” (p. 8-9). Ello quiere decir que no se observan grandes traslaciones en términos ocupacionales, sino que se refleja que los casos que tienden a “mejorar” su posición lo hacen de manera aislada:

“Los movimientos registrados en la estructura social muestran que ellos son más el resultado de trayectorias individuales o familiares que desplazamientos de grandes sectores de la sociedad. En suma, nadie podía dar por descontado que el futuro de los hijos sería mejor que el propio. *La «lucha de clases» también habría dejado lugar a la «lucha de posiciones» en Chile⁹*, retomando la expresión de De Gaulejac” (Barozet, Espinoza y Méndez, 2013, p. 8).

Esta cita nos remite con toda claridad a lo que ya hemos descrito como la individualización del bienestar: no se trata sólo de que, en Chile, los actores o sus entornos más cercanos deban responsabilizarse por el resultado de sus trayectorias, sino que existe una respuesta en los individuos que es acorde a ese imperativo: las aspiraciones ascendentes son buscadas y finalmente materializadas de manera aislada. Pero no es del todo preciso contraponer la lucha individual por posiciones a la lucha colectiva de clases: un razonamiento tal emula el “dilema del prisionero” que Jon Elster ha propuesto para entender la ausencia o presencia de conciencia de clases (1986). Se complejiza ese esquema cuando incluimos al análisis los *soportes* de las posiciones (ver el apartado 3 del Marco teórico). Un ejemplo muy evidente en esta línea es el que ha propuesto la misma Emmanuelle Barozet (2006) en torno al valor del *pituto* o intercambio de favores en los sectores medios para hacer frente a una situación de permanente inestabilidad. Si, en línea con lo que ya hemos mencionado hasta este punto, amplios sectores de las clases medias se encuentran ante una carencia de soportes públicos para solidificar sus posiciones (Barozet y Fierro, 2011; Barozet y Méndez, 2012), igual de cierto es que tienen recursos culturalmente legítimos en torno al capital social, al uso de contactos y la lógica del don para contener esa situación.

⁹ El subrayado es nuestro.

Según Barozet (2006), el “pituto” o favor corresponde a una manifestación “extremadamente eficiente” del capital social: es una forma de reciprocidad, según la autora, que tiene lugar entre individuos de un mismo nivel social y que permite establecer vínculos informales de solidaridad. Corresponde a una práctica ampliamente difundida en las clases medias (desde su expansión en el modelo de desarrollo nacional-popular, o de crecimiento hacia dentro), que tiene como objetivo principal la obtención de ciertos bienes o servicios por vía informal, así como facilitar la obtención de puestos laborales a través de la actualización de referencias y recomendaciones. Esta práctica descansa en una ideología de la amistad desarrollada al alero de los cambios dentro de la composición de la clase media chilena. Barozet indica que pese a la liberalización económica y el mayor incentivo a la individualización de las trayectorias y estrategias de inserción social, no se han descompuesto “las solidaridades orgánicas de las capas medias”, que hoy viene a responder a una amenaza constante de decaer en la estructura social – vulnerabilidad- que afecta a ciertos sectores de las clases medias, así como a las expectativas de movilidad ascendente en el uso estratégico del propio capital social. Este componente de *solidaridad* ya lo situábamos como una de las posibles respuestas a la individualización de tipo delegativo, y en realidad es un componente que seguramente encontraremos en los relatos sobre las trayectorias posicionales de los individuos abarcados en este estudio. En el próximo apartado mostraremos cómo en otros trabajos sobre la individualización en Chile han propuesto que la familia ha devenido un soporte central en las trayectorias, lo que se condice en parte con el trabajo de Barozet que otorga esta función a los cercanos, amigos o conocidos. Cabrá sopesar ello en el material empírico que analizaremos.

No obstante, debemos constatar que la pregunta de la autora en torno al intercambio de favores lo interpreta como una suerte de *capital*, como un recurso que puede actualizarse de ser necesario, mas no como un *soporte individual*, como un recurso que el actor identifica como el sostén de su trayectoria¹⁰. Esta afirmación nos hace pensar que *en los principales trabajos*

¹⁰ La diferencia entre el concepto de capital y de soporte puede consultarse en el punto 1.2.c de nuestro Marco teórico. A lo que nos referimos en este caso es que el intercambio de favores puede ser entendido como un recurso eficiente a la hora de realizar estrategias de enclasmiento (capital social), pero también, desde una óptica individual, puede ser representado como un soporte existencial para la trayectoria del actor. El caso más inmediato que refleja esto último es cuando las personas encuentran en sus hijos, parejas o amigos un sostén que ha apoyado sus recorridos (en términos emocionales o materiales), fenómeno que constatamos en las entrevistas analizadas. Esto nos ha llevado a llevar el modo de entender a los cercanos desde la noción de capital hacia la de soporte. El entorno social, en esa línea, sería entendido como un “soporte ecológico” del individuo, según la definición entregada con anterioridad.

dedicados al estudio de las posiciones sociales no se ha realizado una pregunta por los soportes, por cómo los individuos en Chile, en condiciones adversas y de por sí inestables, llevan la carga de la responsabilización. Otra descripción que seguiría la línea analítica de Barozet sería la de los grupos “emergentes” de las clases medias, caracterizados por una ética individualista y utilitaria, y cuya inserción en los servicios financieros y en circuitos de consumo harían de ellos un grupo plenamente aspiracional, en busca de una rentabilidad privada alta y cortoplacista, así como una movilidad social en torno al uso de símbolos de estatus conseguidos en el mercado (Balbontín, 2009). El énfasis de esta descripción estaría puesto en el *crédito* y el *simulacro del consumo* como capitales que permiten construir un lugar de cierto estatus en la sociedad, pero carece de una pregunta por los soportes: si estos sectores se piensan en torno a la imagen del hombre sostenido en sí mismo, si sus pautas de consumo se orientan hacia “darle lo mejor a su familia”, si el crédito antes que un recurso constituye un salvavidas para mantener la narrativa que han elaborado en un proyecto de movilidad, etc. Cuando introducimos la pregunta por los soportes aparecen las experiencias individuales, y con ello un nivel de profundidad analítica que debe suceder a las investigaciones de rango general sobre los grupos que ocupan el espacio social.

III. La individualización, la individuación y las experiencias posicionales en Chile

Si en el apartado anterior aludimos a trabajos que, desde la estratificación social, han permitido abordar ciertas dimensiones de cómo los individuos en Chile experimentan sus posiciones, en esta sección iremos de manera más directa a ello, abordando las principales observaciones que ha hecho la sociología local respecto a los procesos de individualización en la sociedad chilena, así como a la producción estructural de un tipo de individuo y de experiencia posicional. Terminaremos haciendo referencia a una línea de investigación alineada explícitamente en la sociología del individuo que ha analizado dichas experiencias, frente a la que recogeremos ciertos elementos, pero también marcando una distancia analítica que nos permita señalar la particularidad de nuestro enfoque al respecto.

La individualización en Chile como línea de investigación fue introducida con fuerza por los Informes de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) asentado en el país, sobre todo en el informe del año 2002, titulado *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*, que daba cuenta de las principales tendencias culturales que corrían en paralelo a

los procesos de modernización económica y política, ciertamente de modo más subterráneo. Desde nuestra visión, la apuesta teórica de dicho informe buscó entender la individualización, y siguiendo la doble concepción de ella que planteamos en el Marco teórico, desde la *reflexividad*: individualización quiere nombrar a una diversificación de las fuentes identitarias; un aumento de la posibilidad (y la obligación) de escoger los propios proyectos de vida desde los agentes; la necesidad de hacer frente de modo reflexivo a los problemas inherentes a la amplitud de caminos vitales. En sus propios términos:

“Por individualización se entiende que los referentes y valores tradicionales son tomados como opciones y no como obligaciones y, paralelamente, que hay un aumento de la capacidad de los individuos para diseñar o escoger por sí mismos el tipo de vida que desean. Una individualización plena supone autodeterminación, conciencia de sí y autorrealización” (PNUD, 2002, p. 192).

Pero no se figura tal proceso de manera homogénea en la sociedad, sino que se sostiene que su distribución en los actores tiene un carácter desigual, pues los medios para decidir sobre el propio curso de vida tendría relación con los recursos de que se dispone para ello, tanto culturales como materiales (PNUD, 2002, p. 193). Por otra parte, habría grupos que tendrían una mayor tendencia hacia la individualización y la búsqueda de autonomía, como serían los jóvenes en general. En esta concepción particular del fenómeno en cuestión, la objetividad social encarnada en los sistemas funcionales aparecería como un obstáculo permanente a una identidad que encuentra su realización en otros espacios, tales como en el consumo o en la familia. De cualquier modo, es una imagen *romántica* de la individualización, pues plantea una oposición entre un sujeto y un objeto ante la cual la vida aparece como el escenario de un conflicto orientado hacia la aventura de la emancipación de las imposiciones externas. Los sistemas exigirían rendimiento y competitividad, lo que chocaría con una demanda por autenticidad; este choque llevaría a “la construcción de un mundo propio” en que el Yo pueda realizarse y ser reconocido en su unicidad (PNUD, 2002, p. 200). El lugar privilegiado para realizar esa función sería entonces la familia, un espacio en que los individuos pueden ser sí mismos, aunque ella tendría una labor ambivalente al implicar una serie de cargas y responsabilidades en un contexto de privatización de los servicios básicos. Esto concuerda con la observación de Eugenio Tironi (2005) respecto a que los procesos de individualización suelen ser relacionados al aislamiento, cuando lo que han propiciado (al menos para el caso chileno) es una re-comunitarización en torno a la familia y al sentimiento nacional.

Sobre esta descripción del proceso individualizador podemos hacer dos comentarios críticos: a) Parece insuficiente entenderlo sólo a la luz de la reflexividad y la búsqueda de una autonomía identitaria. Ello ignora *otra forma de individualización*, que es la que hemos denominado “delegativa” y que tiene otras causas y otros horizontes. Al plantear que la capacidad de definir el propio proyecto de vida está distribuida desigualmente, estando más presente en los sectores más favorecidos y en los grupos jóvenes, deja en la oscuridad al resto de la sociedad, la que pareciera quedar sumida en una suerte de tradicionalismo o de desafección respecto al valor de la autenticidad. Creemos, por otra parte, que los problemas de la inseguridad y la inestabilidad que genera la individualización no son en absoluto reductibles a un conflicto del sí-mismo con la lógica instrumental de los sistemas sociales, pues constituye una realidad muy evidente en el modo en que los actores deben manejar sus posiciones en el tipo de modernización que caracteriza la sociedad chilena. b) En directa relación con lo anterior, consideramos que la individualización no sólo debe pensarse en torno a la identidad, sino que también en relación al bienestar. Los problemas identitarios, como constata el mismo informe al que aludimos, predominan en ciertos sectores de la sociedad, pero en otros probablemente no hacen sentido. La distribución desigual de la individualización reflexiva, entonces, debemos trasponerla a la distribución desigual de la individualización delegativa, lo que quiere decir –y ésta es una de nuestras hipótesis de trabajo- que en unos individuos predomina una forma, y en otros, una distinta.

Norbert Lechner en uno de sus últimos trabajos, fundamentado en los resultados y en su participación en el Informe de PNUD de 2002 al que aludíamos recién, ha propuesto una lúcida definición del proceso en cuestión, que abre dimensiones adicionales a las analizadas en tal informe:

“Las políticas neoliberales aceleraron la individualización en el ámbito económico, entregando a la persona la responsabilidad de decidir por su propia cuenta y riesgo su futuro... Esa “libertad de elegir” amplía las opciones para muchos, al mismo tiempo que significa para tantos otros la pérdida de la protección que ofrecía el Estado de cara a la incertidumbre y los infortunios de la vida. En estos casos la inseguridad existencial empuja a la gente a refugiarse en la familia” (Lechner, 2003, p. 40)

En esa formulación, el autor plantea la ambivalencia constitutiva del proceso modernizador: amplía posibilidades, pero aumenta las incertidumbres en términos de bienestar. El punto nodal de su argumento se encuentra en la privatización: “el mercado fomenta una individualización de la responsabilidad y una flexibilización del vínculo social que modifican nuestras formas de *vivir juntos*”, a nivel práctico, pero también en la representación que se tiene de tal vínculo (Lechner, 2003, p. 39-40). En nuestra lectura, lo que él plantea es que el profundo cambio cultural que genera la individualización, en términos de las formas de vivir el lazo social, estaría *inducido sistémicamente* y no tendría consecuencias sólo para la experiencia de los actores, sino que también erosionaría el sentimiento de responsabilidad compartida –de solidaridad– de cara al bienestar.

Este vínculo entre cultura e individualización es central, pues lleva este proceso a un plano ontológico determinado (la cultura), que abre una puerta alternativa al estudio de la individualización. En efecto, nuestra investigación pretende abordar ese proceso desde un foco narrativo, es decir, desde los relatos que circulan en términos de contenido y de forma en la cultura. Llama la atención, por otra parte, que las observaciones de Lechner hacen un vínculo explícito entre la responsabilización y la individualización, pero sin que ello modifique su concepción de este último concepto en términos de autonomía identitaria. Mencionamos la misma falencia teórica respecto al informe de 2002 de PNUD: cuando se alude las incertidumbres que abriría la privatización del bienestar, el foco ya no está puesto en la identidad, sino que en las *posiciones sociales* y en qué modo los actores las soportan en su existencia cotidiana. En otras palabras: tanto PNUD como Lechner no distinguen entre la individualización de las identidades y la del bienestar, que constituyen problemáticas enteramente distintas, pero que se tratan con ambigüedad en los estudios mencionados.

En esa línea, la investigación de Kathya Araujo y Danilo Martuccelli (2012) sí logró problematizar la responsabilización individual del bienestar y su experiencia desde lo que ellos denominaron la “inconsistencia posicional”. Llevando al terreno empírico su propuesta de la individuación por las pruebas (concepto que ya describimos más arriba), estudiaron los desafíos que enfrentan las personas en Chile en torno a distintas áreas: trabajo, familia, amistades, el mérito, y también recogieron a la propia posición como una prueba, en el contexto ya señalado de privatización y disminución de las protecciones sociales. Partiendo de un diagnóstico estructural

sobre la heterogeneidad de los principios de clasificación del espacio social, plantean una diversificación de las trayectorias individuales y, por ende, de las experiencias en torno a ello en las sociedades contemporáneas; no obstante esa constatación, la hipótesis de los autores es que en Chile la experiencia posicional tiene un carácter más bien *generalizado* en torno a un sentimiento de *inconsistencia*. Así lo precisan:

“En el corazón de esta experiencia de inconsistencia posicional se encuentra el sentimiento de que todo puede, todo el tiempo, cambiar. Se trata, pues, de una preocupación permanente. Una actitud cotidiana de inquietud que refleja una sociedad atravesada por sentimientos plurales de inestabilidad... Es como ciudadanos, por lo general insertos en el mercado del trabajo y compartiendo el mainstream de valores de la sociedad chilena, que estos habitantes expresan su malestar, frustración y su inconsistencia posicional” (Araujo y Martuccelli, 2012, p. 128).

Los autores sostienen que no se trata de una experiencia propia de sectores marginales, ni tampoco de los grupos “vulnerables” que rondan la línea de la pobreza, sino que consiste en una experiencia generalizada de que la posición —el lugar ocupado, soportado por recursos— es poroso al cambio, no está exento de una cierta maleabilidad permanente que amenaza con erosionar el sitio ocupado en el espacio social. No corresponde, por tanto, a una “inconsistencia de estatus” entendida como una ansiedad por mantener los propios derechos y privilegios; la inconsistencia posicional se refiere a que “las posiciones definen menos lugares establecidos que zonas en movimiento que los individuos deben esforzarse constantemente por apuntalar” (Araujo y Martuccelli, 2012, p. 132).

Tan importante como esa vivencia es que los individuos en Chile desarrollan estrategias y acciones destinadas a dotar de consistencia sus posiciones. Esta prueba se distribuye desigualmente, sostienen Araujo y Martuccelli, de acuerdo a lo que llaman los “factores de desestabilización” (2012): el endeudamiento, la cesantía y las crisis económicas aparecen como factores en las experiencias de los individuos de los sectores “populares” y medios; los accidentes surgen como una amenaza omnipresente y los conflictos políticos afectan la estabilidad deseada por los grupos medios-altos. Lo anterior, con distintos factores causantes, generaliza un sentimiento de que los individuos tienen que arreglárselas por sí mismos, al tiempo que induce a la búsqueda de “refugios”: las redes de contactos y las familias se muestran como los más

importantes. Este diagnóstico es concordante con lo que ya hemos expuesto en este capítulo: los procesos de individualización llevan a los actores a encontrar soportes a sus dilemas posicionales.

El análisis de la “inconsistencia posicional” es una estrategia de estudio con la que nos alineamos plenamente, sobre todo porque nuestro marco conceptual proviene de sus articuladores (Araujo y Martuccelli). Sin embargo, podemos plantear dos distancias necesarias para diferenciar nuestra apuesta de la suya:

- 1) Respecto a su diagnóstico, nos parece que tiende a homogeneizar la experiencia a una pluralidad (creciente, según ellos mismos) de posiciones estructurales, pese a mostrar la diferenciación en torno a los factores de desestabilización. En ese sentido, entienden la existencia de una desigualdad de recursos –materiales y cognitivos- para enfrentar una *prueba común*, un desafío extensivo a la gran parte de la sociedad. Ante esto nos preguntamos si efectivamente existe esa prueba común cuando la desigualdad de recursos estructura posiciones diferentes: si las experiencias de unas y otras pueden ser equiparadas en una vivencia única. Ello tendería a homogeneizar un tipo de individualización delegativa, cuyo problema central es la búsqueda de seguridad y consistencia frente a un entorno que no otorga mínimos de protección, pero cabe abrir la pregunta sobre si existen grupos que viven otra forma de individualización, una de carácter reflexivo, en que la posición social funcione como una adscripción de la que los individuos buscan emanciparse, en la búsqueda de una autonomía decisional mayor. Como veremos en los resultados, esa experiencia es propia tanto de algunos sectores empresariales como de la juventud, y que no entra en el juicio amplio sobre la inconsistencia posicional. Ella aparece en todas partes con una evaluación negativa, pero creemos que en ciertos actores constituye más bien un desafío, una oportunidad antes que un padecimiento. Cabría introducir otras variables en su análisis para fortalecer esta diferenciación (según ocupaciones, territorios de residencia, género, edad, por ejemplo).
- 2) Si buscamos por un lado ahondar en las experiencias diferenciales, también pretendemos hacerlo desde otra entrada metodológica y analítica. La inconsistencia posicional define una vivencia, es decir, un acto que es interpretado por el observador como perteneciente a la interioridad del hablante (Luhmann, 2007). En ese sentido, se refiere a la respuesta que los individuos presentan frente a la *prueba posicional*. Sin embargo, y siguiendo la

propia definición de Martuccelli al respecto (2013), las pruebas tienen una dimensión narrativa, son entendidas por los individuos mediante una forma específica de concebir la propia vida. Esta dimensión parece inexplorada en la propuesta de Araujo y Martuccelli, y es precisamente el punto en que queremos profundizar mediante nuestro análisis: más que una pregunta ontológica por cuál es la experiencia posicional de los individuos en Chile, nuestra cuestión es cómo ella se construye narrativamente, qué distinciones se ocupan en la elaboración significativa de tal experiencia.

Otra línea en que se ha escrito en Chile sobre nuestro objeto es la que han propuesto Martuccelli junto a Catalina Arteaga en torno a las “experiencias posicionales”, concepto sumamente útil para el presente estudio. Su trabajo al respecto (Arteaga y Martuccelli, 2012) intenta comparar las experiencias de individuos en Chile y en Francia, atendiendo a las estructuras sociales que definen la trayectoria a la modernidad de cada país, así como a “las maneras en que son vividas por los distintos grupos sociales” (p. 277). Su hipótesis fuerte es que en Francia, que cuenta con un Estado de bienestar de tipo corporativo, los principales temores de sus individuos provienen de la posibilidad de perder los derechos que sostienen su protección social; en Chile, en cambio, no primaría esa *inconsistencia estatutaria*, sino más bien una *inconsistencia posicional* en que la construcción de redes de protección se muestra como una alternativa a la realidad delegativa del neoliberalismo. El punto que diferencia este trabajo respecto al que citamos anteriormente de Araujo y Martuccelli se refiere a que ahora se consideran dos elementos nuevos: una forma particular de temor en relación a la propia posición, que consiste en el *miedo* a su erosión, y por otra parte se propone que en su experiencia posicional los individuos están inmersos en un dilema moral. Éste consiste en el problema que plantea en la *presentación de sí* de los actores el admitir la inconsistencia de sus posiciones frente a los otros. Esta “lógica del ocultamiento” (Arteaga y Martuccelli, 2012, p. 294), sobre todo presente en los sectores cercanos a la pobreza, tiene como fundamento una normatividad propia del neoliberalismo que ordena a los individuos “ser capaz de arreglárselas por sí mismos”, la que se vería incumplida al exponer la fragilidad constitutiva de la persona enfrentada a la experiencia de la responsabilización.

El trabajo de Arteaga y Martuccelli sintetiza de algún modo las observaciones que hemos enumerado respecto a la individualización y la individuación en Chile, en relación a las experiencias posicionales. También agregan dos dimensiones adicionales: la experiencia vista

desde el temor y la regla moral que llevarían a procesar de una forma determinada ese malestar, principalmente en torno a las redes. Creemos que nuestra distancia frente al concepto de inconsistencia posicional se aplica también para el tratamiento que estos autores hacen de las *experiencias posicionales*. Ellos construyen el objeto empírico que centra nuestra investigación, llevando el análisis del bienestar desde el modelo socioeconómico hacia la vivencia de los individuos que desenvuelven en países con configuraciones institucionales disímiles, tal como hemos procedido en esta ocasión. La argumentación y también el foco temático lo compartimos respecto a esta propuesta, pero cabe observar que la descripción de las experiencias posicionales generaliza una vivencia en particular, sin enfatizar las diferencias esperables a ese respecto en cuanto a la distribución desigual de los recursos y a la adscripción a posiciones sociales diversas. Por otra parte (y esto invita no sólo a profundizar el análisis indicado por los autores *a escala individual*, sino que también a comenzar desde una estrategia metodológica distinta), su concepción de experiencia se traduce exclusivamente en la *vivencia*, un hecho evaluado por el hablante de acuerdo a ciertos criterios.

Decimos que ésta es una visión que deja aparte la posibilidad de abordar la experiencia *desde su construcción narrativa*, lo que implicaría entrar en el relato y también en la historia —en nuestros términos: en la trayectoria social del individuo— para profundizar en ese juicio evaluativo. Adentrarnos en las pruebas posicionales no ya desde la vivencia, sino que desde su narrativa nos permitirá integrar tres dimensiones que se han planteado sólo esporádicamente en los trabajos que hemos enunciado: por un lado, la construcción misma de la narrativa, en cuanto al rol que se atribuye el sujeto en su trayectoria, a los elementos que han apoyado u obstaculizado su recorrido, al lugar que le otorga a las condiciones sociales dentro de su experiencia posicional. Luego, la evaluación que los individuos hacen de su trayectoria, la que nos permitirá acceder a los *valores* que sostienen el juicio respecto a la misma (desde esta visión constructivista, la *consistencia*, por ejemplo, podemos entenderla como un valor particularmente influyente en el juicio sobre la situación actual). En tercer lugar, la causalidad es otro factor descuidado en los estudios mencionados: ¿qué causas se identifican como determinantes en el éxito o el fracaso de las trayectorias? Si existe un imperativo en la sociedad chilena de hacerse cargo por uno mismo, ¿experimentan los individuos su misma vida como un fruto de sus propias decisiones, frente a las que ellos aparecerían como únicos responsables de su éxito o fracaso? Estas dimensiones que atenderemos en el análisis las definiremos en lo que viene.

4. Marco metodológico

En este apartado presentaremos los aspectos metodológicos de nuestra investigación, en los que buscaremos no sólo delinear las estrategias que utilizamos en ese sentido, sino que también justificar las opciones que hemos tomado en la producción y el análisis de los datos. En primer lugar nos referiremos a las entrevistas que hemos recogido para el estudio, luego a su muestra y finalmente ahondaremos en el tipo de análisis que llevamos a cabo, así como al proceso de codificación en el que hemos recurrido a un software acorde a la investigación cualitativa.

3.1 Técnica de producción de la información: entrevistas en profundidad

La información cualitativa que utilizamos para el estudio proviene de una serie de entrevistas en profundidad realizadas en el marco del Proyecto Fondecyt n° 1140930 “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social del Chile”. En tal investigación, llevada a cabo entre los años 2014 y 2015, se produjeron cerca de cincuenta entrevistas en profundidad con individuos de distinto género, ubicación geográfica y sector social, de los que recogimos 30 entrevistas de una heterogeneidad suficiente de posiciones como para poseer un mapa amplio del espacio social en términos de recursos y soportes. Las especificaciones de la muestra las describiremos más abajo. La razón por la que hemos escogido este material cualitativo obedece a dos razones:

- A) El enfoque de las entrevistas en términos de la pauta de conversación es muy cercano a la perspectiva que hemos intentado presentar en este trabajo, a saber, el de la sociología del individuo. En efecto, el concepto base sobre el que ha girado la producción de dichas entrevistas es el de las “experiencias posicionales”, introducido por Arteaga y Martuccelli (2012), cuyo estudio busca interpretar las posiciones desde las experiencias de los actores: los modos en que significan, representan y lidian con sus posiciones, desarrollando prácticas diversas para responder a los desafíos que ellas les imponen. En ese sentido, ponen en un segundo plano las condiciones de las posiciones –esto es, los elementos externos a los individuos que limitan sus rangos prácticos y cognitivos- aunque en realidad la sociología de las experiencias posicionales busca ser un análisis complementario del estudio de la estratificación en términos de grandes grupos y de estructura social, echando luz sobre lo que ocurre con los ocupantes de los casilleros sociológicos. Por ello

decimos que nuestro estudio se alinea teóricamente con el espíritu de ese concepto y de las entrevistas producidas al alero de su estudio.

- B) Como podrá apreciarse en la pauta de entrevista incluida en el Anexo n° 1 de esta investigación, se hace patente la orientación narrativa de las entrevistas, en el sentido de que buscan introducirse en los relatos que los individuos desarrollan respecto a su trayectoria social. Sin que ese propósito agote su contenido –pues la pauta es amplia en cuanto a los conceptos en que busca indagar- es posible entenderlas como “entrevistas narrativas” (Bauer, 1996) en la medida en que ellas pretenden activar el esquema de un relato auto-generado por el entrevistado, posibilitando su encadenamiento al preguntar explícitamente por su trayectoria y por los componentes que configuran su relato respecto a la misma: qué elementos han facilitado o dificultado su trayectoria, cuáles son sus orígenes y sus proyecciones, así como sus evaluaciones al respecto. Este punto se aclarará cuando describamos el análisis narrativo que realizamos y cómo lo complementamos a unas entrevistas que recogimos como fuente secundaria de información.

Más allá de la coincidencia entre los objetivos de nuestro estudio y los contenidos de las entrevistas, cabe referirnos a la entrevista en profundidad como técnica y por qué ella nos acercaría a nuestro objeto. Según Taylor y Bogdan, el propósito principal de la entrevista en profundidad es llegar a una “comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto a sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras” (1994, p. 101). En esa línea, dicha técnica denota una apertura adecuada a la singularidad de las experiencias y dar cuenta de ello es uno de sus objetivos. Dentro de los tipos de entrevistas en profundidad, el material con que contamos corresponde a una de “cuadro amplio” en que se intentaron abordar una “gama de escenarios, situaciones o personas” (Taylor y Bogdan, 1994, p. 103). Es decir, si bien aplicaremos un análisis narrativo de las entrevistas, es preciso reconocer que éstas tienen un carácter totalmente autobiográfico o testimonial, por cuanto tiene un set de preguntas que también abordan otras dimensiones no propiamente biográficas, pero sí cuenta con información abundante sobre las experiencias destacadas de la vida de los entrevistados en términos de su trayectoria social.

Finalmente podemos mencionar que las entrevistas son semi-estructuradas: basan sus contenidos en una pauta de conversación con preguntas, pero guardando una apertura frente a

los temas que surgieron en el habla de los entrevistados y gestionando la pauta desde ese ejercicio. Consideramos que esta forma de entrevista puede ser una herramienta privilegiada para un estudio entroncado con la sociología del individuo, como los mismos Martuccelli y de Singly han propuesto (2012), pues permite direccionar el habla hacia temas determinados y poner atención en la diversidad de experiencias que las personas puedan relatar en torno a ellos.

3.2 Criterios muestrales del estudio

El tipo de muestra que se utilizó en las entrevistas fue uno determinado a priori, es decir, diferenció a los casos por criterios abstractos establecidos de antemano e independientemente de los resultados progresivos del análisis. Los criterios escogidos fueron básicamente tres, de cuyo cruce proviene la estructura de la muestra: género del entrevistado, categoría social y territorio de residencia. Para efectos de nuestro estudio, elaboramos la siguiente muestra, que no incluye la totalidad de entrevistas realizadas por el Proyecto Fondecyt en cuestión¹¹:

Categorías sociales	Género			
	Femenino		Masculino	
	Grandes ciudades	Ciudades intermedias	Grandes ciudades	Ciudades intermedias ¹²
Empresarios	2	2	2	2
Sectores medios	3	3	3	2
Clase obrera	3	3	3	2

Los criterios de elección de la muestra se justifican en que, de acuerdo a los estudios de estratificación social en Chile, los individuos podrían presentar diferencias tanto en términos de recursos como en sus prácticas de acuerdo su género y su adscripción territorial (Franco, León y Atria, 2007; Mac-Clure y Calvo, 2013). Por ello se diferenció entre hombres y mujeres,

¹¹ De un total de 48 entrevistas realizadas en el marco de tal estudio, recogimos 30, número con el que se podía tener una heterogeneidad suficiente en términos de los criterios de la muestra y también respecto a las categorías sociales posibles de ser entrevistadas, que claramente no representan la totalidad de posiciones presentes en un espacio social cada vez más diverso, pero sí da cuenta de sectores con posiciones efectivamente distintas en términos de recursos y oportunidades sociales.

¹² En esta columna de la muestra se exhibe que se contó con menos hombres que respecto a las mujeres de ciudades intermedias. Ello responde estrictamente a las características de las entrevistas a las que pudimos acceder y no a un criterio de otro tipo.

equitativamente repartidos en la muestra, y entre grandes ciudades y ciudades intermedias. El beneficio de esto último es que se amplió el campo de ocupaciones integradas a la muestra a ocupaciones de áreas rurales: empresarios agrícolas, trabajadores por temporada, pequeños propietarios agrícolas. Esto permite ampliar el rango de experiencias a un entorno rural que puede encontrarse en las ciudades intermedias.

Por su parte, las categorías sociales fueron obtenidas de la propuesta de León y Martínez (2001) que distingue una serie de grupos según criterios diversos: propiedad sobre medios productivos, dirección en el proceso productivo y ocupación. Estas categorías sociales son utilizadas como un *proxy*, de acuerdo a nuestra concepción, de las posiciones de un espacio social diferenciado por recursos distribuidos desigualmente. Las categorías incluidas tienen una cierta homogeneidad entre sus miembros en cuanto a sus recursos, aunque el grupo de los empresarios se encuentra integrado por medianos y pequeños propietarios, con situaciones efectivamente diversas. En esta última categoría, dentro de la muestra, se encuentran empresarios agrícolas como no-agrícolas. En tanto, en los sectores medios se integraron fundamentalmente asalariados de los ámbitos público y privado, así como trabajadores independientes. Por último, en la categoría referente a la clase obrera se incorporaron casos ligados al trabajo manual y no manual de baja calificación, principalmente en rubros clásicos (construcción e industria), como agrícolas (trabajadores por temporada) y ocupaciones del sector comercio. Con estas tres categorías quedan fuera tanto el gran empresariado como los sectores marginales del espacio social, pero consideramos que las tres categorías consideradas pueden otorgar de igual manera una diversidad de experiencias y narrativas suficientes como para ser comparadas en el análisis. La muestra incluye, por último, a individuos que van desde los 18 a los 65 años, es decir, que pueden ser encasillados dentro la población económicamente activa (todos se encuentran ocupados o desocupados, en efecto, no inactivos en términos laborales). Debido a que esta variable no se planteó como un eje diferenciador en la elaboración de los criterios muestrales, no será tendrá centralidad en la presentación de los resultados.

3.3 Estrategia de análisis narrativo

Como ya adelantamos, la estrategia metodológica que estudiamos las entrevistas fue un análisis narrativo, el que se posibilitó en primer lugar por el material empírico de que disponemos en las

entrevistas en profundidad, las que contienen relatos reproducidos por los mismos individuos o inducidos por la pauta que guió las conversaciones (ver Anexo n° 1). Para dar cuenta del tipo de análisis realizado deberemos hacer precisiones tanto conceptuales como metodológicas, principalmente para esclarecer los términos que serán utilizados en la presentación de los resultados. Nuestra propuesta investigativa parte de la base de que se puede estudiar las trayectorias posicionales de los individuos de una sociedad y los desafíos que se les han planteado desde una perspectiva narrativa; es decir, hemos presupuesto –como indicamos en el marco teórico- que las pruebas que los actores enfrentan en relación a sus posiciones tienen una dimensión narrativa: no sólo implican fenómenos que ocurren cotidianamente, sino que también implican una forma de entender la propia vida y de relatarla. Para estudiar, entonces, la individuación –a la luz de los procesos de responsabilización individual por la reproducción social propios de la individualización-, encontramos en la narrativa una entrada metodológica que permite, por una parte, entender las experiencias personales con procedimientos analíticos, y por otra posibilita la operacionalización de tales experiencias en las distintas dimensiones que incluye un relato. Al hacer uso de un análisis narrativo se pueden ordenar estas vivencias particulares, así como establecer dimensiones en que ellas pueden ser comparadas.

Es menester proponer una serie de definiciones para dar sustento al modelo de análisis aplicado al material cualitativo. Vale acotar que es a través de este modelo que intentaremos distinguir nuestra perspectiva de otros trabajos similares, recogidos en los Antecedentes, para poder iluminar aspectos escasamente explorados por los estudios ligados a la individualización y la individuación realizados sobre Chile. En primer lugar podemos comenzar precisando lo que concebimos como una *narración*: en su definición más simple se entiende como una secuencia percibida de eventos relacionados de manera no aleatoria (Toolan, 2001); los eventos consisten a su vez en cambios en los objetos presentados en un relato, sean los actores del mismo, su situación, el mundo externo, etc. (Bal, 2009). La narración consiste entonces en una serie de procesos de cambios de estado, causados o experimentados por los actores del relato; por otra parte, estos agentes de la acción son tanto los sujetos como el objeto del relato, perseguido implícitamente por los primeros (Bal, 2009, p. 182). Los aspectos que diferencian a las narraciones de otro tipo de construcciones lingüísticas son variados: tienen mayor extensión que el diálogo y generalmente conllevan un acceso privilegiado al habla por parte del relator (Labov, 1997), y se distancian de textos descriptivos por cuanto las narraciones no sólo se refieren al objeto del relato,

sino que informan sobre las propias características de quien lo cuenta (Toolan, 2001). En términos de Jürgen Habermas (1992), podemos decir que las narraciones no sólo se refieren al mundo objetivo, buscando ser válidos en cuanto a su verdad empírica, sino que también constituyen un acto comunicativo de tipo “dramatúrgico”, en que se revela de manera controlada una cierta información sobre el mundo subjetivo del hablante.

Como ha planteado el lingüista británico Michael Toolan, las narraciones tienen una cierta dirección y difícilmente son planteados como eventos dispersos, carentes de relación: “usualmente van hacia un lugar, y se espera que vayan a algún lugar, con una suerte de desarrollo en incluso ofreciendo una resolución o conclusión (2001, p. 4). En ese sentido, desde la *Poética* de Aristóteles se ha comprendido que los relatos comúnmente cuentan con un principio, un desarrollo y un final. Estas primeras características que hemos enumerado sobre las narraciones son básicas en el sentido de que son fundamentales, pero también carecen de profundidad analítica para apoyar la lectura del material empírico que poseemos. Si seguimos el planteamiento de Toolan, podemos aventurar que los relatos, al igual que los individuos situados en el espacio social, poseen una *trayectoria*, que no necesariamente es lineal pero que puede ser contada en los términos de una narrativa. Para analizarla proponemos recurrir al *método estructural*, el que plantea una serie de dimensiones en las narrativas que posibilitan exceder la mera descripción de los eventos incluidos en las trayectorias sociales. Al decir de Margarete Sandelowski (1991), el análisis narrativo tiene la particularidad de atender los aspectos más inmediatos de un texto, a su configuración formal y no sólo describir los contenidos particulares que se exponen en un relato, como hace el análisis de contenido en su versión más simple. En ese sentido, según la autora, no asume una correspondencia entre el relato y la experiencia efectiva de los actores: antes bien, el análisis narrativo tiene como premisa una *distancia* entre la experiencia y el habla, con lo que se separa el análisis formal de los contenidos de las narrativas a estudiar.

Como ya hemos sostenido con anterioridad, el estudio de las trayectorias sociales puede ser delineado de la manera más precisa a través de las mediciones sobre la movilidad social. Esto puede entregar una imagen fidedigna de las traslaciones tanto individuales como grupales en un espacio social dado, pero si buscamos, en cambio, interpretar tales trayectorias a escala individual, en términos de su relato y de cómo se configuran sus experiencias en términos formales, una opción adecuada es el análisis narrativo y dentro de él, el método estructural. Éste, en tanto

ejercicio interpretativo del observador, consiste en “dos operaciones típicas: recorte y ensamblaje” (Barthes, 2003, p, 297), es decir, en identificar las partes de un todo y reconstruir la estructura de las relaciones existentes entre ellas, que hace del todo un ente funcional. Respecto a las narrativas, entonces, el método estructural plantea una serie de elementos constitutivos a todo relato, cuya relación depende de la función que cumpla cada elemento dentro del mismo. Este método se encuentra fuertemente basado en la distinción hecha por Ferdinand de Saussure entre *lengua* y *habla*: si la primera expresa el sistema de signos compartidos por una comunidad lingüística dada, el habla se refiere al uso estrictamente individual y heterogéneo de la lengua. En ese sentido, el análisis estructural de los relatos propone aspectos *comunes* a las narraciones, que son sus elementos formales (cómo se cuenta y por qué), y en segunda instancia se encuentran los contenidos de lo relato (qué se cuenta), los que estarían condicionados respecto a su estructura primordial (Kohler, 2008). En síntesis, el método en cuestión no sólo intentaría develar una estructura operante a nivel simbólico e incluso inconsciente para el discurso individual, sino que es un ejercicio analítico que construye un objeto particular, un *simulacro* de lo real (Barthes, 2003), que en términos sociológicos podemos entender como un modelo de la narración.

Para analizar las entrevistas hemos escogido el modelo de la semióloga neerlandesa Mieke Bal, expuesto en su obra *Narratology: Introduction to the Theory of Narrative* (2009). La autora ha presentado un conjunto de elementos que podemos utilizar como herramientas para la lectura de las entrevistas. En primer lugar, cabe establecer que, en su concepción de las narraciones, éstas son entendidas como un *proceso* integrado por tres fases: a) Posibilidad: se plantea una serie de eventos que virtualmente podrían ocurrir; b) Evento: corresponde a la realización, la actualidad de esa posibilidad, y; c) Conclusión: el resultado de las fases anteriores. Esta serie se entiende como la “serie elemental” de eventos que caracterizan un relato, dentro de las cuales podemos encontrar de igual modo una cantidad indefinida de “series incrustadas”, las que determinan los aspectos estilísticos del relato. Por otra parte, Bal propone los *elementos* de la narrativa que nos pueden ser útiles para organizar formalmente el material empírico y luego leer sus contenidos particulares desde este modelo:

- 1) **Sujeto actante:** dentro del relato, aspira a una meta¹³ (*goal*). Corresponde al objeto actante del relato.
- 2) **Objeto actante:** meta de los sujetos. Pueden ser una persona, objeto, estado, etc.

En la narración estos dos *actantes* están mediados por una **función**: el sentido que ellos otorgan a su acción dentro del relato. Así, en un relato un protagonista puede tener como meta encontrar a su objeto (un detective busca a un criminal prófugo), como construirlo, mantenerlo, entre otras infinitas funciones. En el proceso que va desde la posibilidad de los eventos hacia su realización, existen una serie de elementos que condicionan la intención del sujeto actante y que operan con distintas funciones respecto al objeto, el que es, por definición, difícil de conseguir (Bal, 2009, p. 201):

- 3) **Ayudantes / oponentes:** son elementos que facilitan (ayudantes) u obstaculizan (oponentes) la consecución del objeto, de manera incidental y concreta. Pueden ser múltiples dentro de un mismo relato.

Otro componente del modelo de Bal, que cumple una función similar a la de los ayudantes y oponentes, es el siguiente:

- 4) **Poder:** clase de objetos y actores que posibilitan u ofrecen la realización de la intención. Son las condiciones de la acción que están dadas para el sujeto actante, quien tiene un rol pasivo frente a este poder. Corresponden tanto a condiciones externas como internas al sujeto del relato.

En la Tabla 3 se resumen los elementos de las narrativas que acabamos de introducir:

¹³ En nuestro estudio la “meta” corresponde a la posición social ha ocupado el individuo en distintos momentos de su vida (hacia donde se ha “dirigido” su trayectoria social) o a su posición social futura, anhelada. Hacemos esta distinción porque, por un lado, abordamos en términos narrativos el recorrido en el pasado del actor, pero también su proyección.

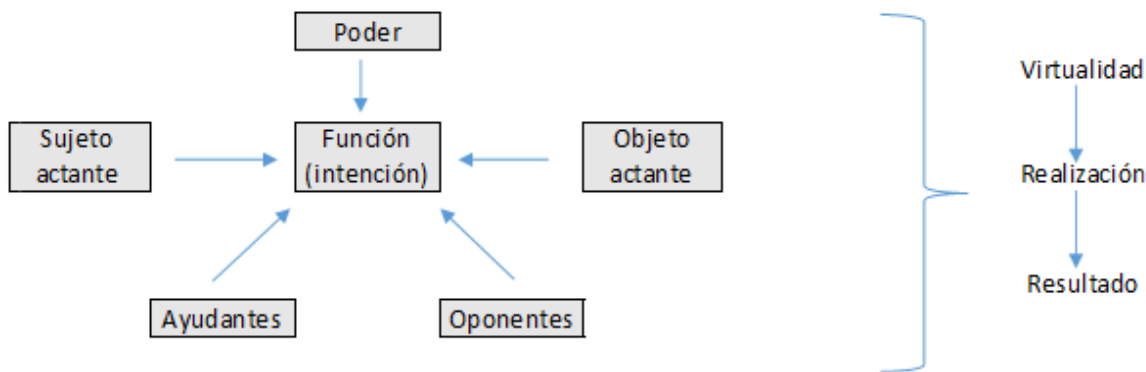


Tabla 3: Elementos de la narración (*fabula*) de Mieke Bal

A diferencia de los ayudantes y oponentes, el poder tiene una influencia que no es incidental en la narración, sino que es constante, aunque ésta pueda encontrarse oculta en sus contenidos. Se trata, por ejemplo, de componentes contextuales, como la existencia del dinero, de principios morales, leyes naturales, entre otros, que carecen de cuestionamiento en el desarrollo de un relato. En la Tabla 3 se encuentra graficado el modelo de Mieke Bal. Nuestra intención es analizar las entrevistas cada una integrando sus contenidos –posiblemente singulares- a este esquema, no con el propósito de descuidar la particularidad de las trayectorias, sino que para poder operacionalizar su lectura y su comparación en torno a estos elementos. Según Bauer (1996), los narradores al exponer su relato suelen recurrir a un esquema automáticamente, aunque las entrevistas de tipo narrativo (*narrative interviews*) intentan facilitar la generación de ese modelo en la conversación. Como se mencionó al comienzo de este marco metodológico, consideramos que las entrevistas que utilizamos en este estudio cumplen con esa función, en la medida en que su pauta estimuló la construcción de este modelo en el habla de los entrevistados. De este modo, sostenemos que la pauta tuvo preguntas específicas para cada elemento de la narrativa sobre la trayectoria posicional de los participantes, lo que puede encontrarse en el Anexo n° 2.

La elaboración de tal modelo es una parte del análisis, pero no agota su ejercicio. En efecto, queremos problematizar el hecho de que nuestro objeto sean experiencias y no otro tipo de relato. El sociolingüista norteamericano William Labov (1997) ha definido las “narrativas de experiencias personales” de la siguiente forma: consisten en el reporte de una secuencia de eventos que han entrado en la biografía del hablante. El autor realiza entonces una distinción clave para nuestros fines: este tipo de relato no es un simple recuento de observaciones, no es la experiencia cruda (*raw*) del hablante, sino que se presenta como una secuencia biográfica *evaluada emocional y socialmente*. En otras palabras, es este componente evaluativo lo que

caracteriza la narración de las experiencias. Ello es muy relevante para los fines de nuestro estudio, pues el análisis no podrá sólo describir las trayectorias y los desafíos que los individuos han enfrentado en su transcurso, sino que también deberemos atender a una dimensión *moral* inserta en el juicio que realizan en torno a las situaciones que han experimentado. Labov (1997) define la evaluación de un evento narrativo como la información sobre las consecuencias de ese evento para las *necesidades y deseos humanos*. Esta evaluación se realiza comparando la narrativa del hablante con una “realidad alternativa” cuya posibilidad no se ha realizado de hecho en el relato.

Para analizar la dimensión evaluativa en el material empírico podemos recurrir a la obra de Mary Gergen (1988) al respecto¹⁴. Según la autora, es propio de la cultura occidental establecer una meta o punto de llegada en las narraciones, de modo que ésta sirva para describir evaluativamente los eventos incluidos en el mismo. Esta perspectiva de trayectoria de los relatos ella los relaciona con la evaluación en un concepto que llamó “líneas históricas” (*story lines*), que consisten en la evolución que siguen los sucesos a través del tiempo en términos evaluativos. Propone, así, dos ejes para graficar las historias:

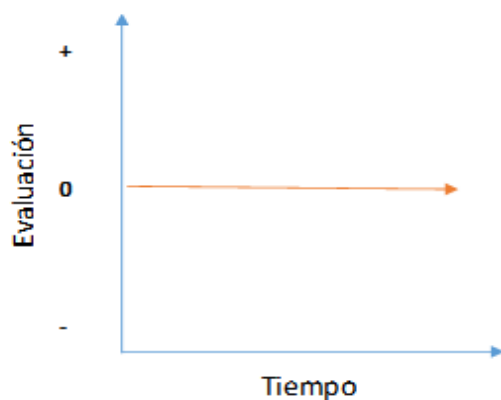


Tabla 4: Línea histórica en las narraciones (Gergen, 1988)

Asimismo, la autora propone tipos de líneas narrativas que suelen presentarse como motivos literarios en distintas obras narrativas:

¹⁴ La utilización de este análisis de la evaluación a través del tiempo en las narrativas la obtuvimos principalmente del estudio doctoral de Raimundo Frei y su interpretación de la memoria sobre la historia reciente en Chile y Argentina a partir de su construcción narrativa. Al respecto, ver Frei (2014). Agradecemos al autor las referencias utilizadas en nuestra estrategia analítica.

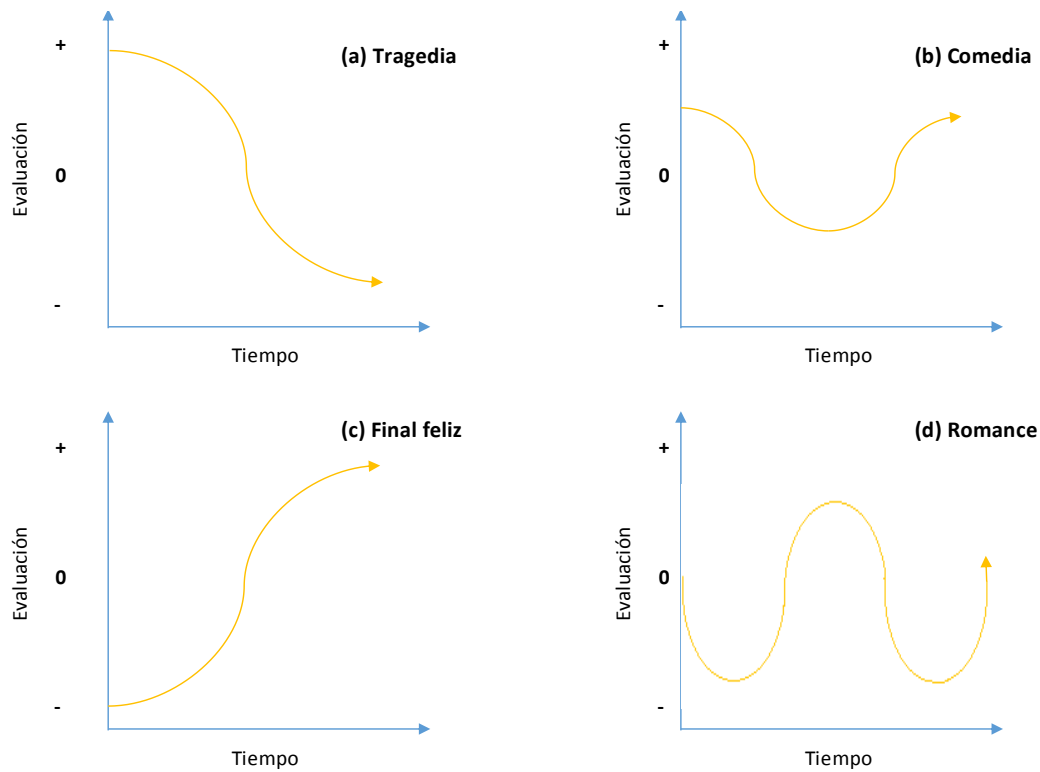


Tabla 5: Tipos de líneas históricas en las narraciones (Gergen, 1988)

La utilidad analítica de estos tipos, consideramos, se encuentra en que mediante ellos podemos comparar las narrativas de los casos entrevistados, al menos en la evaluación que hacen al sentido de su trayectoria. Ella está compuesta de una serie de *dramas*, de momentos en que se presenta un cambio de dirección en la evaluación (Gergen, 1988), las que cabría identificar si se trata de sucesos estrictamente personales o si existen variantes comunes para cierto tipo de individuos.

Por último, buscamos atender a otra dimensión de las narrativas que es distinta de la historia y sus elementos, como de la evaluación y su base moral. Se trata de la *causalidad*, que se trata de la presentación en secuencia entre los eventos, cuya relación puede ser de una necesidad planteada implícitamente (Sandelowski, 1991). Como afirma Labov (1997) en uno de sus teoremas sobre la construcción narrativa, ella requiere de una “teoría personal de la causalidad” en el sentido de que es el propio narrador quien conecta la sucesión de eventos según su criterio, pero también porque en los relatos se suelen asignar culpas y responsabilidades por los avatares que ocurren en su transcurso. En esta línea, podemos entender que uno de los usos sociales de las narrativas pueden ser tanto su recurso argumentativo como su capacidad de justificar una acción o un estado de cosas (Kohler, 2008), las que podrían plantearse como necesarias a partir de un

relato determinado. En esta línea, consideraremos en nuestro análisis el modo en que los individuos interpretan causalmente su trayectoria en términos de los eventos que la han encauzado en una u otra dirección. Intentaremos, de igual modo, distinguir las causas reconocidas como productoras del “éxito” o el “fracaso” en las trayectorias, con lo que combinaremos una interpretación del juicio evaluativo que determina los límites entre lo uno y lo otro, con una lectura que indague en las causas reconocidas por los individuos como relevantes para el destino de una trayectoria en esos términos.

Para sintetizar este punto, podemos señalar que la estrategia de análisis de carácter narrativo-estructural busca aproximarse a: a) la historia relatada con sus elementos estructurales y singulares a cada narrativa; b) las evaluaciones que operan como trasfondo moral de las experiencias posicionales, y; c) la causalidad atribuida a la deriva de la propia trayectoria como de la ajena (éxito o fracaso). Los resultados de este tipo de estudio narrativo son generalizables sólo en términos teóricos, pues no intentaremos sobredimensionar la cantidad de casos ni extenderla a una totalidad de personas que, por la profundidad del análisis, no podrían abarcarse en un trabajo de esta envergadura.

3.4 Codificación y uso de software de análisis cualitativo

Para realizar el análisis de la información utilizamos el software computacional Atlas-ti versión 7.5, mediante el cual procedimos a codificar las entrevistas para su reorganización posterior en los términos del análisis narrativo. En ese sentido, precisamos que entendemos la codificación como una herramienta del “proceso interpretativo” ordenado por la estrategia de análisis, y no como el análisis mismo (Gibbs, 2012, p. 283). El tipo de codificación realizado es uno basado en un *esquema a priori* de orden deductivo (Silver y Lewis, 2007), lo que quiere decir que las categorías incluidas en el análisis se establecieron de antemano de acuerdo a la estrategia narrativa-estructural descrita anteriormente, las que sirvieron para asignar a las distintas partes del texto un código de acuerdo a su función dentro de la narrativa posicional considerada. Esta forma de proceder se distancia de la codificación abierta propia de la *grounded theory* al suponer de manera premeditada la imposibilidad de una inducción vacía en términos teóricos, así como en base al beneficio de contar con categorías estándar con las que podemos comparar en distintas aristas las narrativas estudiadas. Como todo proceso de codificación, tiene la ventaja de sustentar la

comparabilidad y la recolección de los datos específicos que se buscan en los textos, así como la consecuente pérdida de singularidad de los contenidos integrados en el material (Schreier, 2014)

Podría argumentarse que un análisis deductivo, con categorías formales definidas previo al tratamiento de las entrevistas podría descuidar la particularidad de sus contenidos, lo que se contradiría con el enfoque teórico que hemos recogido desde la sociología del individuo. Por el contrario, lo que haremos a través del análisis narrativo será categorizar los elementos de los relatos para elaborar un modelo a partir de las experiencias de los entrevistados; si generalizaremos los elementos fundamentales de todos los relatos estudiados, ello no quiere decir que sus contenidos serán estandarizados o que perderán singularidad: el modelo del análisis narrativo-estructural constituye un marco en un cuadro en que el retrato de cada individuo no se ve afectado por el primero. Antes bien, posibilita la exposición de sus contenidos en la medida en que le entrega herramientas para su aprehensión sistemática. La asignación de categorías a los pasajes -de las entrevistas se llevó a cabo en torno a la siguiente “agenda de codificación” (Mayring, 2000) de la Tabla 6:

Tabla 6: Agenda de codificación y operacionalización de la estrategia de análisis narrativo

Dimensión del análisis	Categoría	Definición	Reglas de codificación
Elementos de la narración	Sujeto actante	Identificación del sujeto de la acción en la narrativa	Personajes que llevan la acción (individuales o colectivos)
	Objeto actante	Objeto al que se dirige la acción del relato	Posición social en el pasado (potencialidad) o futuro (proyecto)
	Función	Intención del sujeto actante respecto al objeto actante	Orientación del sujeto respecto al objeto; relación significativa entre el actor y su posición
	Ayudantes	Elementos que facilitan circunstancialmente el desarrollo de la función	Elementos que han facilitado incidentalmente que se realice la orientación del actor respecto a su posición en el curso de su trayectoria

Tabla 6: Agenda de codificación y operacionalización de la estrategia de análisis narrativo

Dimensión del análisis	Categoría	Definición	Reglas de codificación
	Oponentes	Elementos que dificultan circunstancialmente el desarrollo de la función	Elementos que han dificultado incidentalmente que se realice la orientación del actor respecto a su posición en el curso de su trayectoria
	Poder	Condiciones de la acción, dadas para el actor y que posibilitan o impiden en general el desarrollo de la función	Condiciones de la acción que son reconocidas como dadas para la trayectoria posicional, posibilitando su existencia en una forma determinada
Evaluación	Evaluación positiva	Juicio positivo sobre las consecuencias de un evento para las necesidades o deseos humanos	Juicio positivo sobre las consecuencias de un evento para las necesidades o deseos del actor
	Evaluación negativa	Juicio negativo sobre las consecuencias de un evento para las necesidades o deseos humanos	Juicio negativo sobre las consecuencias de un evento para las necesidades o deseos del actor
Causalidad	Éxito	Causas atribuidas a la realización exitosa de una narrativa, propia o ajena	Causas atribuidas a la realización exitosa de una narrativa, propia o ajena
	Fracaso	Causas atribuidas a la realización truncada de una narrativa, propia o ajena	Causas atribuidas a la realización truncada de una narrativa, propia o ajena

Una vez realizada la codificación, el procedimiento de la comparación entre las entrevistas tiene como categorías centrales los criterios de construcción de la muestra: género, territorio y sector social. Ello no significa necesariamente que los resultados sean presentados en esos términos, diferenciados según esas categorías en particular.

5. Presentación de los resultados

En este capítulo expondremos los principales hallazgos del estudio. Reiteramos que nuestra pregunta central se enfoca en las trayectorias de individuos de distintas posiciones sociales y particularmente en los modos en que ellos las han experimentado. Siguiendo ciertamente la premisa planteada por Jerome Bruner (2004) de que la experiencia vivida se presenta a las personas en forma de relato, intentamos acceder al despliegue de elementos que se conjugan en la construcción narrativa. Por su parte, hemos sugerido la posibilidad de atender a la evaluación que los actores hacen de su trayectoria y de determinados eventos en términos de sus consecuencias para las necesidades o deseos de quienes protagonizan los relatos (Labov, 1997). Esta dimensión evaluativa es una de tantas en que se puede entrar mediante un análisis narrativo. Recordemos también que en el estudio intentamos abordar las trayectorias posicionales desde la “sociología del individuo”, es decir, relacionando las experiencias particulares de los actores con procesos estructurales que tienen lugar en la sociedad chilena. En esta línea, argumentamos que las experiencias posicionales en el país debían ser estudiadas con una serie de procesos a la vista: primero, la trayectoria a la modernidad que ha tenido la sociedad chilena, de acuerdo a sus características principales y singulares; luego, la estabilidad y profundidad de un modelo de libre mercado en que la provisión de los servicios sociales se encuentra privatizada, así como la presencia de un rol subsidiario en el Estado. Ambos elementos, hemos señalado, promueven una responsabilización individual por el bienestar y la reproducción social, lo que conceptualizamos como “individualización”. Como segundo factor estructural situamos ese proceso en sus dos formas: como delegación del bienestar a los propios actores y como aumento de autonomía individual respecto a las expectativas institucionalizadas en la sociedad.

Sostuvimos también que las teorías de la individualización constituyen un marco categorial adecuado para analizar las experiencias y trayectorias posicionales de los actores en Chile. En tercer lugar, situamos el concepto de prueba como central para nuestro enfoque: no atenderemos tanto al contenido de las trayectorias como a los desafíos que aparecen en ellas. Nuestra hipótesis respecto a tal concepto es que los individuos abordan diferencialmente las pruebas que les imponen sus posiciones de acuerdo a la narrativa que han construido en torno a su trayectoria. Siguiendo a Araujo y Martuccelli (2012), comenzamos por aceptar que en amplios sectores de la sociedad chilena el posicionamiento constituye efectivamente una prueba, producto de la

inconsistencia generalizada de los lugares en el espacio social. Teniendo todo lo anterior en cuenta, en tanto marco de referencia, queremos ahondar en este punto en las experiencias posicionales, sus relatos y desafíos, comparando ciertamente cómo ellas se decantan en los distintos actores. Cabe comentar antes de entrar de lleno a los resultados, lo siguiente: la propuesta analítica que elaboramos, en particular los conceptos y la metodología utilizada para leer las entrevistas en profundidad, resultó ser acorde al material que recogimos, el que originalmente no fue producido para exponer elementos biográficos o narrativos sobre las trayectorias individuales. Para ajustar la propuesta analítica y el material empírico procedimos a reconstruir las narrativas, lo que fue facilitado por la espontaneidad con que los entrevistados se refirieron a las dimensiones que integra un análisis como el que hemos utilizado: los soportes de las trayectorias, por ejemplo, o la evaluación de las mismas aparecieron en la entrevistas con ayuda de ciertas preguntas, pero el que los individuos recurrieran a tales elementos, creemos, se debe a que sus experiencias pueden ser contadas sólo si son relatadas, lo cual ya implica estructurarlas con recursos comunes a toda narrativa.

La presentación de los resultados la expondremos de la siguiente forma: (I) en primera instancia analizaremos la evaluación que hacen los individuos sobre sus trayectorias, intentando graficar las experiencias y los valores con que ellos enjuician las mismas; propondremos también tipos de narrativas según corresponda diferenciar. (II) Luego procederemos a describir cómo se estructuraron los distintos relatos estudiados, principalmente en relación a los elementos que los compusieron. En este punto atenderemos al rol que se atribuyen los individuos en su narrativa, a qué soportes y oponentes han encontrado en sus trayectorias y finalmente aludiremos a cómo los actores relacionan su camino particular con el poder. (III) Tercero y último, analizaremos la perspectiva que los entrevistados tienen sobre los determinantes del éxito o del fracaso de una trayectoria imaginaria del “individuo en Chile”, con lo que trataremos de acceder a una narrativa ya no centrada en la propia persona, sino que en los otros. Con ello tratamos de recurrir a la dimensión causal que se presenta típicamente en los relatos. Finalmente, concluiremos intentando volver a los objetivos del estudio y a problematizar los conceptos y los antecedentes a la luz de nuestros resultados.

I. Las trayectorias posicionales: evaluaciones, experiencias y tramas narrativas

Si nos proponemos describir las trayectorias de una muestra no menor de personas nos encontramos –algo previsible, por cierto- con una multitud de eventos, ocupaciones, altibajos, juicios y recursos que son en realidad muy heterogéneos, y singulares. Uno podría comparar según distintos criterios las posiciones que los individuos han ocupado a lo largo de su vida y hacer un juicio sobre su movilidad; otra forma de proceder sería buscar eventos comunes o disímiles entre las diversas trayectorias. Ambas vías se alejan, empero, de nuestros objetivos y considerando la singularidad del contenido de los relatos, tomaremos otro camino para exponer las trayectorias de esta diversidad de personas: lo haremos a través de la evaluación que hacen sobre determinados eventos en el relato de su trayectoria, así como en el modo en que evalúan su trayecto en general. Con este foco podemos atender a tres elementos, en que centraremos este apartado: primero, a las experiencias y su evaluación; segundo, a la trama narrativa que se despliega en el relato, y; tercero, los valores con que los actores basan los juicios respecto a sus trayectorias. Estos aspectos los abordaremos diferenciando según las tres categorías sociales en que está basado nuestro estudio.

No se trata pues de “clases”, no buscamos realizar una estratificación de las experiencias, sino más bien partir de un marco de referencia con el que podamos entender trayectorias individuales, agrupadas en categorías que posean un *stock* de capitales relativamente similar. Por lo demás, como decíamos, la muestra no está basada en un esquema de clases, y al tratarse de información secundaria no podemos imputarle a los casos una adscripción de ese tipo. Volviendo a lo anterior, expondremos los resultados en este punto según tres categorías, que corresponden a su vez a “sectores” del espacio social en que se puede distinguir, desde la perspectiva del observador, una cantidad de recursos parecida. Es una categorización laxa, pero que es suficiente para dar cuenta de una diversidad de experiencias posicionales, tal como han hecho Araujo y Martucceli (2012) en su estudio sobre la individuación en Chile; los tres sectores corresponden a los sectores trabajadores, medios y empresarios. En cada cual se muestran características similares: ingresos, nivel educacional y ocupación.

Hablamos de “sectores” siguiendo la concepción topográfica de las posiciones sociales de Pierre Bourdieu que ya hemos descrito en nuestro Marco teórico. Los sectores trabajadores cuentan con ingresos cercanos al sueldo mínimo en sus empleos respectivos y se desempeñan en labores manuales en su mayoría, con bajos requisitos en cuanto a la cualificación. Aquí se integran individuos que trabajan en el sector primario (temporeros), en el secundario (industria) y terciario (servicios). Los sectores medios, por su parte, disponen de mayores ingresos y también de un nivel educacional superior, que va desde la educación media completa hasta estudios superiores. El nivel de ingresos de estos individuos es heterogéneo, por lo que es un factor que cabrá sopesar cuando analicemos sus trayectorias y sus situaciones. Todos ellos se encuentran empleados en el sector de servicios, aunque como no poseen posiciones de dirección en sus labores no corresponden a lo que Goldthorpe (1993) entiende por clase de servicios, integrada por ejecutivos y directores. Este grupo, entonces, queda excluido de nuestra muestra y, por ende, del análisis. Los sectores empresariales, en tanto, son propietarios de capital y empleados independientes. Ellos tienen un rango de ingresos más bien amplio, pero que se encuentran igualmente dentro del tramo de la población con mayores ingresos en su trabajo, situándose en el 5% con ingresos más altos¹⁵. Si agrupamos los casos según estas tres categorías es porque encontramos *tipos de narrativas* diferentes a cada cual (ver Anexo 2). Intentando ser fieles a la singularidad de los relatos y de las experiencias individuales, encontramos que muchas de ellas cuentan con un relato cuya trama y cuya estructura es sumamente parecido. Incluiremos al final de esta sección una referencia a las diferencias generacionales que encontramos en las narrativas. Podemos ahora comenzar por exponer los relatos de cada sector.

a) La comedia de los sectores trabajadores: caída, estancamiento y repunte en los hijos

Una experiencia común a los entrevistados de este sector es su proveniencia: su posición de inicio, asentada en los recursos de su familia, estuvo marcada en general por la escasez y el sacrificio. La mayor parte de los entrevistados que ocupan estas posiciones vivió en duras condiciones, conociendo la realidad del trabajo desde temprana edad a causa de ello. El caso extremo es el de Luis, jardinero de 22 años, quien cuenta que sus padres por momentos no tenían qué comer; mejor fue la situación de Teresa, pequeña agricultora y dueña de casa de 29 años, cuya familia no

¹⁵ El 5% con mayores ingresos en su ocupación principal en Chile recibe mensualmente más de \$1.250.000 (Fundación Sol, 2015).

tenía una vida de "lujos", pero sí podían tener la "guatita llena". El origen de estas personas está enmarcado en familias comúnmente numerosas, con situaciones también que podían atentar contra los recursos del hogar: separaciones que terminaron en abandonos; muchos hijos y pocas oportunidades de "surgir". El elemento más evocado, utilizado como indicador del nivel de pobreza de sus familias, es el del *hambre*. Su ausencia o presencia durante la infancia pareciera delimitar la miseria de la escasez. Funciona como un indicador espontáneo con el que se retrata el pasado, una vara que mide la situación original.

La falta de recursos en el hogar de origen, más allá del dato en particular, determina la trayectoria de los individuos en su totalidad: la carencia de recursos económicos les planteó urgencias a estos individuos cuando ellos aún realizaban sus estudios, precisamente en el momento en que sus historias podrían haberse tejido de una manera distinta a la de sus padres. El abandono del colegio o la imposibilidad de seguir en la educación terciaria representan momentos clave en los relatos en tanto configuran su desarrollo posterior, según la misma perspectiva de los entrevistados, así como significan eventos que los mismos no pueden dejar de lamentar debido a sus consecuencias ulteriores. Podemos mostrar esto en la historia de una maquinista en una industria textil de 51 años: a los 14 años repitió de curso en su escuela debido a su rendimiento, frente a lo cual sus padres la obligaron a dejar sus estudios y comenzar a trabajar. Era un caso perdido y las necesidades del hogar justificaban la deserción. Entonces perdió la oportunidad de "tener estudios", de recibir un "cartón". El "cartón" se repite fantasmagóricamente en su historia, como una realidad potencial que vio truncada su realización y que circula como pecado original: "un día yo reclamé por mi sueldo. Lo primero que me mencionaron fue: tú no tenés cartón y las otras tienen cartón"; "si uno no tiene cartón no le pagan bien". El abandono de los estudios, de ese modo, justifica (en términos causales, no necesariamente morales) la deriva de la trayectoria del individuo.

Norma, trabajadora en un call-center de 38 años, al pertenecer a una generación con mayor escolaridad terminó efectivamente su educación media, pero luego no siguió con estudios superiores porque básicamente "no había plata para estudiar". Hoy trabaja como ejecutiva en un call-center, veinte años luego de no haber trabajado por ser dueña de casa, y pese a las agobiantes condiciones de su trabajo (hay limitaciones incluso para ir al baño), no ha tenido otra alternativa que "acostumbrarse". Araceli (36), por su parte, pudo "sacar hasta cuarto medio nomás" y hoy se

desempeña como auxiliar de aseo. Si bien tomó cursos de gastronomía hace pocos años, no ha tenido los recursos para realizar sus pretensiones: montar un negocio propio, comenzar algo propio. Ante esa imposibilidad y "por necesidad", aceptó su empleo actual cuando se le presentó la oportunidad". Estos relatos nos muestran lo siguiente: si bien dejar los estudios pudo satisfacer las urgencias del momento -frente a lo cual dicho evento podría evaluarse positivamente- lo cierto es que, desde la narración de los entrevistados, ello perpetuó un estado de necesidad en que los márgenes de decisión se han restringido y en que ciertos deseos se han frustrado: tener mayores ingresos, ser el propio jefe, "emprender", entre otros. Esto implica que, si el origen de este sector comienza en la escasez, la evaluación negativa sigue en la juventud debido a la frustración por no haber continuado la educación.

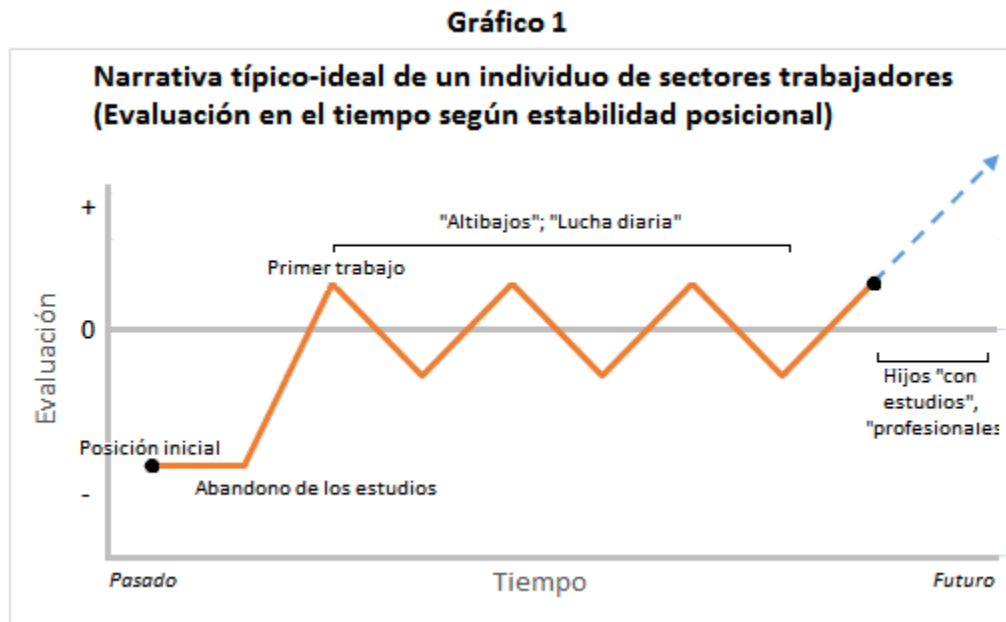
Sin embargo, luego de ello en estas narrativas viene un auge, que es el ingreso al mundo laboral. En ese punto el relato queda en un punto neutro en términos de evaluación: se trabaja básicamente por necesidad en empleos en que difícilmente se ha escogido trabajar por vocación o algún llamado de ese tipo. De hecho, se estabiliza en términos de salarios, pues, al contrario de lo que ocurre con la llamada "clase de servicios" (Goldthorpe, 1993), en los trabajos manuales o incluso en los relacionados al sector del comercio formal, no se ven posibilidades de ascenso en la trama organizacional ni en el nivel de ingresos de los trabajadores. El caso de Melva (48) es ilustrativo: terminó su educación media y luego se "farreó la oportunidad de estudiar una carrera profesional". Trabajó desde joven en un empleo part-time como vendedora en una tienda, sin contrato y sin beneficios laborales; se endeudó para solventar sus gastos y, al no tener medios simplemente dejó de pagar. Al mismo tiempo abandonó su trabajo y comenzó a desempeñarse como vendedora en el retail, recibiendo un sueldo cercano al mínimo: "hay carencias", pero se encuentra mejor que antes. Le falta, a su entender, lograr una posición "más sólida", quizás tener un ingreso extra que le permita ahorrar por cualquier eventualidad. La trayectoria descrita se halla estancada en términos de ingresos desde que el individuo ingresa a trabajar, lo que la sitúa en una posición sumamente ambivalente en que los individuos se enfrentan a continuos altibajos económicos: como dice Celia (29), auxiliar en una agencia de turismo, "es una lucha vivir el día a día". No hay que "dejarse morir" frente a las situaciones que plantea la frágil y escasa estabilidad de los sectores trabajadores.

En ese sentido, son muy gráficos los conceptos de "prueba" y de "inconsistencia posicional" (Araujo y Martuccelli, 2012) para retratar la experiencia que los individuos de los sectores trabajadores del país: la propia posición es inconsistente por definición, por la escasez continua de recursos para apuntalarla, ante lo que se plantea el desafío de dotarla de una cierta solvencia que permita reducir las ansiedades. Sin embargo, tales términos descuidan lo siguiente: la fragilidad y continua lucha diaria de estos sectores no sólo se expresa en un deseo generalizado de solvencia para el propio individuo, sino que su misma situación sustenta unas expectativas de estabilidad en los hijos. Es decir, existe un punto en que la evaluación de la trayectoria repunta, pasa a cumplir este deseo de estabilidad, valor que constituye el eje de la evaluación de las trayectorias de este sector: ese punto corresponde a la proyección en los hijos, particularmente en que ellos "sean profesionales". Así nos dice Amparo (61) que "lo único que quiero" es que sus hijos "tengan estudios", lo que constituiría un motivo mayor de tranquilidad. Ella misma relata que ha caído en depresión y que ha recurrido a psicofármacos para tratar un malestar proveniente de la siguiente situación: su hijo menor fue expulsado de su colegio por estar involucrado en un asunto relacionado al consumo de drogas. Amparo aduce que "las malas juntas" *desviaron* a su hijo. ¿Lo desviaron de qué? De las expectativas que una madre trabajadora tiene sobre un hijo al que quisiera "darle educación"; los obstáculos a esa tarea conllevan una frustración no sólo de dichas expectativas, sino que del curso que seguía su propia trayectoria: el repunte.

Con este relato queremos apuntar hacia que la inconsistencia y sus desafíos se traspasan en forma de proyección hacia los hijos de los trabajadores, quienes pasan a encarnar la narrativa de sus padres, pero en forma inversa. Así, se espera que los hijos no tengan la inestabilidad posicional por parte de los padres, como en el caso de una temporera que anhela tener a sus "hijos profesionales" para que no vivan los permanentes vaivenes a que ella ha estado sujeta. Por todo lo anterior queremos proponer que es posible delinear una trama narrativa en el caso de los sectores trabajadores que tiene un carácter "cómico": no nos referimos a la comedia como género humorístico, sino como una forma de trama en que se desarrolla una historia de continua decadencia, hasta que en un momento de la misma ocurre un evento que cambia la dirección del relato, convirtiéndolo en una mejoría de la evaluación de los sujetos que protagonizan la acción. La comedia, siguiendo a Gergen (1988), está caracterizada por el repunte, y en el caso de las trayectorias de los sectores trabajadores ese evento tiene forma de expectativas, de realización de una deuda contraída en la juventud de los individuos que no pudieron continuar sus estudios y

que luego impulsan a sus hijos para que completen esa deuda incompleta. Con ello tendrían acceso a lo que más se valora, pero de lo que más se carece: la estabilidad. De esa forma, sostiene Pedro (64): “la meta para toda la juventud es que tiene que estudiar”. Nótese el carácter genérico de este mandato, referido al “estudio” de manera ambigua. No se precisa qué hay que estudiar ni en qué institución: la exigencia no discrimina según criterios de mercado, de prestigio, ni siquiera de ascenso social. No se busca necesariamente una movilidad ascendente, sino que un acceso a una consistencia posicional mayor para los hijos, en un sentido material, pero también simbólico y moral.

Las características típicas¹⁶ que se presentan en los relatos de los sectores medios los resumimos en el Gráfico 1¹⁷:



¹⁶ Frente a la diversidad de experiencias provenientes de la comparación de las entrevistas, construimos “tipos ideales” de narrativas que expresan, como los ha definido Max Weber (2002, p. 17), una situación “promedio” (cualitativa, no cuantitativamente hablando). Las diferentes trayectorias se acercan o se alejan en grados variables de las que nosotros proponemos, pero es posible afirmar que ellas constituyen relatos “típicos” de cada sector analizado.

¹⁷ Igual como haremos en la descripción de las evaluaciones de los sectores medios y empresariales, se adjunta a la trayectoria típica de los individuos (línea continua) una proyección, que se refiere en el mayor de los casos a la posición que tendrán los hijos en el futuro (línea puntuada).

Lo anterior concuerda también con otra característica de la comedia: en ella los actores intentan restablecer un orden que se ha roto por un suceso determinado, hasta que lo logran. Pareciera ser que en el relato de los trabajadores ese evento constituye la falta de formación, que sitúa toda su trayectoria en el orden de la necesidad, y que luego se reestablecería con los estudios de sus hijos, los que (ahora sí) podrían seguir sus deseos y no sus urgencias. Como en el caso de Melva (48), quien les reitera a sus hijos que "tengan una profesión" para no tener que "trabajar en lo que sea" y tener que "aguantar" a sus patrones. La intensidad de este imperativo, asentado en experiencias de escasez y de dificultades de todo tipo, se entiende si hipotetizamos que lo que está en juego en el futuro de los hijos no es sólo la posición que ellos tendrán posteriormente, sino que su situación y la de sus padres constituye *un sólo relato*: la ambición y las ganas de "salir adelante", o bien el fracaso expresado en los excesos o en el abandono temprano de la educación, sólo pueden ser evaluados en torno a los anhelos de los padres. Como es de esperar, el resultado de esta prueba que se les transmite a los hijos tiene resultados contingentes, por lo que la autoridad con que se presenta el imperativo de ser profesional o de tener un cartón no siempre es satisfecho, lo que puede ser vivido como una profunda ansiedad ante la falta de recursos o de oportunidades para "darle" educación a los hijos.

Reflejo de lo anterior son las historias de Rigoberto y de Luis, respectivamente. El primero trabaja en un call center actualmente y al mismo tiempo realiza estudios de ingeniería. Ello se hace muy dificultoso debido a que tiene una familia que mantener, pero su búsqueda de "estabilidad" lo ha impulsado a continuar su educación en esa línea, apelando a poder encontrar un trabajo menos inestable que los que ha tenido hasta el momento. Por su parte, también le gustaría poder tener un excedente no sólo para ahorrar, sino que para gastar: poder salir a comer con su pareja, quizás viajar. Todo su intento actual consiste en "trata de vivir y no sobrevivir", según sus palabras. Desde la narrativa de los sectores trabajadores el caso de Rigoberto (33) constituye un éxito: será profesional y a partir de ello tendrá estabilidad. Luego, podrá dejar el plano de las necesidades para entrar en el de los deseos: el consumo. Es, en ese sentido, una trayectoria que cumple las expectativas de sus padres, al punto de que no puede evitar admitir que él se siente "orgullosa" de sus esfuerzos y que busca "demostrar" a su entorno cercano que puede ser profesional. El caso de Luis (22) es el contrario, pues él abandonó sus estudios en informática debido a que debía convertirse en el "hombre de su casa", y que no estaba seguro de que le gustara la carrera que seguía. Hoy trabaja como jardinero, con el temor sobre lo que vendrá

para él e inseguro sobre sus decisiones en términos de estudios. La realidad de Luis muestra que si bien en el presente aporta económicamente a su hogar, su futuro aparece difuso y encaminado hacia una vía de incertidumbres: está comenzando a pagar la deuda por los estudios que no logró terminar. En este caso se muestra que el peso de las expectativas personales y sociales que llevan las generaciones más jóvenes de estos sectores no deriva siempre en los resultados esperados, aunque la necesidad aparezca como una justificación suficiente para sostener la decisión de abandonar la aspiración de "ser profesional".

Ahora bien, si consideramos la narrativa de los individuos por sí sola, sin considerar la proyección en la generación futura, vemos que la trama es otra: se relata una historia de continua resistencia frente a los embates que pudieran amenazar la posición alcanzada. Así lo expresa la mayor parte de los entrevistados: Jorge, carpintero de 62 años, evalúa su trayectoria de forma neutra, pues su vida ha sido "una buena y una mala, una mala y una buena, pero uno sale a flote". La viudez lo golpeó hace un par de años y desde entonces empezó a "tirar solo, solo, solo, hasta el día de hoy". Las metáforas abundan en la descripción de la experiencia posicional de los sectores trabajadores: "hay mujeres que se *echan a morir* ahí y no *salen adelante* y se quedan *estancadas*. Y no, uno tiene que salir adelante por los hijos de uno". Esta forma de llevar la vida, coincide, como ya adelantábamos, con una "lucha diaria".

La narrativa de los sectores trabajadores tiene un componente fuertemente romántico, en el sentido de que suelen entenderse como héroes destinados a vencer continuamente la escasez y los desafíos que imponen una serie de riesgos que podrían tornar la vulnerabilidad en tragedia. En ello, independiente de los factores que ayuden a contener los riesgos, el imperativo que los propios trabajadores se arrojan es el de "darse fuerzas", de salir adelante a toda costa. Pero la meta de la trayectoria no es precisamente la realización de un deseo personal o de la identidad del héroe, sino que simplemente mantenerse, sobrevivir a los asedios, a los altibajos permanentes. La dificultad de ese tránsito lleva a una evaluación positiva de la trayectoria general, en que si bien se acumulan frustraciones, el esfuerzo se valora particularmente: "estoy satisfecha con lo que tengo porque me ha costado", menciona Araceli (36). Un juicio más trágico es el de Jorge (62), para quien "todos nacemos para sufrir", con lo que las dificultades aparecen como plenamente injustificadas. En cualquiera de estos casos lo que encontramos es una profunda resignación frente

a la vida de altibajos, de ambivalencias, lo que nos permite entender la fuerza que entregan las esperanzas de que en los hijos ese relato dé un giro positivo.

b) Narrativas en disputa: los sectores medios, sacrificio y aspiración

Los relatos que caracterizan a los individuos de los sectores medios del espacio social en Chile presentan una diversidad de puntos de inicio como experiencias concretas en sus trayectorias. Podemos entender lo anterior a la luz de la heterogeneidad estructural de los sectores medios en el país (Boccardo y Ruiz, 2014), particularmente en cuanto a sus ocupaciones, los niveles de ingreso y de escolaridad que puedan llegar a tener. Comprendiendo la dispersión propia de este grupo de individuos, los entrevistados tienen efectivamente realidades que son difíciles de comparar: desde trabajadores administrativos, académicos y profesores, técnicos, etc. En vista de que las trayectorias siguen cursos distintos podríamos desechar la idea de proponer una narrativa característica de los sectores medios; en lugar de ello intentaremos mostrar la evaluación de los distintos relatos y los criterios que la fundan, haciendo hincapié en los puntos en que se presentan contradicciones, tensiones, ambivalencias en el discurso de los individuos. Queremos dar cuenta de una imagen borrosa, un retrato de sus trayectorias de por sí indefinido, en que se entremezclan una serie de factores que parecieran romper la idea de una unidad experiencial en las posiciones intermedias. Es probable que ello se deba a lo que mencionábamos antes, a la dispersión de las mismas en términos de condiciones materiales y educacionales. De cualquier modo, dar cuenta de la existencia de narrativas en disputa, de discordancias respecto a la trama y a los dramas que la caracterizan en las trayectorias de los actores, ya constituye un hecho digno de explicitarse. No podemos afirmar que no encontramos elementos comunes en la evaluación de las mismas a este grupo en particular, que analizaremos en lo que sigue.

El comienzo de los recorridos que han realizado los individuos de los sectores medios ocurre, en general, en situaciones de escasez de recursos, o bien de falta de lujos. Teresa (48) hoy trabaja en Ovalle, en una administradora de fondos de pensiones. Con su trabajo y el de su marido ha podido alcanzar una cierta estabilidad financiera, aunque en sus inicios creció en ausencia de su madre y con un padre que trabajaba como profesor, con un sueldo más bien bajo. Admite haber “pasado hambre”, que es –como postulamos en el apartado anterior- una imagen que condensa el estado de la pobreza original. Por su parte, Ana María (55) es secretaria ejecutiva. De orígenes

indígenas, fue criada en el sur del país, en un hogar en que ninguno de sus progenitores terminó la escuela. Era, según sus palabras, una “casa humilde”, cuya situación empeoró debido al alcoholismo de su padre. Si bien los inicios de ambas mujeres se relacionan a condiciones muy duras de vida, también hay casos en que los individuos provienen de familias “de clase media”. Este punto es particularmente interesante porque cuando ellos posicionan a su familia, al hogar del cual provienen, definen en ese mismo ejercicio lo que entienden por clase media. Entonces accedemos al modo en que la representan, que se condice de buena forma con los hallazgos de Mella (2013) al respecto, en torno a las fronteras morales que definirían a las posiciones intermedias en la sociedad chilena. Podemos expresar lo anterior en los relatos individuales: Claudio (27), profesor de lenguaje, cuenta que sus papás son de clase media, que tenían una situación estable por cuanto podían darle dinero “para la fotocopia, para estudiar”. No les faltaba; ese es límite económico que corta los sectores intermedios de los de menores recursos. Asimismo, Natalia (38), académica e historiadora, dice haber crecido en un hogar de una “clase media típica del siglo XX”, con una madre profesora y un padre contador. Corrobora esa posición aclarando que pudo “estudiar sin deuda”, lo que implica que contaban con *ese ingreso extra* que pareciera caracterizar a estos sectores, que los aleja de la permanente necesidad de los trabajadores. Natalia agrega que sus amistades, al igual que ella, “son todos de clase media educada. Viven del sueldo y si un día se quedan sin sueldo estamos en problemas. Pero no somos unos pobrecitos en la vida”. La imagen inicial es de una cierta estabilidad, pero siempre con atisbos de vivir humilde, austeramente.

Aparte de la situación económica, debemos reconocer que la identificación de los individuos con la “clase media” tiene como criterio diferenciador una serie de valores. El principal es el del sacrificio: según Marcelo (48 años, administrador de edificios) lo propio de la “clase baja” es su costumbre a que le “regalen las cosas”, a recibir por parte de terceros (el gobierno principalmente) los recursos que le permiten sobrellevar su situación. En cambio, “clase media es sacrificada”, carece del apoyo gubernamental que tienen los sectores menos privilegiados, con lo que a los individuos no les queda alternativa que “arreglárselas por uno mismo”, afirma Marcelo. En esa línea, Ana María (55) sostiene que “los del medio son los que tienen el problema porque no pueden acceder, porque no hay beneficios”. Estas perspectivas resaltan una imagen de indefensión, cuestión en la que ahondaremos cuando nos refiramos más adelante a los “ayudantes” de las trayectorias. Lo que podemos enfatizar es cómo los individuos empiezan a tejer

una trama en torno a la distinción respecto a otros grupos: Teresa (38) cree que “si eres del quintil más bajo¹⁸ tienes beneficios, porque no tienes más recursos. Y si estás más arriba, evades (impuestos). Pero al medio es difícil, es bien difícil”, sobre todo cuando se tiene una “carga” importante como la educación de los hijos o el pago por la salud. Estar al medio significa ante todo estar excluido de los beneficios, lo que genera tanto una identidad en torno al esfuerzo como indica el *rol* que los individuos deben asumir ante la narrativa que se les presenta, el camino que deben seguir ante la carencia de *poder*: el apoyo público se echa en falta, pero también el privilegio, la posibilidad de sortear el camino correcto moralmente para llegar a sus metas. “¿Cómo llegamos a fin de mes? Muchas veces uno no sabe, pero lo hace”, nos dice Ana María (55, secretaria ejecutiva en un banco).

Hasta ese punto el relato es muy claro: los individuos de los sectores medios deben enfrentarse a una serie de “cargas” ante las que no reciben apoyo alguno, lo que posibilita por cierto una forma individualizada de entender su rol respecto a su trayectoria. No es muy distinta de la narrativa que ya vimos que hacen suya los sectores trabajadores, los que también consideran que deben afrontar múltiples desafíos para mantener su posición en ausencia de privilegios. Esta sintonía entre la historia de ambos sectores acerca el relato de las posiciones intermedias a una trama romántica: el sacrificio es una experiencia tanto de padecimiento (“nadie me apoya”) como parte de una épica que enaltece el espíritu del sacrificado. Por ello, en esta narrativa conviven dos idearios: una crítica a la falta de soportes públicos o externos y un horizonte de orden meritocrático. Esto genera una ambivalencia respecto al lugar que ocupa el individuo en su trayectoria: si ella se plantea como una carga de la que él es responsabilizado, o bien como un camino en que su aislamiento está justificado. Es posible retratar esta ambivalencia en el testimonio de Teresa: a ella le “encantaría” que el gobierno le ayudara a costear la educación de su hija, de pagar las cuentas de su hogar, “pero tampoco es ésa la idea. Uno también tiene que *esforzarse por conseguir sus propias cosas*”.

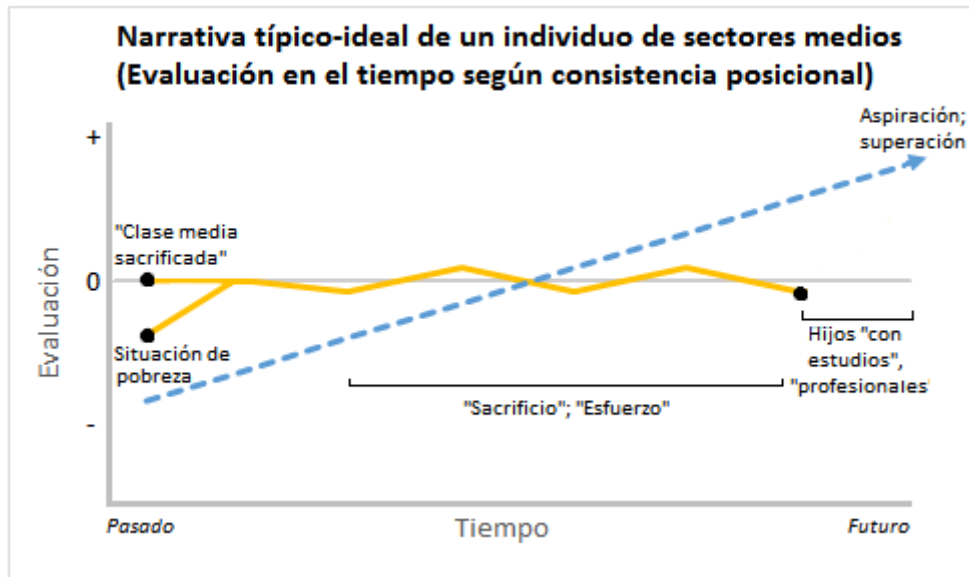
¹⁸ Es interesante cómo los individuos, al enmarcarse dentro de la “clase media”, recurren a distintos criterios de diferenciación para representar a los grupos con que se comparan. Por ejemplo, a quienes tienen menores recursos: “quintil más bajo”, “clase baja”, los “pobres”, todos implican representaciones diferentes del espacio social, con categorías disímiles. Pareciera existir un consenso sobre la existencia de una clase media en términos de barreras morales y simbólicas, pero las demás posiciones se entienden con semánticas más bien difusas. Se habla tanto de la “clase alta” como de los “ABC1”, siendo que corresponden a formas particulares de entender la estratificación. Un cúmulo de categorías se encuentra difundido en ese sentido.

En otras palabras, se es víctima de un abandono, pero de poder recibir un soporte éste no debiera atentar contra lo que identifica a los sectores medios: el esfuerzo. Es un elemento que no debe desaparecer como móvil de la trayectoria. La misma ambivalencia encontramos en el relato de Manuel (50): “con sacrificio y con la ayuda del entorno directo he logrado salir adelante, sacar a mi familia adelante y eso se traduce en la tranquilidad para quienes en su momento me ayudaron, como son mis padres. Y se sienten orgullosos también de mí porque logré a tardía hora lo que ellos no pudieron darme”. Él estudió una carrera técnica estando ya casado y con hijos; la dificultad que ello significó para sus finanzas y para su disponibilidad de tiempo justifica que sea entendido como un sacrificio. Antes de estudiar se desempeñaba en trabajos esporádicos con baja paga: fue transportista, agricultor y carpintero, e incluso participó de los programas del PEM-POJH durante el régimen militar. Su “espíritu de superación”, según sus palabras, es la base de la evaluación positiva que tiene de su trayectoria, lo que viene a justificar de algún modo las dificultades presentadas en ese camino, como si se quisiera mostrar que “valió la pena”.

Igual que en la narrativa de los empresarios, como la describiremos en el siguiente punto, en los sectores medios el esfuerzo personal y la importancia de aprendizajes derivados de la trayectoria tienden a justificar las dificultades que los actores mismos denuncian como injustificadas. Natalia (38) argumenta que “cuesta estudiar”, sobre todo para las personas que son “primeros profesionales” de la familia, y más aún cuando se llega desde provincia a estudiar a Santiago. En ese sentido, señala la existencia de desigualdades en las condiciones de los estudiantes, aunque tal desigualdad no la ve como una “desventaja que me haga daño”, pues ella “trata de aprender de ello”. Es ciertamente un problema que ella ha vivido como una barrera durante su historia, pero en lugar de justificar normativamente la desigualdad ella toma su historia como argumento para sostener que independiente de las barreras, al individuo le corresponde intentar sortearlas: “mi vida es un ejemplo de esfuerzo, es un experimento y se comprobó la hipótesis: se puede. Aunque no tengas ningún peso, se puede”. Se utiliza una historia en particular como argumento para justificar el rol del individuo en su trayectoria: existen límites objetivos a la movilidad social, pero él debe intentar superarlos. Repite la figura heroica del individuo que ya mencionamos respecto a los relatos de los sectores trabajadores; también la encontraremos con aún mayor fuerza en los empresarios. Pero queremos ahora postular la particularidad de la narrativa de los sectores medios: la historia por así decirlo “típica” es la de un individuo surgido del esfuerzo de su familia de origen, la que ha debido sacrificar parte de su bienestar para asegurar su

estabilidad económica, por una parte, y su proyecto de movilidad ascendente, por otra. Frente a la falta de soportes no queda otra opción que buscar una alternativa privada por mantenerse o ascender; para esto último se deben superar barreras importantes fruto de la desigualdad (evidente) en la distribución de recursos. Sintetizamos los aspectos típicos de las narrativas de los sectores medios en el siguiente gráfico:

Gráfico 2



No es un relato cómico como el que postulamos para las posiciones con menores capitales, pues el conflicto no se desarrolla en torno a la *supervivencia*, sino más bien frente al poder dotar de consistencia la propia posición (como sostuvieran Araujo y Martucelli, 2012), pero también alrededor de las aspiraciones de acceder a mayores recursos. En ese punto, entre la posición actual y la anhelada se encuentra una barrera objetiva a la movilidad para los sectores medios (Barozet, Espinoza y Méndez, 2013) y eso se vivencia: “me encantaría ascender más, pero no se puede... el nivel alto, ABC1 es muy sectarista, cuesta mucho entrar. Yo lo veo, lo palpo a diario. Es imposible llegar, siempre hay un *peldaño* que está interfiriendo para no llegues a ese nivel”, asegura Javier (60, encargado de ventas en una tienda comercial). Pero inmediatamente luego de reconocer esas limitantes a sus aspiraciones, agrega que “no es que no se pueda: cuando uno quiere, puede”. Su perspectiva sintetiza la profunda ambivalencia, si no la contradicción, que buscamos destacar sobre las narrativas de las posiciones intermedias. Plantean una historia que, en general, se presenta como de ascenso social respecto a la posición de su familia original,

aunque sin perder la experiencia central de su trayectoria: el empeño y sacrificio. Sin embargo, llegados al límite con los sectores más privilegiados se perciben como padeciendo una carga que estos últimos no llevan y como imposibilitados de alcanzar un lugar superior; al mismo tiempo, y esto lo veremos con toda claridad cuando describamos los factores que según ellos explicarían el éxito de algunas personas, está muy presente la percepción de que ese horizonte aspiracional está abierto al mérito, en particular al esfuerzo.

Por esa razón es que sostenemos que en los sectores medios se cuenta una narrativa híbrida, que combina elementos de la comedia (valoración del esfuerzo y de la estabilidad) y del romance (figura heroica del protagonista que vence obstáculos en la realización de sus aspiraciones). Es una narrativa ciertamente difícil de graficar, pero que de todas formas genera diferencias representacionales en el seno de un mismo sector socioeconómico. Una observación aparte nos puede iluminar a este respecto: Michelle Lamont (2000) ha sostenido que en los sectores trabajadores norteamericanos y franceses tienden a enorgullecerse por sus características morales (austeridad, solidaridad, esfuerzo, por decir algunas), con las que desprecian a las clases superiores por sus carencias valóricas, siendo que los trabajadores admiten querer ocupar una posición de estatus mayor. Es decir, en lo valórico se precian de su identidad, pero en términos estatuarios aspiran a un lugar económicamente mejor, lo que en nuestros términos da lugar a relatos *ambivalentes* –con múltiples “valores” con que juzgarlos. No hay retrato más nítido de lo anterior que la historia de Ana María (55), quien cuenta que se desamoró de su ex marido por su “inmovilidad”, su falta de aspiraciones. Él había trabajado toda su vida como garzón en restaurantes y, según ella, no pretendió nunca apelar a otro empleo que mejore sus perspectivas económicas. Ella, en cambio, ya habiéndose separado comenzó una relación con un médico, con el que ha podido acceder a un estilo de vida que ella anhelaba tener (particularmente tener la posibilidad de viajar). Ha intentado transmitirle sus ganas de “ser más” a sus hijos para que continúen sus estudios, cuestión que su ex marido nunca realizó. Aparte de esa narrativa aspiracional, ella valora especialmente venir de un hogar de escasos recursos y en ningún caso se considera un persona privilegiada, sino como una mujer más bien “sacrificada”.

Igual que en los sectores trabajadores, el componente educacional es central en las proyecciones de los individuos de posiciones intermedias. La misma Ana María relata que llegó a tener tres trabajos para poder pagar el preuniversitario de sus hijos, en base a su “convicción” de

que para “salir de la pobreza” hay que estudiar. Para Carlos (72) hacer una trayectoria exitosa no tiene tanto que ver con “la plata”, sino con “poder educar a los hijos”. Pero una frase expresa esta importancia de la educación y que se repite en distintos casos, tanto en trabajadores como en sectores medios: “lo *único* que se les puede dejar a los hijos es la educación”. Convertida en la arenga de los padres, constituye una premisa tajante, una hipérbole que recurre a un mandato a todas luces excesivo. Lo *único*: no se expresa como un ejercicio retórico, sino que aparece como lo único realmente para los entrevistados, y ello se refiere estrictamente a la educación formal, a la posesión de credenciales. La centralidad de la educación condensa buena parte de la función de los padres en los relatos no sólo de estas posiciones intermedias, sino que en todas las posiciones; podría pensarse que ello es de sentido común debido a que el nivel educacional determina efectivamente las posibilidades futuras en términos posicionales en las sociedades modernas. Admitiendo ese dato básico, cabe relevar el modo en que se expresa el imperativo y cómo concuerda con la valoración del sacrificio en los sectores medios.

Por otra parte, es interesante notar que en el papel que juega la educación en las trayectorias futuras conviven nuevamente representaciones contradictorias, narrativas que chocan. Teresa (48) cree que “la gente exitosa” lo es debido a sus redes y a dónde estudiaron. Es decir, en la educación se reproducirían la desigualdad socioeconómica. Luego menciona que “hay gente que no necesariamente tiene esas redes, no ha estudiado en un colegio topísimo, pero gracias a su esfuerzo y su perseverancia han sabido salir adelante... solamente por las de ellos, por haber estudiado y haberse instruido bien”. En este caso la paradoja parece aclararse, desenmarañarse. Se reconoce que “hay gente” que logra tener una trayectoria ascendente pese a que los sectores de mayores recursos de cierto modo monopolizan las condiciones de acceso a sus posiciones de privilegio. Carlos (72) menciona que son “excepciones”, pues la desigualdad es “tremenda” y quienes no tienen una condición beneficiosa “siempre van a ir en desventaja”.

Nuevamente la doble imagen de víctima y de héroe, pero en este caso asoma un término que media ambas tramas: la *excepcionalidad*. Son pocos los que logran con “espíritu” y “perseverancia”, dice Manuel (50), cruzar el muro que escuda los sitios privilegiados. La trama aspiracional, asentada en la idea meritocrática de que a mayor esfuerzo, mayor retribución, se cumple sólo en contados casos, pues la situación normal de la “clase media” es el sacrificio; queremos apuntar a que el proyecto de movilidad ascendente no se funda en la experiencia

cotidiana de los actores, en la que se palpa efectivamente una desigualdad infranqueable, sino que en la posibilidad de que los hijos, a través de los estudios, logren encarnar la *excepción*, que sean uno de los “pocos” logran vencer la rigidez del espacio social chileno. Este es un principio que mueve y que estructura definitivamente la narrativa de los sectores medios, pero que está velado en el discurso y que es la pieza faltante para cruzar la narrativa cómica y la romántica. Se encuentra oculto en la creencia muy difundida en estos individuos –como veremos luego- de que *querer es poder*. Su experiencia inmediata y la evidencia empírica refutan esa idea, pero persiste como un móvil en trayectorias que apelan a aprovechar las escasas oportunidades que se les presentan, a ocupar el lugar narrativo de quien superó la barrera de la movilidad ascendente. Con lo anterior encontramos que la experiencia posicional de los sectores medios, cercana a la estrechez económica permanente, se ve teñida por una narrativa imaginaria¹⁹, de tipo aspiracional, que situaría a los individuos en el siguiente rol y que podríamos enunciar de la siguiente forma: “soy, en principio, una víctima –de la falta de oportunidades, del abandono de la focalización de los subsidios, de la privatización de los servicios sociales, del precio de la educación y la salud, del cierre de los sectores privilegiados-, pero (y en este *pero* radica la excepcionalidad) he podido sortear esos obstáculos y como resultado de mi esfuerzo he llegado a ascender en mi posición”. La imagen del héroe, nuevamente.

¹⁹ Imaginaria no se refiere a “falsa”, sino más bien a “ilusoria”. Esto último en el sentido que Pierre Bourdieu da al concepto de *ilusão* (2005) como elemento que moviliza a los actores en un campo y que debe su realidad a la energía que es capaz de poner en marcha en torno a su consecución. En ese sentido, sostenemos que la narrativa aspiracional puede cumplirse en la trayectoria de determinados individuos de los sectores medios, pero que opera como un relato que hacen suyos actores que no necesariamente han seguido ese curso ascendente. Lo propio de lo imaginario es que en ese plano se difuminan las barreras que parecen diferenciar a los elementos; en este caso, se trata de una narrativa que es asumida como propia cuando la historia no se condice con ello. La creencia de que “nada es imposible” choca con límites que el actor no es capaz de reconocer debido a que se ha situado en este plano imaginario de ausencia de barreras, aunque igualmente moviliza al individuo a tomar ciertos cursos de acción.

c) La narrativa romántica de los empresarios: altibajos, resiliencia y pasión

La trayectoria de los empresarios entrevistados comienza en posiciones realmente variables: provienen de familias con distintos niveles educacionales y de ingresos, sin que ello determine de modo necesario la posición que ocupan en la actualidad. La mayor parte creció en familias de “clase media”, según sus propios términos, aunque en ese grupo se reúnan situaciones muy diversas. También hay quienes vienen de familias dedicadas al comercio, aunque no en gran escala. Haber vivido en un ambiente en que había que “vivir arreglándose”, en que el dinero no abundaba ni tampoco los lujos, es cómo empieza el relato de Rocío, empresaria agrícola de 45 años. Su buen desempeño profesional y también haberse casado con un hombre mayor, dueño de predios y de la empresa que lleva hoy en día, aparecen como los factores que la habrían llevado desde el vivir con aprietos económicos a su cómoda situación en el presente. Los comienzos de Juan (55) son menos auspiciosos, pues él no pudo estudiar una carrera profesional por “falta de plata” y por la necesidad de trabajar en el bazar que poseía su padre. Luego ello no fue un impedimento para encontrar un trabajo en una empresa norteamericana, donde comenzó en los puestos de menor rango, llegando finalmente a ser supervisor y a compensar su falta de estudios con cursos de especialización. María Isabel (52) proviene de una familia de “clase media” y enfatiza que vivía en el centro de Santiago (hoy reside en el sector del “barrio alto) y que asistió a un colegio particular-subvencionado. Después estudió con crédito en la universidad y “desde los 17 que ya trabajaba”. Entrega toda esa información para que “no vayamos a pensar” que en su origen tenía los privilegios que hoy posee. Óscar (45), dueño de una pequeña empresa de inversiones afirma que proviene de un hogar de clase media “esforzada”.

¿Por qué el énfasis en el esfuerzo, en las carencias de la situación de origen? Sabemos que una de las características morales en que se funda la identidad de la clase media chilena constituye su aprecio por el sacrificio, el empeño y la dedicación (Mella, 2013). Como veremos, esos son valores compartidos con el empresariado (el pequeño y mediano empresariado al que accedimos en este estudio, por cierto). También cabe considerar que en los sectores medios se encuentra difundida una ética de la autenticidad que plantea el imperativo de ser fiel a los orígenes, de no olvidar de “dónde” se viene y de los esfuerzos que se realizaron para posibilitar una trayectoria de movilidad ascendente (Méndez, 2008). Ahora bien, para interpretar nuestros hallazgos queremos distanciarnos un poco de tales antecedentes al postular lo siguiente: en línea

con nuestro análisis narrativo de las trayectorias, queremos hipotetizar que este énfasis en la situación no privilegiada y falta de facilidades de sus familias corresponde a un *origen mítico*²⁰, una construcción narrativa que posibilita el desarrollo de una trama de posterior *superación*.

Si se evoca el origen de esa manera es porque se lo logró sortear, para dar un comienzo adecuado a una historia en la que nada ha sido fácil. Esto se expresa en otro caso, el de una empresaria agrícola de Ovalle. Inés (68) tenía una familia en que básicamente vivían sin apuros, su padre era empresario agrícola igual que ella y poseía ciertos negocios automotrices. A pesar de su origen relativamente privilegiado, de haber podido estudiar en una universidad tradicional en la capital, ella enfatiza que siempre tuvieron que “vivir con moderación” en su familia. Independiente de si esto era efectivo, lo importante en este punto es reconocer por qué se hace en todos estos casos la salvedad en que se nos insta a entender un origen sin facilidades. Si los individuos del sector empresarial sostuvieran que pudieron tener algunos factores que ayudaron en los inicios su trayectoria perdería asidero el ideal del *self-made man*, muy frecuente en las narrativas de los mismos –como veremos luego. Para sostener ese ideal la posición de inicio *tiene* que plantear dificultades, no garantías, y esta necesidad narrativa permea la experiencia de su pasado.

Respecto al periodo educacional de los entrevistados se desprende que los estudios no son un factor discriminante en sus trayectorias: hay empresarios sin educación superior, hay otros que tienen un alto nivel de especialización de acuerdo a sus credenciales. Juan (55, a quien ya citáramos), ingresó a una compañía norteamericana de productos de aseo cuando era muy joven, sin tener estudios universitarios. Hizo carrera en la empresa mintiendo sobre su nivel educacional: decía que había estudiado administración de empresas, de lo contrario nunca hubiera llegado a ser supervisor según sus palabras. De su experiencia en ese trabajo obtuvo un saber-hacer en términos de gestión, pero también descubrió un nicho en que podía montar una empresa de aseo, haciendo uso de los contactos obtenidos en su trabajo anterior. De ese modo, su carencia de

²⁰ Con el término “mítico” no queremos decir “falso” o “ilusorio”: todo lo contrario, es probable que el sacrificio y la ausencia de privilegios haya sido parte de su entorno inicial, pero nuestra perspectiva no busca ser realista, es decir, centrarnos en la veracidad de los hechos que relatan los individuos, sino que tiene un decidido carácter constructivista –como ya hemos explicitado anteriormente. Ello implica que nuestro foco está puesto en las observaciones y distinciones que utilizan los mismos para urdir su narración, independiente de su correspondencia con el orden de los hechos. En este caso, el origen mítico se refiere a que la descripción por parte de los entrevistados se entiende *dentro* de la narrativa general, en la que tiene una función particular de abrir una trama de superación de las condiciones de inicio.

títulos se vio compensada con una formación basada en la experiencia y hoy emplea a decenas de personas en su negocio. María Isabel (52), en tanto, muestra un camino algo distinto: agrónoma, con postgrados y estudios en filosofía, es académica en universidades de prestigio y hace algunos años formó una consultora especializada en asuntos agrícolas que hoy dirige como empresa. Ha logrado que su consultora se posicione como una de las “referentes” en su área, pese a que una separación amenazó con acabar con su proyecto. Tanto Juan como María Isabel residen en el sector nororiente de Santiago y tienen hijos profesionales que asistieron a colegios privados. Un resultado similar para dos experiencias distintas: tanto la educación formal como el conocimiento práctico parecieran poder establecer una base para formar una empresa. Para ello es central contar con una formación adecuada: “hay mucha gente que se *lanza a la piscina* sin tener conocimiento de lo que está haciendo y lógicamente que lo lleva al fracaso”, sostiene Inés (68).

El modo en que comenzaron a ser empresarios también cuenta con experiencias disímiles, con entradas distintas. Lo que podemos distinguir a este respecto es que los entrevistados comenzaron su camino en esa vía luego de momentos complejos, en que la opción de crear una empresa apareció como la alternativa más viable y deseable de acuerdo a sus aspiraciones. En otras palabras, el negocio surgió en un periodo que no son precisamente positivos para los individuos: Rocío (45) comenzó a liderar su empresa familiar desde que la despidieron de su trabajo en el Estado, que mostró ser más inestable de lo que parecía; Rita (40) comenzó a armar un restorán propio luego de separarse de su marido, con quien tenían un negocio conjunto; la creación de una empresa de inversiones por parte de Óscar (45) surgió luego de que lo desafectaran de la compañía en que trabajaba a causa de no “tener una profesión”. En estos casos la situación que lleva a crear una empresa, el móvil, es una mezcla de aspiraciones y de necesidad, pues se necesitan de fuertes razones para asumir el riesgo de comenzar desde cero. La vocación no aparece particularmente como un motivo que llevó a los individuos a ocupar una posición empresarial; las profesiones –si las hay- que integran a los sectores empresariales son heterogéneas y no se limitan al estudio de ocupaciones relativas a la economía.

La carencia de una vocación definida o de una profesión exclusiva a la actividad empresarial no obsta que exista un cierto *espíritu* en esa línea y que queda plenamente impreso en las narrativas que los individuos construyen en torno a su propia trayectoria. Para estas posiciones aparece un relato bien definido y que constituye prácticamente una forma llevar y de

percibir la vida: su narrativa tiene un fuerte tinte *romántico*, entendiendo por ello un relato en que la evaluación de los sucesos que conforman la historia sigue un vaivén continuo entre eventos positivos y negativos para los protagonistas. El rol de los mismos, dentro de este movimiento entre problemas y soluciones, es vencer los obstáculos que se les presentan a lo largo del camino, por lo que en esta trama se propicia una versión más bien heroica de los sujetos de la acción narrativa. La historia de los empresarios es especialmente dramática, en el sentido de que presenta múltiples cambios en la evaluación que los actores hacen de los eventos que la estructuran (ver Marco metodológico). Los problemas, por cierto, son diferentes dependiendo de la trayectoria singular de la persona, del rubro en que se encuentra, del tamaño de su empresa.

Mencionaremos sólo algunos dramas para dar cuenta de estos vaivenes. Raúl (60) abrió un bar hace algunos años luego de haberse dedicado largo tiempo a la “bohemia” y de trabajar en negocios nocturnos. Empezó asociándose con un buen amigo para llevar adelante su bar, pero hoy lo gestiona en soledad por haber tenido líos con la probidad de su compañero. He ahí un problema mayor: según él, es fundamental “tener confianza” en los socios, aunque al presentarse un problema relacional puede ponerse en juego la existencia misma de la empresa. Habiendo sorteado esa dificultad, hoy lidera un bar de su propiedad, si bien “no lucra”, la ganancia es nula. Ello no lo ha llevado a cerrar el negocio: se encuentra más bien “satisfecho” porque sus cercanos del rubro de la bohemia le dijeron al principio que su bar iba a fracasar, “pero ellos murieron y yo estoy vivo”. Sobrevivió con la corriente en contra: malas asociaciones, voces de desaliento, utilidades menores. Otro problema central es que por trabajar de noche ha “vivido al revés” desde siempre, viendo poco a sus hijos y perdiendo gran parte de su vida familiar. Pero él sigue con su empresa y no parece querer dejarla, pese a todo, en un ejemplo claro de una trayectoria romántica. La experiencia de ser empresario, según Felipe (32), consiste en lo siguiente: “vas contra marea, contra todo a invertir, a tratar de buscar soluciones”. Igual que en los sectores trabajadores, esta lucha se expresa de manera metafórica en las narraciones, acudiendo a recursos claramente heroicos para retratarla: sobrevivir, ir contra la marea, salir adelante.

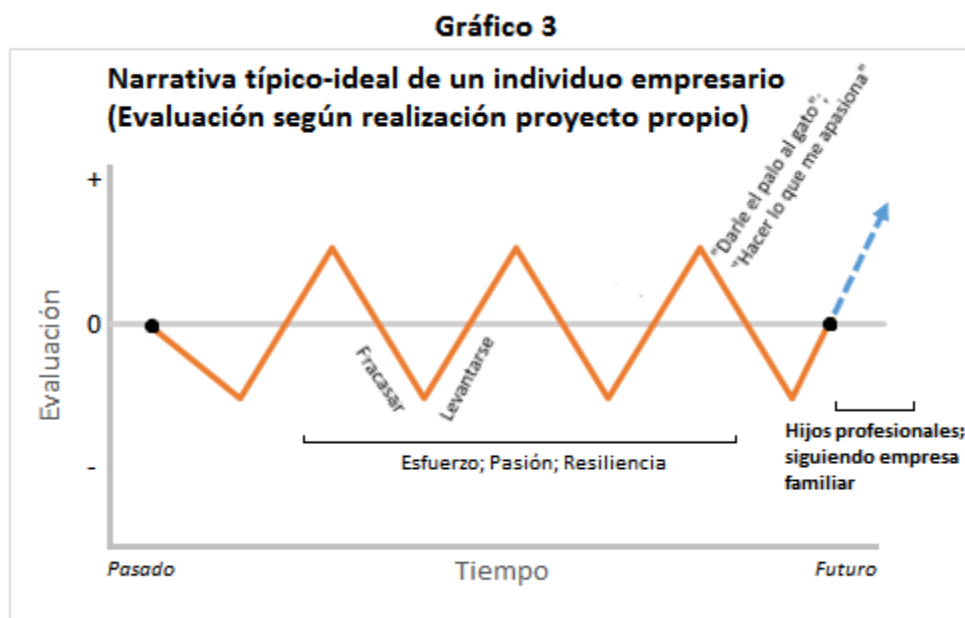
El mismo Felipe nos cuenta que, desde su visión, lo importante no es el resultado de ese proceso de supervivencia, sino que es el trayecto mismo. Lo pone de esta forma: “no es malo fracasar. Lo malo es lo que viene después, cómo enfrentas el fracaso. Yo fracasé, he fracasado varias veces, pero es cómo te paras y enfrentas la resiliencia, cómo la metes en tu empresa, en tu

vida". Desde esta perspectiva los momentos de crisis en la trayectoria de los individuos pasan a tener un *valor*, es decir, constituyen no sólo una desestabilización propia del riesgo asumido, sino que también es posible entenderlos como una *oportunidad*. Para nuestro entrevistado "lo más importante es enfrentar situaciones y salir adelante", pero ello plantea un beneficio crucial, que es el del *aprendizaje*. La vida propia del empresario que Felipe ha llevado, con quiebras y deudas de por medio, le ha permitido "superar la frustración y aprender la resiliencia": no todo ha sido en vano, pues de la experiencia de los altibajos se ha recibido una actitud vital en la que, por haber vencido situaciones adversas en el pasado, el individuo se considera soberano, siguiendo la imagen de Martuccelli (2010a). Rita (40) afirma que "no podía sentarte a *llorar a la orilla del camino*", pese a que "cada vez es más difícil ser emprendedor" en el país, pues "hay menos opciones, menos oportunidades, más competencia". Su consigna es: "nada es imposible"²¹, frase que se repite en varias de las entrevistas como motivo vital. Es un imperativo acorde a la narrativa romántica de los sectores empresarios, pues toda su historia consiste en los obstáculos que les plantea el medio (que enumeramos con el relato de Rita) para que el individuo se "realice", se desprenda de los oponentes de su entorno y logre su objetivo. Las metas varían según el relato: tener tranquilidad, "darle el palo al gato", "emprender de nuevo", entre otros. Como veremos posteriormente en este capítulo, el relato de los empresarios plantearía muchos obstáculos, pero pocos ayudantes, entre los que destaca con toda certeza el ánimo y las ganas (así lo expresan los entrevistados) que puedan darse los mismos individuos.

Como en cualquier historia romántica, existe un móvil en los personajes muy frecuente: la *pasión*. Este elemento aparece, junto a la resiliencia, como un sostén de la narrativa y de la trayectoria ambivalente de los individuos que poseen una empresa. Óscar (45) expresa que su camino ha sido de "un alto y un bajo, pero contentísimo con lo que he vivido... soy un apasionado de lo que hago". Actualmente él se encuentra bajo importantes problemas económicos y emocionales (perdió a su pareja debido a su incapacidad de lograr solvencia financiera, según su interpretación). Sin embargo, la pasión le hace continuar su senda y ocupar "casi el 90%" de su

²¹ Uno de los entrevistados confiesa con orgullo que al querer entrar a una empresa de seguros como empleado cuando él era joven aún, insistió con el dueño de la compañía para que le hiciera un lugar, si bien él no cumplía con los requisitos para asumir un cargo. El dueño lo puso a prueba como vendedor con una meta que, según los cercanos al entrevistado, no era posible de alcanzar en el tiempo estipulado. Éste acepta el desafío y en un acto sumamente significativo para él toma un diccionario y arranca la hoja en que se encuentra la palabra "imposible". Según cuenta, alcanzó la meta en ventas, récord que se mantiene hasta el día de hoy. Esta historia la utiliza como argumento para justificar que, como varios empresarios entrevistados aseguran, "nada es imposible".

tiempo en trabajar. Para Rita (40) ser dueña de un restorán le garantiza “poca calidad de vida” y un deterioro de sus relaciones familiares. Ella se culpa por no poder ir a las reuniones en el colegio de sus hijas, por ejemplo. Pero ser dueña de su negocio es lo que la “apasiona”, y ese valor prima sobre la inestabilidad que ella misma declara tener en términos financieros. Por su parte, María Isabel (52), dueña de una consultora, declara que “como que respira la empresa”. A pesar de que sus hijas ven que ella es “esclava del trabajo”, María Isabel adora la libertad del empleo independiente y la flexibilidad horaria. Antes trabajaba en el sector público y sus horarios de trabajo se cumplían cabalmente, pero con su empresa familiar es un asunto “24/7”, en el que los fines de semana también son de trabajo. Reiteremos que, a la luz de la trama narrativa que hemos propuesto para los sectores empresarios, todas estos factores que en otros individuos podrían representar fuentes de ansiedad y de descontento (la responsabilidad en el individuo por el éxito de su negocio; los vaivenes financieros; el exceso de trabajo), en los empresarios ellos significan un trance necesario del que es preciso aprender y al que, en el fondo, es preciso acostumbrarse para triunfar. En el Gráfico 3 presentamos las características típicas de la narrativa de los empresarios, según lo que hemos descrito hasta este punto:



Como precisaremos luego, es de notar que los criterios que fundan la evaluación de las trayectorias empresariales son distintos de valores con que juzgan los sectores trabajadores y medios. En los empresarios la inestabilidad no es el problema; el verdadero problema es cómo se

la enfrenta. Es decir, el conflicto se sitúa en lo que ocurre *en el individuo* y no en el medio. Éste aporta naturalmente una serie de complejidades, de amenazas, pero en la narrativa empresarial no se las busca erradicar para siempre, sino que lo importante es aprender a responder a ellas con “ingenio”. Adaptarse, en una palabra. Más allá del imperativo de adaptación propio de la economía –principio que ya planteara la sociología funcionalista- en este punto debemos distinguir que la adaptación también constituye un imperativo propio de la forma de vida de los sectores empresariales, quienes entienden su propia historia desde ese mandato. Es decir, moldea la experiencia posicional de los individuos a través de una narrativa romántica; si concordamos con Boltanski y Chiapello (2002) en que las posiciones requieren de *justificaciones* para mantener su ejercicio en el proceso de producción, esta narrativa aparece nítidamente como un recurso de justificación, pues naturaliza las condiciones en que se desenvuelven los empresarios dentro de la producción, atribuyendo las características de su función en tal proceso a “la vida” en general.

Si esta narrativa funciona como asentamiento de una ética del trabajo, también hace lo suyo respecto a la ética del consumo. Según el sociólogo británico Colin Campbell (1983), el consumismo encuentra sus bases en el romance: la búsqueda de experiencias siempre nuevas, de desafíos orientados a lo desconocido. Esta actitud de apertura es la que caracteriza la narrativa de los empresarios y desde ese lugar podemos entender el deseo de Juan (55) de viajar una vez que se retire de su negocio, de “gastar la plata bien gastada” y recorrer el mundo con su señora. Incluso confiesa que le gustaría “no dejar herencia” a sus hijos y gastarse todos sus ahorros en tales experiencias. Cada vez más, nos cuenta, delega las decisiones en su empresa y comienza a seguir su nueva consigna: “para mí, hay que disfrutar”. Tal como la valoración del riesgo propio de la actividad empresarial, el afán del consumo se opone a la búsqueda de estabilidad, como grafica Juan: “yo he viajado a Nueva York con toda la patota (su familia). Si no hubiera hecho varios de esos viajes tendría otra propiedad. Qué bueno no tenerla, *prefiero no tenerla*”.

II. La estructura de los relatos. Soportes, oponentes y el rol del poder

Ya hemos delineado de un modo general las trayectorias de los individuos enmarcados en diversas categorías sociales, intentando hacer un retrato más o menos fiel de sus experiencias y sus evaluaciones. En lo que sigue analizaremos cómo los distintos individuos dan forma a sus trayectorias haciendo uso de recursos narrativos y organizando de formas determinadas los

elementos que constituyen su relato. Más allá del análisis puramente formal y descriptivo, queremos ahondar en dimensiones que hasta este punto hemos descuidado, pero que aparecen como fundamentales para establecer observaciones sobre los procesos sociales que tenemos en vista. A continuación apuntaremos hacia los soportes que los individuos reconocen como fundamentales para poder desenvolverse en su trayectoria; a los elementos que han obstaculizado la misma, obstruyendo la realización del papel otorgado al actor en cada narrativa; por último aludiremos al lugar del poder que los individuos reconocen en el curso de la misma. A diferencia del apartado anterior, en que separamos la presentación según las posiciones de los individuos, ahora mostraremos la estructura de los relatos en general debido a que en ellos suelen encontrarse elementos comunes que parecen importantes de resaltar según la problemática que hemos delineado desde las fases anteriores del estudio. Por cierto que marcaremos las diferencias cuando sea pertinente entre los distintos entrevistados, pero atenderemos en líneas generales a qué hay de común en cada elemento narrativo antes que a las particularidades de las categorías sociales que ya hemos descrito.

a) Los soportes de las trayectorias sociales: la centralidad de la familia y la imagen del individuo soportado en sí mismo

Entre las observaciones sobre el proceso de individualización en Chile que hicimos en el Marco teórico mencionamos que distintas descripciones al respecto coincidían en el fundamental rol que había asumido la familia en el marco de dicho proceso. El informe del PNUD sobre las transformaciones culturales reciente en Chile (2002) apuntaba que el entorno familiar aparecía, frente a las nuevas demandas de “ser uno mismo”, como un espacio en que los individuos podían ser auténticos, un refugio donde poder distanciarse de la racionalidad impersonal de los sistemas sociales. Norbert Lechner (2003) planteaba que la privatización de los servicios sociales y la consiguiente responsabilización individual por el bienestar llevaban a una sobrecarga de las familias en términos financieros. Por su parte, Eugenio Tironi (2005) postuló que de cara a los procesos de individualización, la familia había aparecido como una comunidad fundamental para dotar de sentido el lazo social, al igual como ocurría con la nación; ambas comunidades no se habrían erosionado frente a las consecuencias de la modernización chilena, sino que parecieran haber fortalecido sus vínculos. Vista desde la sociología del individuo y en explícita relación con lo que entendemos como trayectorias posicionales, las relaciones familiares aparecen como un

soporte crucial en la mayor parte de los relatos, tal que es posible afirmar que ellas operan como un sostén frente a situaciones de riesgo y circunstancias personales que amenazan la posición del individuo.

Pero no podemos reducir el lugar de la familia al apoyo económico, sino que debemos – para ser fiel a los relatos analizados- extenderlo a otras dimensiones que permitan dar cuenta de qué tipo de necesidades ella puede solucionar dentro de un relato. En primer lugar, es muy claro que los hijos constituyen si no un apoyo, una razón de ser del individuo en su trayectoria. El papel que los padres ocupan en los relatos se ancla en buena medida en una preocupación por los hijos, que va desde su mantención económica hasta las expectativas sobre su futuro. Amparo (51) piensa que “mientras haya hijos hay que seguir trabajando”; también que “lo único que quiere” es que ellos tengan estudios. Este punto lo hemos reiterado anteriormente, pero ahora lo retomamos porque queremos señalar cómo sus hijos aparecen como un soporte a su trabajo – rutinario, sin expectativas de ascenso- y también de sus fines. Un rol similar juega el hijo de Teresa (48, empleada en una Isapre) al darle “la motivación, el *punch*” necesario para “salir adelante”. En estos casos la *paternidad* aparece como un principio de justificación del empleo y sus condiciones. Raúl (60), dueño de un bar, admite que el llevar su negocio ha traído frustraciones que sólo ha podido superar con el apoyo de su entorno cercano. “Si no está la familia detrás de mí, esto (su bar) no existiría”.

En un sentido similar, la familia asoma como un *soporte formativo* por cuanto se encuentra en ella el germen de las actitudes que los individuos consideran que los han apoyado en su trayectoria. Así lo cree Luis (22, jardinero): su timidez aparecía como una dificultad para poder desarrollarse en su lugar de estudio y luego de trabajo, pero se ha ido “abriendo” gracias a la ayuda de su familia. O en el caso de Rita (40, dueña de un restorán en Valparaíso) notamos que el grupo familiar aporta con valores centrales para que el individuo pueda cumplir su función dentro de su narrativa particular. Acorde al relato de los empresarios, Rita muestra gratitud respecto a la formación valórica recibida por sus padres, quienes pudieron transmitirle un sentido de la responsabilidad y de la “fortaleza” para “volverse a parar” cuando las situaciones personales han afectado sus negocios. Si este soporte formativo hace referencia al periodo inicial de la trayectoria del individuo, existen otros soportes que han cumplido su rol durante la misma y que han facilitado la realización del rol que el actor cumple en su narrativa. Los *favores* familiares se

encuentran entre los apoyos de este tipo y que por momentos pueden cobrar importancia para sostener un relato. La situación de Celia (29, asistente en una agencia de turismo) representa lo anterior: proveniente de un entorno económico más bien empobrecido, logró estudiar una carrera técnica al tiempo en que trabajaba para financiarla. “Acá como el sistema de educación es pagado, todo *cuesta*”, expresa. Pero la maternidad temprana significó para ella una doble dificultad que sólo la ayuda de su madre pudo subsanar. Ella cuidaba a su hijo mientras ella realizaba sus estudios y continuaba con su empleo. El relato de Araceli (36, auxiliar de aseo) es similar, pero en él la dificultad no pasaba por estudiar y trabajar. Ella tiene hijos que debe mantener económicamente porque el padre de los niños “es un cero a la izquierda”; ella debe “apechugar sola nomás”. El punto es que tiene a sus hijos en un liceo municipal de La Serena y cuando éste se ha ido a paro por conflictos de los profesores o del estudiantado, ella ha debido arreglárselas para dejar los niños en cuidado de alguien, de lo contrario no podría ir a trabajar. Es su madre, nuevamente, la que la ayuda en ese caso y que le permite evitar conflictos con sus jefes. Las relaciones familiares aparecen como un auxilio a veces esporádico, a veces incondicional, en que los sectores que carecen de capital social o de recursos económicos para contener los riesgos pueden encontrar un sostén, en el mejor de los casos.

Más extendido al conjunto del espacio social se encuentra el recurso de la familia como *soporte económico*. Las situaciones en que ello se plantea como opción son diversas. Los momentos más evidentes en que se necesita un aporte externo es cuando el dinero generado por el trabajo se hace insuficiente para cubrir los gastos del hogar. Ello le ocurrió a Manuel (50, técnico jurídico) por varios años: “mantener mi familia, mis cuatro hijos, mi hogar, pagar mis estudios y trabajar a media máquina no era posible. Entonces mis padres me apoyaron, lo mismo que mi hermano y mi hermana”. Para él que se reconoce parte de la “clase media” y su continuo sacrificio, no era opción estudiar con apoyo gubernamental o a través de créditos. Así como mostrábamos cuán relevante puede ser el soporte familiar en sectores trabajadores en el párrafo anterior, ahora podemos enfatizar cómo en el caso de las posiciones intermedias el soporte económico se hace más probable básicamente porque los familiares pueden tener ciertos recursos adicionales, que en los lugares menos favorecidos no existen. Felipe (32, empresario agrícola), quien también se identifica con la “clase media” sostiene que “cuando estás en crisis y estás en clase media, tienes menos apoyos o apoyos diferentes, si te va mal en un negocio, te va mal y quiebras. Punto. Tendrás que buscar a tus familiares que te apoyen, a tu familia”. Ésta se muestra,

entonces, como un *refugio*: según Danilo Martuccelli (2013) los actores sociales buscan, igual que conseguir capitales para administrar sus posiciones, construir diques que contengan las amenazas. La familia puede ocupar ese papel, y no es sólo que ella consista en un espacio de realización de la autenticidad de los individuos, sino que también puede ser entendida como un refugio frente a la inconsistencia posicional, común a todos los sectores (Araujo y Martuccelli, 2012).

Otros relatos que ilustran el apoyo económico por parte de la familia provienen, sorprendentemente, de mujeres separadas que una vez distanciadas de sus ex parejas no pueden sostener por sí solas su hogar –pues eran dueñas de casa o reciben un salario notablemente menor al de sus maridos. Norma (38, ejecutiva en un call-center) cuenta que su ex pareja “me apoya en todo porque sin eso no sé cómo lo hubiera hecho”. En otros casos de sectores medios y trabajadores se repite la misma experiencia (“sola no podría... jamás”). La situación opuesta es la que pueden vivenciar los hombres que financian dos hogares debido a sus mayores ingresos; a partir de esto comprendemos que para Juan (55, empresario) constituya una ayuda a su situación el tener un buen matrimonio, pues ha visto hombres que al separarse pierden solvencia al multiplicar sus gastos.

Existen soportes más predecibles, como es la *herencia*. Ésta es particularmente útil cuando se expresa en bienes raíces: “nosotros tenemos el beneficio que no pagamos dividendo, es una plata que igual se gastan muchas familias”, señala Rigoberto (33, trabajador en call-center). Ya nos referimos en el apartado anterior a lo central que se plantea poder “dar estudios” a los hijos para los padres de sectores trabajadores y medios, lo que puede ser representado como “lo único” que se les puede heredar. Un apoyo también de mayor predictibilidad son las *redes*, que aparecen con casi nula frecuencia en el material analizado. De hecho, esto contrasta con las observaciones de Emmanuelle Barozet (2006) sobre la difusión del *pituto* en la clase media chilena. Si bien es cierto que en muchos de los individuos integrados a nuestro estudio tuvieron como puerta de entrada a sus respectivos empleos a algún familiar o conocido, esto no se reconoce al responder por los soportes de las trayectorias. A nuestro entender esta situación podemos desentrañarla con las palabras de Felipe (32, empresario agrícola). Él participa actualmente de organizaciones gremiales relativas a la industria agrícola en el norte del país. En tales instancias ha ido “tejiendo redes”, lo que él valora especialmente, sobre todo cuando se ha podido traducir en “hacer cosas”. Ahora bien, Felipe sostiene que una cosa llama a la otra y que el establecimiento de redes le ha

beneficiado de algún modo en su práctica empresarial, pero previniéndonos de que “no es por pituto, sino que son méritos logrados”. La oposición entre los logros alcanzados con ayuda de contactos y aquellos alcanzados por mérito es decidora y nos lleva a hipotetizar que la escasa presencia de las redes en tanto soportes reconocidos o visualizados por los entrevistados, se debe a su baja deseabilidad, por cuanto es moralmente cuestionable desde el punto de vista del mérito.

En otro punto relevante, encontramos que un tercer apoyo previsible es el otorgado por organismos públicos, como el gobierno o los municipios. A propósito de este soporte, hallamos experiencias de distinto tipo. Como exhibimos en los Antecedentes, la trayectoria a la modernidad en Chile ha estado en las últimas décadas signada por un modelo económico de neoliberalismo corregido, con un régimen de bienestar residual que ha tendido a ampliar su cobertura hacia sectores vulnerables de la población (Larrañaga, 2015). El aporte estatal a las condiciones de vida se ha expresado, por precisar un ámbito, en la política habitacional. Sobre todo en los sectores trabajadores, la recepción de subsidios ha permitido el acceso a la propiedad de viviendas que son habitadas por ellos mismos, o que han sido vendidas con el tiempo. Si bien estos beneficios existen, encontramos que varios de los entrevistados alegan “falta de información” respecto a las prestaciones y transferencias que pudieran recibir, por lo que se han mantenido alejados de las redes de apoyo estatales. En esto también tiene un papel interesante el sentido de la dignidad de ciertos individuos de sectores trabajadores o intermedios que se niegan a buscar un soporte en Estado. “Qué voy a andar pidiendo”, dice Araceli (38, auxiliar de aseo); la vergüenza por admitir la urgencia frente al entorno cercano o al Estado, constatada por Arteaga y Martuccelli (2013) para el caso chileno, puede aumentar el aislamiento del individuo en términos de su bienestar.

El rol que juega la “propiedad social” –así denominamos a este soporte anteriormente, junto a Castel (2010)- en las narrativas es a lo menos conflictivo. Como vimos al describir la evaluación que hacen los sectores medios de sus narrativas, en ellas el apoyo público en términos de transferencias o de servicios se encuentra más bien ausente, cuestión que los mismos individuos reconocen al graficar su estado de soledad respecto al manejo de su posición. Decíamos en páginas anteriores que se ha interpretado que la privatización de los servicios sociales ha motivado este aislamiento en los sectores medios (Boccardo y Ruiz, 2014). En torno a ello, nos cuenta Teresa (48, empleada en una Isapre) que “personalmente, yo no me siento favorecido en el gobierno, en nada. Ni el anterior, ni este, ni lo que puedan venir. Entonces, uno tiene que

arreglárselas por uno mismo nomás”. Esta perspectiva la encontramos en muchos individuos; no podemos dejar de notar la resignación que viene después de la crítica. En otros términos, a la responsabilización por su bienestar se logran adaptar los individuos debido a la resignación; la alternativa “colectiva” de hacer común la crítica, principio de lo que Jon Elster entiende por *conciencia de clase* (1986), cede ante la lucha por posiciones en los sectores medios.

Los empresarios, por su parte, tienen una relación aún más conflictiva con el apoyo público. María Isabel (52, dueña de una consultora) comenzó su empresa gracias a un capital semilla aportado por el Estado, lo que redundó en su gratitud por ese envío inicial. En ese sentido, los “emprendedores” pueden encontrar en el Estado una fuente importante de recursos cuando los individuos no cuentan con otros soportes –ahorros, herencias, inversión de cualquier fuente-, pero eso no obsta que puedan situar en sus narrativas al Estado como un ente que “castiga” el emprendimiento, derechamente como un oponente a la trayectoria heroica de quien busca establecer su propio negocio. Este punto lo analizaremos más en detalle en la siguiente sección dedicada a los oponentes y las dificultades que los individuos reconocen en sus relatos. Valga proponer respecto al papel del Estado en los mismos que tiene un rol difuso en las narraciones: apoyo para trabajadores y emprendedores en forma de subsidios; ausente para los sectores medios, echándose en falta; explícitamente un obstáculo para los empresarios. Estos papeles diversos pueden parecer caricaturescos y en extremo sumarios, aunque logran condensar el lugar narrativo otorgado a dicho soporte.

Ahora es preciso introducir un punto central desde nuestra óptica, particularmente sobre las consecuencias que tiene para el análisis de la individualización y las pruebas posicionales en el contexto chileno. Si en los párrafos anteriores pudimos dar una cierta idea sobre el *stock* de soportes que manejan los individuos para sus distintas funciones narrativas –para mantener una estabilidad financiera suficiente, dar lugar a un ascenso social, hacerse dueño de un negocio-, cabe apuntar hacia otro soporte, muy difundido en todas las posiciones del espacio social, que ya no hace referencia a elementos externos a los individuos, sino que a componentes internos. La imagen de *individuo soportado en sí mismo* (Martuccelli, 2010a) se presenta en todos los sectores considerados y tiende a establecer una jerarquía en los soportes en que el propio actor aparece como el apoyo más importante en su trayectoria. ¿A qué nos referimos con estos soportes internos? Como propusimos en el Marco teórico del estudio, aludimos principalmente a las

disposiciones (tendencias) o las competencias (capacidades) que los individuos atribuyen como propias y centrales para estructurar la narrativa de sus trayectorias. Separaremos ambos elementos para dar cuenta del modo en que son entendidos como soportes:

- i) **Disposiciones individuales:** las tendencias que aparecen como apoyos en las narrativas se refieren principalmente al empuje, las ganas, el “salir adelante”, entre otras. La relevancia de ellas aparece en todas las posiciones, sin distinción. El ejemplo de Pedro (64, temporero agrícola) muestra una situación límite: su trabajo por temporada tiene una paga diaria cuyo monto depende de la rapidez con que los trabajadores puedan realizar sus labores dentro de la jornada. Es un rubro en que la figura del individuo sostenido en sí mismo aparece por fuerza, pues las condiciones de trabajo empujan a esa individualización. Cuando Pedro menciona que su principal ayudante es “el puro empeño, la pura mente de que hay que salir adelante” da cuenta de esta carencia de soportes externos, ante lo que en perspectiva asomaría él mismo como su sostén principal. Jorge (62, carpintero) expresa que al conocer la viudez “salí solo adelante nomás, nadie nos ayudó... Si uno no se mueve, quedas enterrado”.

El movimiento propio y la soledad del individuo en esa tarea permean nítidamente los relatos, tal que aparece en tanto soporte y también como imperativo. Amparo (51, maquinista textil) confiesa lo siguiente: “yo me doy fuerzas. He pasado muchas cosas y en todas he salido adelante sola”, indicando así que un *enunciado fáctico* (he salido adelante sola) muta en uno *normativo* (debo salir sola adelante). La disposición a superar las dificultades es central, pero en la medida en que es poseída por el sujeto de la historia.

Este soporte está muy presente en los relatos de los empresarios, por otra parte. Su narrativa, sostuvimos, sigue una trama romántica en que ellos mismos se atribuyen el rol de superar problemas constante e individualmente, con lo que se celebra una representación heroica del empresario. Dicha trama se refuerza en la centralidad que cobra el soporte disposicional para sus trayectorias: Óscar (45, dueño de una empresa financiera) sostiene que el apoyo más importante en su camino han sido su “actitud, las ganas de tener más y ser más”. Es decir, la propia función del actor en su narrativa pasa a ser considerado un apoyo: es la recursividad de esta figura del individuo soportado en sí mismo. El mismo Óscar expresa otro elemento de este soporte al creer que tiene una “forma de pensar como súper anormal” por sostener que la actitud es lo que define la

trayectoria de una persona; esta postura tiene amplia difusión, pero pareciera ser que los individuos no reconocen en ello una creencia compartida. Es decir, este “apoyarte en los ánimos, porque *vamos que se puede*” (Rita, 40 años, dueña de un restorán) no sólo es experimentado individualmente, sino que los individuos no reconocen cuán compartida es esa situación.

ii) Competencias individuales: individuos de todas las posiciones consideran que el lugar que ocupan actualmente y la ruta que han seguido para ello se debe en gran medida a las capacidades que ellos han mostrado para enfrentar las dificultades propias de cada narrativa. Las competencias mencionadas en los relatos son variables, pero hay una que se presente como la más frecuente y la más significativa: la *resiliencia*. Suerte de aptitud vital, forma parte imprescindible del individuo soportado en sí mismo, lo que puede deberse a que el motivo romántico se encuentra en las narrativas de trabajadores, sectores medios y empresarios: todos ellos comparten una valoración de la resiliencia, aunque ella juegue un rol distinto en cada trama. Es decir, si bien es un soporte generalizado, se decanta de manera distinta en las tramas, lo que podemos graficar comparando dos casos. El primero es el de Mario (50, albañil), quien menciona al respecto: “trabajé de muy niño y eso me ayudó a aprender y ver la vida diferente. Sé que estoy en una situación así, que algún día tiene que superarse. No es cosa que me voy a dejar morir, no, no me dejo”. La función de la resiliencia para él es, acorde a la narrativa de los trabajadores, permitir la supervivencia en un entorno hostil. En cambio, Felipe (32, empresario agrícola) sostiene textualmente que sus *competencias genéricas* han sido su mayor soporte, que se refiere a “las conductas, los hábitos. Creer en lo que haces, mojar la camiseta. Tiene que ver mucho con una filosofía, una forma de vida basada en el pensamiento positivo”.

Su capacidad para enfrentar problemas lo diferencia de otros empresarios que no hacen uso de la resiliencia, de la capacidad de encontrar lo positivo en las situaciones de dificultad. En el relato del empresario, entonces, dicha competencia permite superar las frustraciones para no abandonar el negocio que se lidera. La supervivencia en este caso sería de la empresa y no de la posición del individuo, como ocurre en la narrativa de los trabajadores, pero en ambas la resiliencia aparecería como una bisagra entre el éxito y el fracaso. El relato de María Teresa (55, pequeña agricultora) es elocuente: “te puedes frustrar, pero tienes que pararte y seguir y seguir, porque yo encuentro que si uno no es

perseverante con uno mismo, de no *creerse el cuento* de que si realmente se puede y se quiere, se logra, nadie lo va a hacer". La perseverancia es otra condición para que el actor realice su función narrativa, la que se vivencia nuevamente de forma individual. Lo que queda en la oscuridad es de dónde provienen estas competencias y por qué motivo los individuos consideran que no les queda alternativa que superar las frustraciones para seguir en su trayecto, es decir, por qué esta dimensión actitudinal tiene mayor jerarquía en las narrativas que otros factores, de tipo relacional.

Si pudiéramos sintetizar este apartado sobre los soportes de las trayectorias, mencionaríamos lo siguiente: la elección de los soportes de las trayectorias tiene características comunes a todos los individuos, aunque ellos juegan un papel distinto de acuerdo a la narrativa de que se trate. En líneas generales, es posible sostener que la familia aparece como el principal soporte externo a los individuos, entregando apoyo en la formación de las personas, en la entrega de favores y en la ayuda económica cuando se presentan necesidades. El apoyo público es experimentado diferencialmente en las distintas posiciones y se presentan serias ambivalencias sobre el rol que tendría en las narrativas: apoyo efectivo, apoyo ausente, oponente de las aspiraciones individuales. Por su parte, y al mismo tiempo en que se reconoce la centralidad de la familia en tanto apoyo, se encuentra generalizada la imagen del individuo soportado en sí mismo, particularmente en sus disposiciones (empuje) y competencias (resiliencia). Se hace evidente que los soportes relacionados a las redes ajenas a la familia (conocidos o amigos) o bien a las condiciones de privilegio de ciertos actores (en términos de capital simbólico o prestigio, o de condiciones ventajosas en general), tienen una presencia muy menor en los soportes *que los individuos reconocen como tales*.

De acuerdo con la observación que realizamos al final de nuestro Marco teórico al respecto, nuestro foco está puesto en cómo se estructura la trayectoria social de los actores en un sentido narrativo; no buscamos verificar si los hechos o los elementos de su historia realmente aparecieron como ellos lo cuentan. Sin embargo, sí podemos suponer que tanto las redes como desenvolverse en un ambiente de privilegio influyen sobre el curso de las trayectorias, entonces la cuestión es por qué su presencia es tan leve en los relatos. La respuesta a ello, podemos aventurar, se encuentra en la narrativa en que se sitúan los actores plantea sus propios criterios

evaluativos, a partir de los cuales los individuos distinguen los elementos moralmente correctos de los incorrectos.

Así, en la narrativa de los sectores medios es insostenible interpretar que en la propia trayectoria han tenido un rol fundamental los contactos y la herencia (económica, cultural) de los padres, pues ello atentaría tanto contra el relato que hacen suyo y que circula para dar solidez a su identidad en tanto grupo. Lo mismo ocurre con los empresarios, quienes destacan la pasión y la capacidad de vencer la frustración como los factores principales de su trayectoria. Frente a estos valores, el *pituto* pasa a ser un soporte contrario a su idea de mérito, a la identidad del *self-made man* y del individuo sostenido en sus disposiciones y competencias. La posición favorecida en que comienzan ciertos empresarios es trasladada a un origen sacrificado, en una familia de esfuerzo. Con esto queremos argumentar que para los individuos no es posible reconocer ciertos soportes porque sus narrativas establecen los apoyos que pueden considerarse efectivos y correctos. La difusión de la figura del hombre auto-sostenido, sostendremos luego, hace *invisible y moralmente inaceptable* el reconocimiento del papel del poder –la desigualdad, el poder político, etc.- en la propia trayectoria, la que aparece entonces como sostenida en el aire, carente de condicionantes estructurales. Todo lo anterior lo graficamos en el siguiente cuadro:

Cuadro 1: Los soportes de las trayectorias sociales de individuos de distintas posiciones sociales en Chile (factores internos y del entorno)

Evaluación / Soportes	Factores internos	Factores del entorno
Positiva	Individuo soportado en sí mismo (empuje, resiliencia)	Apoyo de los cercanos (emocional, económico)
Negativa	Individuo carente de soportes (no creerse el cuento, echarse a morir)	Apoyo de los cercanos (oportunidades, pitutos)

b) Los obstáculos a las trayectorias y el papel negativo del poder

Al contrario de lo que ocurre con los soportes, al referirnos a los elementos que los individuos reconocen como obstáculos o como puntos en que el curso de la trayectoria tomó una dirección evaluada negativamente por los mismos, encontramos que estos “opponentes” se diferencian de mayor manera según la posición y los recursos de los actores. Esto es: si los soportes eran

identificados por la mayor parte de los individuos en determinados elementos (la familia, las actitudes, etc.), en el caso de los obstáculos no se presenta tal homogeneidad, pues las dificultades que experimentan unas y otras posiciones son efectivamente distintas, lo que multiplica la cantidad de vivencias y objetos que han obstruido incidentalmente la función de los actores en su relato. A pesar de corresponder de mayor manera respecto a cómo se distribuyen los recursos en el espacio social, existen ciertamente dificultades extensivas a un conjunto de posiciones dotadas de cantidades distintas de capitales. Partiremos por ellas. Un hecho especialmente complejo para los sectores trabajadores, tal como lo expusieramos al referirnos a la evaluación de sus narrativas, es carecer de un nivel educacional suficiente para lograr sus fines. Analizamos ya que ese es un punto que causa particular frustración. El “no tener cartón” cierra oportunidades y determina estrictamente, en la perspectiva de los sectores trabajadores, su vida actual. Haber llegado hasta “cuarto medio *nomás*” llevó a Araceli (36, auxiliar de aseo) a “tomar lo primero que se le presentó”, con lo que expresa que no sólo se vieron restringidas sus aspiraciones, sino también su posibilidad de elegir, por ejemplo, el área en que desempeñarse. Pedro (64, temporero agrícola) cree que “es 100% más fácil cuando la persona tiene estudios. Yo mismo si hubiera tenido estudios, hubiera sido técnico agrícola”, pero “no habían medios” para poder seguir adelante y terminar su educación básica.

Pero los obstáculos por un nivel educacional insuficiente no sólo suceden en los sectores trabajadores, sino también en posiciones con mayores recursos. En ocasiones individuos sin estudios universitarios han tenido que arreglárselas para conseguir sus aspiraciones con las dificultades que plantea esa falta, o bien los ha llevado a realizar sus estudios ya mayores. Así, Juan (55, dueño de empresa de aseo) montó su empresa luego de haber trabajado por casi dos décadas en una empresa extranjera. Durante ese empleo, y esto ya lo comentamos, nunca reveló su falta de profesión, sino que sostenía haber estudiado administración de empresas. Óscar (45, dueño de empresa financiera) tuvo una historia similar haciendo carrera como vendedor en diversas compañías. Cuando estaba listo para entrar a un empleo que podía traerle mayores ingresos se dieron cuenta –sin que él lo explicitara– de que no tenía título profesional. La frustración lo llevó a estudiar una carrera vespertina para llenar ese vacío. En ambos casos se muestra cómo en posiciones que requerirían credenciales para lograr alcanzarlas, la falta de éstas debe ser compensada. Tanto Juan como Óscar luego comenzaron sus empresas respectivas, un

ámbito en que precisamente no es necesario contar con credenciales académicas. Estos obstáculos se refieren a la formación y las competencias individuales.

Otra que asoma como una dificultad que ciertos individuos reconocen en su trayectoria es la desorganización de la economía familiar: cómo la incapacidad propia de llevar con orden las finanzas del hogar es un problema que Amparo (38, auxiliar de aseo) encuentra en sí misma. No saber de economía es para Manuel (50, técnico jurídico) una razón para explicar su continuo endeudamiento; también le permite interpretar cómo es que su hermano tiene una mejor situación, pues él sería más ordenado y planificador con su dinero. Pero lo de Manuel se debe a lo siguiente: “si mis hijos quieren esto, yo no puedo controlar el gasto. De cierta forma me siento consumista, entonces eso me lleva a los descalabros económicos a veces en el presupuesto familiar”. El consumismo es un oponente frente a un individuo que no busca sólo la satisfacción personal en él, sino que responder a las expectativas de sus hijos al respecto. El endeudamiento se asoma como una alternativa amenazadora, que puede desestabilizar la situación económica de las personas. O ser una condena con que los individuos deben cargar, como ocurre con Luis (22 años, jardinero) y su deuda universitaria por una carrera que no finalizó. La necesidad económica de “ser el hombre de la casa” y la falta de gusto por su carrera lo llevaron a desertar, y hoy trabaja en parte para pagar una deuda que no le entregó ningún rédito. Ahora bien, a la hora de comprar una casa o de financiar sus estudios, individuos con distintas condiciones sociales encuentran en el endeudamiento una oportunidad para cumplir sus metas. Rocío (45, empresaria agrícola) encuentra obvio haber recurrido a un crédito hipotecario en la medida en que ella, de altos recursos, no se ha “ganado el Loto todavía”.

La formación educacional y la organización personal son dos factores internos del individuo. Los oponentes que describiremos en adelante son de carácter externo y se relacionan a ámbitos más bien diversos. En cualquier caso, debemos apuntar que el posicionamiento que el vínculo que los individuos tienen con estos obstáculos externos no es sólo de oposición, sino que también de dominación: ellos se plantean como aptos sólo para aminorar su impacto, para manejarlos dentro de ciertos límites, pero no son capaces según el relato de eliminar o trastocar el origen de dichas dificultades. Por esta razón los *oponentes* de los individuos corresponden al mismo tiempo al *poder* en los relatos. El primer término denomina los factores que, según la narración, influyen de manera incidental en el curso de la misma, mientras que el segundo

corresponde a factores cuya constante presencia moldea la dirección del relato de manera generalizada, extendiéndose a la totalidad de la narrativa y no sólo a momentos particulares (Labov, 1997). Ejemplos de oponentes serían entonces eventos circunstanciales: enfermedades, decesos, separaciones, entre otros. Incluso, de acuerdo a la trama que se articule en la narración, estos obstáculos pueden plantear desafíos que los actores de la misma deben superar. En cambio, el poder alude a condiciones que son reconocidos por el sujeto como invariables, o cuya influencia pasa desapercibida incluso debido a su naturalización.

Así, para graficar la distinción, en *Hamlet* de Shakespeare se plantea para el protagonista un claro oponente: su tío Claudio que asesinó secretamente al padre de Hamlet, haciéndose del trono danés y desposando a su madre, la reina. La historia se mueve de acuerdo al conflicto entre Hamlet y Claudio, derivando en una trama de tipo trágico en que se presencia la decadencia de la realeza y del propio protagonista. El poder en ese relato sería, entonces, la existencia de una realeza en el que el trono se traspaşa según vínculos familiares; de relaciones de servidumbre entre distintos estamentos, etc. Estos elementos forman parte del trasfondo institucional que posibilita el conflicto narrativo, pero sin ser problematizado en cuanto a su influencia. Ya en relación con el material analizado en nuestra investigación, podemos sostener que los oponentes de la mayor parte de las trayectorias coinciden con el poder, con condiciones que operan con independencia de la voluntad individual. Esto contradice la propuesta de Zygmunt Bauman que aludimos al fin de nuestro Marco teórico, según la cual los procesos de individualización llevarían a una desaparición de los elementos estructurales en las narrativas biográficas, tal que ellas aparecerían desligadas de las determinaciones sociales. Los responsables entonces de los eventos biográficos serían los individuos: los protagonistas de sus relatos, culpables de su éxito o fracaso. En los relatos analizados los elementos estructurales relativos al poder no desaparecen de las trayectorias individuales, sino que ellos influyen sólo *negativamente* sobre las mismas, en forma de oponentes. Más aún, podemos decir que en las narrativas de los individuos en Chile el poder está muy presente, pero ocupando el lugar del oponente sin plantearse como tal (como “enemigo”) al ser naturalizado. También, en ciertos casos, aparece pero *personificado* en individuos particulares, sin mayores abstracciones.

Los elementos que ocupan esa función narrativa varían según las posiciones que tomemos como centro. En los sectores trabajadores, por ejemplo, la *discriminación* es un suceso que se vive

con pesar y con frecuencia. Celia (29, asistente en una agencia de turismo) decidió por esa razón cambiarse desde la comuna en que vivía, Puente Alto, a Recoleta, comuna en que no se experimenta según ella una estigmatización. “Vivir en una población” ha sido un lastre no sólo para ella, sino también para sus amigos y cercanos que han visto como automáticamente en entrevistas de trabajo se les han cerrado oportunidades debido al estigma. Celia también considera que el hecho de ser madre soltera le ha dificultado conseguir empleos y ya trabajando le ha planteado problemas para conciliar su jornada laboral con el cuidado de su hijo. Siente por ello que ha sido discriminada y cuenta con frustración que cuando le comunicó su actual embarazo a su jefe, éste respondió de mala manera, haciéndola “sentir culpable”.

En otra situación distinta, Rigoberto (33, trabajador en un call-center) se movió desde su trabajo como guardia hasta su lugar actual debido a que se sentía discriminado en los bancos al pedir servicios financieros por la inestabilidad laboral de los guardias de seguridad. Se encuentra estudiando una carrera técnica para abandonar definitivamente ese tipo de escenarios de discriminación y de inconsistencia posicional. Estos casos revelan que existen elementos que inciden en momentos particulares de las trayectorias y que cumplen con ser oponentes a los fines de los individuos, pero éstos responden con conformidad respecto a los mismos en lugar de buscar acabar con ellos: si el banco te discrimina, él se transforma en un oponente invencible, pues al individuo no le queda alternativa que buscar una vía de acceder al crédito *sin que lo discriminen*. Es un ejemplo de un oponente cuyo poder evita que aparezca como *enemigo*. Lo mismo ocurre con Celia, pues a ella le gustaría que los empleadores fueran “más empáticos” con sus trabajadores, cosa por la que ella no puede hacer nada, de acuerdo a su rol narrativo relacionado a la resistencia. Pero en su caso se muestra también cómo se personifica el ejercicio del poder de modo que no hay categorías ni generalizaciones tras las actitudes individuales, en este caso de los patrones.

Existen otros factores que afectan negativamente las trayectorias de los sectores trabajadores. Mario (50 años, albañil) tiene como jefe a un contratista que le cobra una comisión importante de lo que recibe por su trabajo, siendo que él no participa del mismo. Mario no tiene contrato, “no hay nada, ni siquiera me pasan herramientas”, por lo que debe disponer de sus propios medios de trabajo. La insatisfacción con esto lo lleva a sostener que “la persona” que tiene poder en un momento determinado “se aprovecha”, pasando por encima de los demás. Quien se

opone con toda evidencia a que su paga sea mayor es su contratista, a quien personifica como el poder mismo, frente al que no mucho que hacer más que seguir trabajando. Va a buscar una “peguita más estable” para sortear esas dificultades. Ya en los sectores medios, vemos que también existen dificultades relacionadas al trabajo ante la que el individuo debe adecuarse para poder superarla: uno es el del *chaqueteo*, actitud difundida en realidad a todos los sectores (Araujo y Martuccelli, 2012), y a la competencia dentro del lugar de empleo. Sobre esto último Cristina (35, abogada) que en su profesión “se exige mucho, tienes que estudiar todos los días, todos los días. Si dejas de estudiar, el otro te gana. Y en el plano social los abogados también se joden entre ellos, entonces es difícil”. Si bien Cristina no está de acuerdo con la competencia encarnizada de su rubro, no quiere que “le ganen”, por lo que sigue los cursos de acción necesarios para ellos. El oponente nuevamente se naturaliza transformándose en poder que domina la función el individuo en su trayectoria. La narrativa aspiracional que guía su relato (ella se entiende como una viva muestra de que “se puede” salir adelante pese a no tener recursos) exige la conformidad frente a las reglas de su campo, en el que ella quiere encontrar una mejor posición constantemente.

Un caso excepcional en que se combina una posición intermedia con una narrativa aspiracional y una problematización del poder se encuentra en la historia de Ana María (55, secretaria ejecutiva), quien desde su juventud ha participado en organizaciones civiles y que hoy lidera el sindicato de la empresa en que trabaja. Ella es empleada de un banco, pero se encuentra subcontratada a través de una segunda compañía; esto le impide acceder a múltiples beneficios que poseen los empleados legítimos del banco y la relega a ella y a sus compañeras a ser una trabajadora “de segunda categoría”. Identifica a la organización que la emplea como un obstáculo frente a la situación que ella querría tener. En su relato se muestra cómo, pese al gran poder que tiene el banco en que trabaja, se construye un oponente *más aprehensible*, alcanzable por la acción del individuo e independiente del poder que la compañía tenga. El relato de Ana María indica que es perfectamente posible una narrativa en que los elementos extra-individuales de la trayectoria –las condiciones de trabajo, la distribución del poder social, por nombrar algunos factores- aparezcan encarnados en oponentes que sí pueden vencerse, y no necesariamente obedecerse. Esta oposición, la construcción de un actor que no sólo obstaculiza la realización de los propios fines, sino que constituye un enemigo a vencer, sería lo propio de *lo político* (Laclau y Mouffe, 1987), elemento ausente en la mayor parte las narrativas. La subjetivación, según la

definimos más arriba (Martucelli, 2007) como el momento positivo de la dominación, pareciera no tener lugar cuando consideramos la función del actor en las distintas trayectorias consideradas²².

Un componente que también se considera parte de los oponentes externos a los individuos, se encuentran en los *eventos medioambientales*. El lugar de los desastres naturales es lógicamente uno importante si se considera la frecuencia con que el país se ve azotado por ellos, desde terremotos, maremotos, aluviones, incendios, entre los principales. El que ellos se atraviesen en la trayectoria del individuo, modificando los recursos de que dispone, depende por cierto del azar, pero también de la posición que ocupe en el espacio social, pues suelen afectar especialmente a los hogares más vulnerables, por ejemplo, por la resistencia que presentan sus viviendas. La historia de Pedro (64) muestra lo que decíamos. Antes del terremoto de 2010 él vivía en una zona rural del país, donde trabajaba (aún lo hace) como temporero. Residía en una casa heredada por sus padres, que quedó severamente dañada por el evento. Quedó inhabitable. Tuvo que demolerla y recurrir a su hermana para vivir en algún lugar. Estuvo alojando en la casa de ella con las familias de ambos viviendo en una sola habitación durante 15 meses. Luego, entre subsidios y ayudas de sus “compadres” logró construir una nueva vivienda para establecerse ahí.

Los eventos ambientales, como vemos en el relato de Pedro, movilizan soportes de manera urgente, pues ellos exponen a determinados individuos a un estado de máxima indefensión respecto al uso posible de sus recursos. En el caso mencionado se busca la familia para contener el desastre personal que ha implicado el terremoto; también la colaboración entre amigos o vecinos se activa de ser posible. Ahora bien, existen otras situaciones medioambientales que pueden desestabilizar la posición de los individuos: en la agricultura se vive el constante riesgo de que las condiciones naturales atenten contra la producción. Esto afecta, por cierto, a pequeños productores como a empresarios. Rocío (45) maneja una empresa familiar dedicada al rubro agrícola y sostiene que siempre espera “que no vaya a helar para que no se nos queme la fruta”, aunque “tienes que asumirlo como parte del riesgo del negocio, son parte del juego”.

Es decir, al ser una situación que no es predecible, al actor sólo le queda “asumir el riesgo” y hacerle frente con previsión y cálculo. Es interesante notar que incluso los eventos naturales y

²² Esta aseveración debiera matizarse teniendo en cuenta el sesgo metodológico que poseen las entrevistas en los siguientes términos: en ella se propicia un diálogo reflexivo, en que el individuo enfatiza antes sus experiencias que sus críticas. Para apuntar a esto último los métodos grupales pueden ser más adecuados.

sus consecuencias potencialmente desastrosas son experimentados por los individuos según las características de la narrativa común a la posición que ocupan. En los relatos de los trabajadores, vimos que el rol del actor es resistir en su posición y luchar por el bien de los suyos; en ella la solidaridad es crucial al generar soportes familiares. Tal solidaridad también se actualiza cuando ocurren eventos inesperados, como es una enfermedad o un desastre natural: sin el apoyo del entorno más cercano el individuo pareciera no tener forma de resistir, ante lo que también juega un papel crucial los soportes del Estado y las organizaciones que ayudan a “salir adelante”. Todo ese relato es incluso explotado por los medios de comunicación para resaltar el esfuerzo de superación de biografías particulares.

Por otra parte, para la narrativa empresarial los eventos naturales pueden constituir claramente una amenaza, pero en su trama ellos se convierten en posibilidades ante las que el individuo debe tomar una actitud proactiva, nunca pasiva. Hay que anticiparse y si ya no se pudieran evitar los efectos, cabe tomar la vía de las soluciones acudiendo al valor de la resiliencia²³ y la capacidad de “levantarse” luego de la catástrofe. Desde esta épica podemos comprender que un empresario devenido filántropo, Felipe Cubillos, haya creado luego de terremoto de 2010 en Chile una organización dedicada a entregar ayuda a los damnificados por el suceso. El nombre de ésta, “Desafío Levantemos Chile” condensa de manera magistral el modo en que se incorporan los oponentes medioambientales a las experiencias del empresario: el terremoto planteó un desastre ante el que el individuo no puede rendirse, con lo que aparece un “desafío” que impulsa a “levantar” un país desde la voluntad. Sin querer juzgar, por cierto, la obra de tal organización, vemos en ella una expresión pura de la narrativa empresarial y su manera particular de aprehender los problemas que para otros individuos representan básicamente desastres cuya ocurrencia se vive como tal. De hecho, las biografías que se han realizado sobre el mismo Felipe Cubillos muestran cómo se le valora en torno a una narrativa romántica, en la medida en que se le considera un héroe cuyo mérito habría sido lucha contra las adversidades:

²³ La frecuencia con que ocurren desastres naturales en el país ha posibilitado la circulación de un relato plenamente romántico para caracterizar la identidad nacional: Chile sería un país “resiliente” que no sólo habría sabido levantarse de sus múltiples tragedias, sino que también tendría el mérito de haber “aprendido” de ellas (González, 2015). La *analogía estructural* entre esta imagen de la nación y la narrativa romántica de los empresarios nos permite entender el rol privilegiado que se les ha entregado culturalmente en las diversas tareas de reconstrucción.

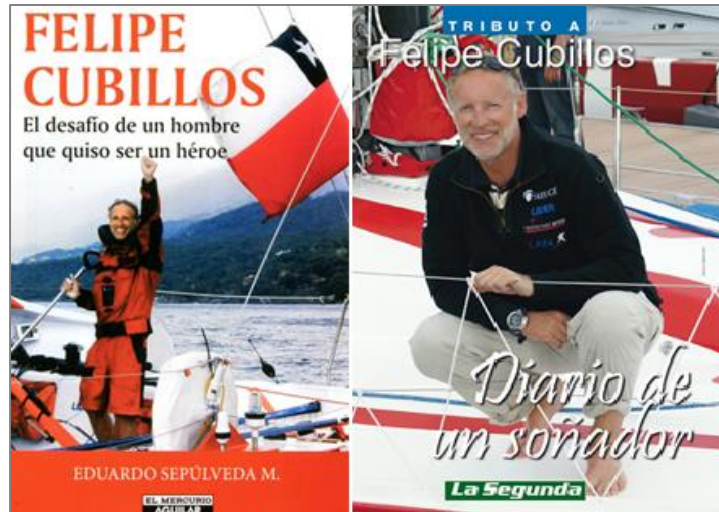


Imagen 1: Ejemplo de la narrativa romántica en la figura del empresario

Ya centrándonos exclusivamente en las dificultadas de las trayectorias de los empresarios entrevistados, es preciso resaltar que en sus relatos es probablemente el Estado el elemento que es más comúnmente situado como un oponente directo para sus fines, si bien mencionábamos en el apartado anterior que puede también ser un soporte en el caso de empresas que reciben fondos o facilidades para su desarrollo. Respecto a lo primero mostraremos el relato de Inés (68). Ella es dueña en un mínimo porcentaje de una empresa agrícola de tipo familiar; los dueños de y su mayor parte son sus hijos, pues su ex marido contrajo una enfermedad que le obligó a traspasar tanto el manejo como la propiedad del negocio. Inés trabaja en el mismo como gerente, compartiendo en los hechos la dirección de la empresa con sus hijos. Para ella constituye, empero, una gran traba el límite que pone el Estado a los sueldos de los dueños de empresas, el que está cercano a un millón y medio de pesos. Ese “tope” no puede traspasarlo porque para hacerlo debiera retirar utilidades y, por ende, pagar impuestos a la renta –cuestión que no está dispuesta a realizar. Agrega que “con la reforma tributaria se viene peor todavía. Es más dañino aún para la empresa familiar”. Inés expresa de este modo un sentimiento común al empresariado de ver en el Estado y particularmente a los impuestos como una carga arbitraria, una imposición a la que el individuo no debe obedecer. Así también lo entiende Felipe (32, empresario agrícola), quien se denomina como un “emprendedor”. Para él tener que gastar por servicios sociales “que los pobres no pagan” y los impuestos a la renta constituyen no sólo un oponente, sino que un *castigo*: “tú emprendes, te va un poco mejor y tributas más inmediatamente. Pasaste de ser arrendador, juntaste platita para una casa y te castigan. Es complejo, es raro, te castigan”.

El Estado aparece entonces como un ente arbitrario, incomprensible que penaliza la iniciativa individual e incluso el esfuerzo propio. Es posible interpretar lo anterior a la luz de régimen de bienestar imperante en Chile, descrito a grandes rasgos en los Antecedentes: la inexistencia de una “propiedad social” de tipo universal, expresada en servicios públicos o en una protección extensiva al conjunto de la población es la consecuencia de la focalización del gasto social. Entonces para posiciones con mayores recursos a los requeridos para recibir beneficios de algún tipo se les grava, desde su perspectiva, *sin retribución*. De ahí probablemente la apariencia arbitraria, no justificada de los tributos. Esta no es una imagen exclusiva de los sectores empresariales, sino que también se presenta en las posiciones intermedias, como ya señalamos al describir el rol confuso que juega el Estado en sus relatos. Si en unos casos él es reconocido como un apoyo ausente, que se echa en falta, en otros se repite el lugar que le asignan los actores empresariales en la forma del ente castigador. Cristina (35, abogada), que ocupa una posición privilegiada dentro del sector medio, sostiene que la “clase media somos de las personas a la cual el Estado le *saca la cresta*. No nos ayudan por ningún lado, nos *chupan la plata* hasta más no poder. Si bien es cierto la carrera te da una solvencia económica buena, te quitan mucho los impuestos, no te dan beneficios. Cuesta mucho ser de clase media”. Su perspectiva es similar a la presentada por Felipe, repitiendo de ese modo la visión del empresario al respecto.

Para cerrar este punto sobre los obstáculos de las trayectorias y el lugar del poder en ellas, parece pertinente recapitular nuestras observaciones: en los relatos individuales surgen oponentes de tipo interno (competencias, actitudes) y externos. Estos últimos se refieren principalmente al poder, a obstáculos que se plantean como independientes de la voluntad individual y que los actores deben superar bien conformándose, bien adaptándose a las condiciones impuestas por tal poder. En concreto, los oponentes internos reconocidos por los individuos se refieren a la falta de formación o de actitudes necesarias para organizar de manera eficiente los recursos propios. Por su parte, describimos con mayor extensión los soportes externos, más presentes en las entrevistas. Recordemos que los principales soportes identificados por los individuos, independiente de sus posiciones, fueron las relaciones familiares y las aptitudes de los propios actores; en el caso de los oponentes, se nos muestra que los de carácter externo son los más relevantes. Tenemos entonces una imagen de un “adentro” que apoya y un “afuera” que amenaza o que atenta derechamente contra la posición ocupada por los individuos:

discriminación, condiciones laborales hostiles, desastres naturales, impuestos injustificados, falta de apoyo público. Volveremos sobre esta reflexión en las conclusiones; por ahora será suficiente constatarla. Cabe reiterar que estos oponentes externos, según analizamos, se tienden a confundir con el poder en las narraciones, apareciendo como elementos los actores no buscan eliminar no modificar en la realidad, sino que más bien ellos deben arreglárselas para continuar con su función en condiciones estructuralmente hostiles a la misma.

3. ¿Quién es exitoso y quién fracasa en Chile? La narrativa imaginaria del hombre soportado en sí mismo

En los momentos anteriores del análisis hemos tomado como objeto las trayectorias individuales en el espacio social, las diversas experiencias posicionales y el modo en que ellas son relatadas por las personas haciendo uso de distintos recursos narrativos. Teniendo como punto de vista el espíritu de las “sociologías del individuo” hemos intentado seguir su premisa: relacionar la biografía de los actores con los procesos estructurales en que se enmarcan. La pretensión de tal ejercicio es interpretar las experiencias particulares *desde* factores sociales que escapan a la voluntad e incluso a la consciencia de los individuos, pero también echar luz sobre el modo en que estos factores son entendidos *a partir* de lo que las personas experimentan, creen y relatan. En lo que sigue nos saldremos del foco desarrollado hasta este punto y pasaremos a analizar lo que los individuos perciben no en torno a su propia trayectoria, sino que respecto a la de los otros. Nuestra hipótesis básica es las trayectorias individuales se tienden a estructurar narrativamente, con lo que el individuo se identifica con un rol, una función dentro de una trama determinada. Sostenemos ahora un argumento adicional, a saber: existe una *narrativa imaginaria* referente a un individuo en abstracto en que se estructura una trama particular con un rol asignado a dicho individuo. Éste contaría con elementos de diversa índole que explicarían el *éxito* o el *fracaso* de su trayectoria. En las entrevistas analizadas se les preguntó directamente a las personas “qué se necesita para ser exitoso” y “por qué algunos individuos fracasan” en Chile, ante lo que los entrevistados respondieron espontáneamente con diversos elementos, pero sin que la pregunta provocara extrañeza alguna: existen nociones muy claras en el sentido común sobre los factores que podrían llevar al individuo en abstracto hacia el éxito o el fracaso de su trayectoria. La

definición sobre lo que se entiende por ambos términos estaba abierta, por cierto, a la interpretación de los propios individuos.

Sin embargo, cabe decir que las definiciones que se manejaron se mueven entre dos puntos: el primer es la representación del éxito y el fracaso en torno al equilibrio, y el segundo los entiende como situaciones extremas. Esto lo graficamos del siguiente modo:

Cuadro 2: Definiciones del éxito/fracaso de una trayectoria según individuos de distintas posiciones sociales

	Éxito	Fracaso
Equilibrado	Tener suficientes recursos como para "vivir bien"; "Hacer lo que te gusta"	Falta de movilidad ascendente; "No hacer lo que te gusta"
Extremo	"Tener dinero, poder adquisitivo y lograr mostrarlo"	Pobreza, marginalidad

Más que centrar nuestro análisis en la definición hecha por los entrevistados sobre estos términos, nos enfocaremos en la *causalidad* que le atribuyen a ambas situaciones: como señalamos en la descripción de nuestra estrategia de análisis y de acuerdo con Sandelowski (1991) las narraciones tienen una dimensión causal que es la que une los distintos eventos de un relato. En nuestro caso, intentamos profundizar en las causas que los actores atribuyen para que un "individuo en Chile" logre el éxito o llegue a fracasar en su trayectoria, más allá de cómo se definan tales conceptos. Al respecto podemos tener como referencia las observaciones propuestas por el Informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Chile sobre el "bienestar subjetivo" en el país. Sobre las percepciones del éxito y el fracaso, tal informe sostiene que a nivel cultural existe una representación individualista en que se presenta un mandato moral de auto-afirmación y auto-responsabilización, muy acorde a la ideología expuesta en la literatura de autoayuda. Esto quiere decir que se atribuyen causas individuales al éxito y el fracaso, que son también entendidos en relación al destino de las personas particulares y no como colectivo. En línea con tales observaciones, veremos a continuación que en la narrativa imaginaria de "el individuo en Chile" se hacen evidentes esas características, otorgando de manera generalizada la figura de un individuo soportado en sus propias competencias y disposiciones. Lo

anterior, como expondremos, ocurre en todas las posiciones consideradas: trabajadores con bajos recursos, posiciones intermedias y sobre todo en los empresarios. Un último comentario antes de mostrar los resultados: cuando nos referimos a una narrativa “imaginaria” lo hacemos entendiendo ese término como un registro psíquico en que se posibilita el intercambio de lugares identitarios, tal que es posible por ejercicio de la imaginación “vivir la vida de los otros” (Eagleton, 2010); en este registro los límites entre lo propio y lo ajeno, incluso entre las diferencias sociales se difuminan y se permite recrear modos de vida independientes de las posiciones y las identidades. El ejercicio cognitivo, entonces, de evaluar el éxito o el fracaso de un individuo genérico es plenamente imaginario, pues entrega un retrato de la vida ajena. Estamos hablando de una imagen más o menos rígida que es una construcción narrativa, si aceptamos con Ortega y Gasset (1970) que la realidad del hombre no es fija, que éste no *es*, sino que *está siendo* todo el tiempo. Es decir, las experiencias que los individuos viven en los hechos muestran una complejidad que es reducida al proponer una imagen estática de los mismos. Nuestra perspectiva, que nos lleva a avanzar en este análisis, sostiene que más allá del carácter ilusorio de este imaginario, existe efectivamente a nivel cultural una representación de un individuo sostenido en sí mismo, extensiva a la diversidad de categorías sociales incluidas en nuestro estudio, lo que ya parece ser interesante de describir. Para avanzar en el análisis, mostramos en el inicio las causas atribuidas al éxito o al fracaso en el material analizado:

Cuadro 3: Determinantes del éxito y el fracaso del "individuo en Chile"

	Éxito	Fracaso
Causas individuales	Perseverancia; voluntad; resiliencia; viveza	Falta de ganas; rendirse muy pronto; derroche; no creerse el cuento
Causas estructurales	Pitutos; suerte; origen privilegiado	Mala educación; falta de guías; falta de oportunidades; desventajas

Teniendo como referencia lo expuesto, así como los cuadros añadidos, podemos referirnos a las causas del éxito según los individuos entrevistados.

a) El individuo exitoso en Chile: factores individuales y estructurales en la narrativa imaginaria

Cuando se les pregunta a los entrevistados por qué cosas influyen y qué condiciones son necesarias para que un individuo sea exitoso en Chile, se recurre a distintos argumentos causales. Como se aprecia en el Cuadro 2, los determinantes pueden distinguirse entre individuales (referentes a las competencias o disposiciones particulares) o estructurales (factores que escapan a la voluntad del actor y que conforman su entorno). Comencemos por las primeras. En los relatos analizados es abrumadora la presencia de este tipo de factores, tal que la mayor parte de los individuos –independiente de su posición– consideran que el éxito en el país depende principal o exclusivamente de las aptitudes de las personas. Es posible aventurar que se trata de un *consenso*, pero que no cuenta con una discusión o una conversación de base que lo explicita; de ahí su carácter elusivo, al que sólo es posible entrar a través de una investigación. Los individuos de menores recursos piensan en su mayoría que el éxito proviene de lo que entendemos como soportes internos, particularmente la disposición que se tiene para superar dificultades. Celia (29, asistente en una agencia de turismo) sostiene que “todo en la vida cuesta, pero nada es imposible”, alineándose con la narrativa romántica ya descrita más arriba. Ese es el punto de partida de su concepción de este individuo imaginario, al que todo le *cuesta* (luego ella argumenta que muchos jóvenes ven sus proyectos frustrados porque todo es *pago* en Chile), pero quien logra el éxito es quien logra superar esas barreras. Rigoberto (33, trabajador en call-center) menciona que en este país “todos tienen oportunidades; sólo tienes que *moverte*”. Ser “movido” es entonces una de las condiciones para lograr una posición mejor, lo que en Chile quiere decir que hay que rebuscárselas con ingenio y también con mucho esfuerzo. Desde esa perspectiva positiva quien es exitoso se ve elogiado por un retrato profundamente meritorio de sus resultados. Como lo expone Amparo (51, maquinista): “la gente exitosa en Chile es luchadora, lucha por tener”, representación incrustada en la concepción de la vida como una “lucha”, propia de los sectores trabajadores.

Ahora bien, no sólo hay laureles para quien se entiende que alcanzó el éxito, pues en varios casos se presenta más bien una *sospecha* sobre el origen del mismo. Pedro (64, temporero) puntualiza esta perspectiva al creer que para la persona exitosa no ha alcanzado su situación por vías legítimas: “no es esfuerzo de trabajo, es esfuerzo de *negocio sucio*”. Esta es una crítica tanto a

la fuente de los recursos como a las posibilidades reales que tiene alguien de llegar al éxito a través de su empleo. De hecho, Pedro argumenta que nadie en Chile se hace rico trabajando, con lo que refuerza su postura situándose a él como prueba, pues él trabaja mucho y no se considera precisamente exitoso. Frente a esta visión del éxito como fruto de actividades faltas de probidad, la condición para que un individuo pudiera llegar a esa situación estaría nuevamente en una actitud en especial: “tiene que existir la *viveza*. El dinero es para los vivos”, sentencia Mario (50, albañil) Una opinión similar tiene Raúl (60, dueño de un bar), quien vive en condiciones muy distintas a las de Mario al ser dueño de un bar. El primero cree que “el *mundo* es de los vivos”, es decir, quienes triunfan en él serían los que presentan una mayor perspicacia, quienes toman las oportunidades cuando se presentan, pero también quienes saben cómo vender su imagen adecuadamente. Raúl agrega respecto a ello que tener “desplante” y manejar el “bla-bla” son aspectos necesarios para desarrollar una trayectoria triunfante.

Los condicionantes estructurales del éxito para los sectores trabajadores están más bien ausentes. Aparece el “pituto” como un factor y una práctica generalizada que es moralmente reprochable en tanto opuesta al esfuerzo, pero en ningún caso se percibe que ser exitoso es sinónimo de tener redes de contacto. Otros factores sociales tampoco se presentan como elementos relevantes, como podría ser la desigualdad en la distribución de los ingresos u otros tantos factores. Una visión más resignada y que también se refiere a aspectos externos e independientes del individuo, es la que explica el éxito por la *suerte*. Cuando se le pregunta a Araceli (36, auxiliar de aseo) sobre los factores que influirían en él, ella cuenta que su hermana (a quien encuentra una persona exitosa por tener recursos y un estilo de vida menos estrecho que el suyo) se casó con un marido que genera ingresos considerables y que en ese sentido tuvo suerte. En cambio, Araceli tuvo una pareja que resultó ser un “cero a la izquierda” y que hoy apenas si ayuda con la mantención de los hijos. Su explicación sugiere que se considera simplemente desafortunada.

En los casos de sectores intermedios aparece por primera vez lo que podríamos entender como un factor estructural de carácter social, o al menos *relacional*. Se trata de la postura de Rocío (45, empresaria agrícola) para ella el éxito se debe principalmente a la “historia de vida” de las personas, sobre todo “sus redes, con quien se junta, dónde estudió”. Todos ellos son ayudantes, apoyos que tendrían las personas que facilitarían su tránsito hacia un camino exitoso;

la desigualdad como tópico surge de modo problemático, pues implica que unos se encuentran más cerca de ese camino que otros. Es una visión que distingue además que no sólo existe –y es posible comprobarlo empíricamente- una inequidad material, sino que ella es multidimensional: conjuga las redes, el capital social de que dispone un actor y también dónde realizó sus estudios, es decir, introduce un componente estatuario relacionado al prestigio diferencial de las instituciones educativas. Todo lo anterior hace sentido a la perspectiva que la sociología podría desarrollar respecto a los determinantes del éxito, pues la existencia de jerarquías y también de propiedades relacionales constituyen premisas básicas de la disciplina. No obstante, para seguir en la semántica sociológica, a nivel individual las causas de las trayectorias exitosas siguen un marcado *conflacionismo ascendente* (Archer, 2009): se sitúa en el agente y sus determinaciones la explicación por fenómenos sociales.

La constatación básica de que el éxito es un fenómeno *social* contrasta plenamente con la lectura que los individuos hacen del mismo en la sociedad chilena. Lo es porque surge de una relación –la comparación con otros casos que no poseen esa característica- pero también porque los mismos individuos reconocen soportes y oponentes externos a ellos, relacionados a los otros o a las instituciones de la sociedad, aunque ello desaparece en la mayor parte de las explicaciones sobre el éxito en esta narrativa imaginaria. La única otra referencia a factores estructurales dentro de los entrevistados se encuentra el punto de vista de Rocío (45, empresaria agrícola) quien sostiene que “hay algunos que nacieron en *cuna de oro* y tienen su futuro más que definido”. Una posición privilegiada en el inicio ya define en esta visión las posibilidades posteriores de acceder a los recursos: se contaría con soportes suficientes para mantener el privilegio en el tiempo. Si bien las dimensiones enunciadas por estos dos individuos –redes, prestigio, educación, herencia- pueden ser causas plausibles del éxito, tienen una presencia casi nula en comparación a los factores individuales. La misma Rocío plantea que “obviamente” existen personas exitosas debido a su origen, pero “en la clase media-media, media-alta, todos tenemos las mismas oportunidades”, por lo que quienes triunfan dentro de ese segmento lo harían exclusivamente por su “voluntad”.

Siguiendo la misma lógica, plantea que quienes han accedido a la “clase alta” desde una posición más desfavorecida, “se enfocaron y dijeron: yo quiero llegar a tener lo que tienen ellos”. Por su parte, Teresa (48, secretaria) menciona que “si nosotros queremos, siempre hay puertas”, y

es esta creencia en la igualdad de oportunidades el trasfondo de la responsabilización individual por el éxito. El argumento que opera como base de esta narrativa sostiene que, en principio, todos pueden alcanzarlo, “nada es imposible”, si bien se identifican barreras importantes de distinta índole. Pero la constatación del privilegio e incluso de la desigualdad no cuestiona la eficacia del *mérito* como vía hacia el éxito; los límites a la movilidad se pasan por alto en ese caso. Dado que la narrativa romántica se encuentra difundida en todos los sectores (la exaltación del esfuerzo, de la superación de las condiciones adversas y de quien excepcionalmente la realiza) entendemos que la imagen del “individuo en Chile” esté teñida estructuralmente por el romance. En los relatos de empresarios se encuentra el mismo resultado: primacía de los factores individuales, resaltando sobre todo la disposición (tendencia) de quien es exitoso, su empuje, su aguante. El “corazón” es la condición para el éxito, según Inés (68, empresaria), pero también moverse con responsabilidad en los proyectos propios para no “tirarse a la piscina” sin bases previas. Para no caer en reiteraciones, queremos finalizar este punto dirigiéndonos hacia la manera en que los actores sostienen la veracidad de su juicio sobre la primacía de los factores individuales: es común recurrir a narraciones propias o ajenas, casos particulares para argumentar un juicio sobre “el individuo” en general. O sea, no es sólo que al referirse al éxito los individuos recurran a elementos narrativos –soportes y obstáculos; asignar una función al actor en un relato de una trayectoria exitosa- sino que para solventarla cuentan relatos. “Mi vida es un ejemplo del esfuerzo. Es un experimento y se comprobó la hipótesis: se puede. Aunque no tengas ningún peso, se puede”, arguye Marcelo (48, administrador de edificios).

Es notable cómo la fragilidad de la narrativa imaginaria que describimos debe justificarse con historias de ese tipo, siempre puntuales, recurriendo luego a una generalización. Otro ejemplo muy decidor es el que nos relata Rocío, a quien aludíamos antes para mostrar cómo ella encontraba que existían importantes factores de tipo estructural que determinaban el éxito, y que ahora apoya elementos plenamente individuales, internos: cuenta la historia de la nieta de la trabajadora doméstica que trabaja para ella. Nos dice: “te voy a poner el caso de mi nana, que ellos trabajan con nosotros. Su nieta tiene la misma edad que mi hija, cuando chicas jugaban a la par, nunca se hizo diferencia. Colegio: mi hija va a un colegio privado y ella a uno público, se empezaban a generar las diferencias. Hoy día tienen la misma edad y ella estudia auxiliar de párvulos. Ahí tienes una *cabra perseverante*, con todo lo que significa atrás el medio adverso que tiene”. Luego, ya justificada su perspectiva sobre la superación, sentencia: “tú eres, en definitiva,

el artífice de tu propio destino”. Se responsabiliza al individuo por sus éxitos; ahora veremos que ocurre lo mismo con los fracasos.

b) Los determinantes del fracaso en “el individuo en Chile”: la primacía de la responsabilización individual

Al interpretar las causas del fracaso ahora sí se consideran factores que entendemos como estructurales, independientes del individuo y su voluntad. Pero también corresponden a una visión minoritaria y por lo demás problemática. Encontramos en este ámbito nuevamente una primacía de los factores internos, que expondremos luego. Según el Cuadro 1 que propusimos más arriba, se presentan dos definiciones principales de lo que se entiende por el fracaso: el primero se asocia a la realización de los “sueños” propios y a poder alcanzar una cierta prosperidad gracias a ello. Se combina en esa visión un llamado a la autenticidad, pero que está anexado al ascenso social. El segundo significado del éxito alude a la condición de pobreza o de escasez, así como a la marginalidad (desocupación; desviación). Sobre este último sentido del fracaso debemos afirmar que es en él donde se concentra la influencia de los factores estructurales según los entrevistados. Uno de ellos se trata de la familia. Melva (48, vendedora en el retail) indica que, según su óptica, a muchos jóvenes se los “lleva la droga” por carecer de *guías* en su camino, de referencias que les permitan salir adelante. La “vida familiar” de tales jóvenes estaría marcada por carencias, de modo que la droga asomaría como un refugio. En ese mismo sentido, Manuel (50, técnico jurídico) menciona que “hay muchos jóvenes que son capaces y porque los padres no tienen recursos o por su sector social, los llevan a otra senda”. En estos casos se exhibe al sujeto del fracaso en torno a la marginalidad, ella causada por el entorno hostil en que creciera el mismo. Por su parte, Celia (29, asistente en agencia de turismo) plantea que en Chile hay muchos “jóvenes frustrados” porque se debe pagar por la educación cuando muchos no tienen recursos —ella es un caso, pues estudió una carrera técnica en la que no ha encontrado trabajo y no puede, aunque quisiera, estudiar otra carrera.

Debemos notar que son los jóvenes quienes encarnan en esta definición la ruta hacia el fracaso. La falta de expectativas y de un potencial truncado es la tónica de este relato. Podemos sumar a estos factores la *discriminación*, que ya planteamos como un obstáculo particular a los sectores trabajadores. En palabras de Manuel (50, técnico jurídico), “hay gente que a lo mejor

tiene muchas capacidades, que al mirar el currículum, al ver el apellido o la foto a lo mejor la descartan”; ese escenario extiende los factores desde el entorno familiar y educativo al ámbito laboral. Es Manuel quien más desarrolla las causas estructurales del fracaso, siendo la única perspectiva que responsabiliza de manera casi exclusiva a las mismas: enfatiza “la *falta de oportunidades* de la gente. De partida, hay una desigualdad tremenda en los ingresos, que son muy bajos. Son excepciones los que llegan a ser profesionales, pero siempre van a ir en desventaja”. El origen social sería entonces cargado por el individuo como un lastre: “alguien que no estudió en un buen colegio nunca va a tener las potencialidades del más privilegiado”, sostiene Marcelo (48, administrador de edificios). Los juicios anteriores contrastan fuertemente con la imagen predominante sobre el éxito: para un grupo importante de personas no sería una realidad que “nada es imposible”, pues existirían elementos muy diversos y profundos que derivarían por fuerza a una senda de marginalidad, o bien de frustración. Quienes superarían este escenario serían de esa manera casos excepcionales; pero de acuerdo con lo que sostuvimos respecto a la evaluación de las trayectorias que hacen los sectores medios y empresariales, muchos individuos hacen de la excepción una regla, obviando estas limitantes objetivas a la movilidad y la aspiración individual.

Los factores estructurales antes mencionados son reconocidos por los actores, pero quienes sitúan en ese registro las causas del fracaso de una trayectoria son la minoría. La trama de una tragedia en que el protagonista encarna un largo camino hacia la decadencia, acumulando una suma de contradicciones a sus propósitos más íntimos, no es la perspectiva predominante respecto al fracaso. Por el contrario, en la mayor parte de los entrevistados encontramos una visión opuesta: la responsabilización individual. En la diversidad de posiciones consideradas se presentan factores internos como causantes del fracaso, entendido tanto en relación a la pobreza como a la falta de movilidad ascendente, al estancamiento. Sobre lo primero, se repiten argumentos que culpabilizan a quienes se encuentran en condiciones de pobreza por ello. El extremo de esa posición lo indica Rigoberto (33, trabajador en call-center), para quien “el pobre es pobre porque tiene pensamiento de pobre. Hay muchos lugares donde surgir”. El trasfondo de la igualdad o la abundancia de oportunidades opera nuevamente como la condición para una narrativa individualizadora. Rigoberto añade: “la gente que no quiso avanzar y se quedó ahí. Para mí eso es el fracaso”. Éste tendría entonces un anclaje en la actitud de superación del individuo y por esa razón esta visión del fracaso es el anverso de la representación del éxito como basado en

la voluntad de los actores. Para poder evitarlo “falta que la gente cambie su pensamiento derrotista”, nos dice Teresa (48, empleada en una Isapre); siente que “los chilenos a veces son un poco cómodos”, lo que explicaría su tendencia al fracaso. Faltaría también “la capacidad de creerse el cuento, de saberse capaz de realizar nuevos desafíos” según Manuel (50, técnico jurídico). Como se ve, para los sectores medios el fracaso sería causado explícitamente por la persona: quienes no tengan un pensamiento optimista, no busquen ascender socialmente, no se planteen desafíos, son considerados unos fracasados.

Lo decimos con esa dureza, pues así se plantea el juicio respecto a tales actitudes. El individuo que cae en el fracaso “de partida tiene que ser irresponsable, no tener amor por su trabajo”, opina Javier (60, contador). Las explicaciones a las que recurren individuos en posiciones de bajos recursos y en lugares intermedios son las mismas que las de los empresarios. Este hallazgo lo interpretamos a la luz de las evaluaciones de las trayectorias, expuestas más arriba: en todos los sectores se repite un argumento romántico en que se valora positivamente a quien logra superar las dificultades y a quien muestra empuje por superar su condición, se refiera esto a mantener la estabilidad financiera, a ascender socialmente o a lograr montar un negocio próspero. Por oposición, se valoran de manera negativa las competencias contrarias a lo anterior: ser irresponsable, no tener los conocimientos adecuados, no tener capacidad de ingenio, entre otras. Al mismo tiempo se critican las disposiciones que obstaculizan el rol del héroe que vence adversidades: la falta de ambición, de autoestima, de esfuerzo y no poseer una actitud de resiliencia de cara a las frustraciones propias.

La explicación del fracaso de los empresarios reafirma lo anterior. Felipe (32, empresario agrícola) afirma que quienes fracasan en Chile lo hacen porque “no son capaces de ingeniárselas”. Los chilenos, para él, “no tienen clara la vida, se arriesgan poco”, como si bastara con arriesgarse para vencer el fantasma del fracaso. Lo curioso es que ese tipo de juicios provienen de un sector particularmente expuesto a la debacle: el riesgo constituye la condición para el emprendimiento, pero el problema no sería él, sino cómo se lo enfrenta. La resiliencia, poder levantarse luego de las caídas. Quien no lo hace, ése es quien fracasa, el que no lucha. Esta versión heroica del individuo soportado en sí mismo condena al que ya se levanta, y no es que no pueda, siempre se puede en principio. El punto es que *no se quiere*: “el problema no es que falten pegas, es que ellos no saben trabajar y no saben cuidar sus pegas”, dice Juan (55, empresario sanitario). O también asoman

argumentos que responsabilizan al individuo, pero desde una dimensión incontrolable para ellos. Rocío (45, empresaria agrícola) resalta que la pobreza proviene de una incapacidad para invertir de manera “adecuada” los propios recursos: “mi nana, ponte tú, no tiene calefont, pero tiene auto. Eso me cuesta entenderlo todavía. Es un tema cultural. Pero eso también explica la brecha social. No sé en qué irá, en un tema genético, un gen”. La explicación que hace ella de la pobreza es poco frecuente, pero existe. Podemos decir que en todos estos casos se trata de una responsabilización según factores internos al actor. Lo interesante sería reflexionar si esta tendencia, si esta construcción de una narrativa imaginaria sobre “el individuo en Chile” guarda un vínculo con la responsabilización del bienestar a nivel institucional. Diseccionar las características de esa vinculación, empero, implicarían otro estudio; valga en esta ocasión entregar evidencia empírica sobre la manera en que se representa el éxito y el fracaso de los otros, aparte de los relatos particulares.

6. Reflexiones finales

Habiendo presentado nuestra propuesta analítica en los primeros momentos del estudio para luego aplicarla al material empírico que abordamos, estamos en condiciones de hacer una serie de observaciones respecto al proceso de la investigación y a sus resultados. Para separar estas reflexiones presentaremos algunas conclusiones metodológicas, teóricas y empíricas en base al estudio que hemos desarrollado.

Conclusiones metodológicas

En primer lugar, es posible argumentar que el enfoque utilizado para el análisis de la información – uno de carácter narrativo-estructural- ha podido ahondar en dimensiones que se habían tratado anteriormente en los estudios que han problematizado la relación entre los individuos y sus posiciones en la literatura sociológica nacional, pero dejándolos en un segundo plano. Tal como revisamos en los Antecedentes de la investigación, se puede apreciar que la producción académica relativa a las trayectorias y las experiencias posicionales fluctúa entre dos polos analíticos: por una parte, los estudios de estratificación de inspiración clásica han estudiado la situación de la movilidad social y ocupacional en el país, obteniendo resultados importantes para el medio sociológico, considerando que en Chile la experiencia neoliberal tiene una antigüedad inédita en el planeta. Por otro lado, los estudios inspirados en la sociología del individuo han iluminado las experiencias que las personas tienen de sus posiciones sociales, evidenciando contundentemente que los casilleros sociológicos no son simplemente ocupados por los actores, de manera aproblemática. Al contrario, han mostrado que en la sociedad chilena existen sentimientos generalizados de inconsistencia y de un temor a perder los soportes de las posiciones. Ahora, bien, entre esos dos polos existe una distancia que es preciso llenar: para ello, interpretamos que era adecuado investigar las trayectorias, pero no desde la movilidad en un sentido objetivo, sino que en tanto experiencias abiertas a la interpretación.

En esa tarea, que implicaba un cierto grado de improvisación teórica y metodológica, el enfoque narrativo apareció como uno particularmente productivo para ahondar en los elementos que mencionamos. A nuestro entender, el modelo construido mostró dimensiones que podrían ser relevantes de discutir, como son la evaluación de las trayectorias y las tramas narrativas

construidas en torno a las mismas; los principios formales con que se estructuran las experiencias posicionales como relatos, arrojando luces sobre el papel que se atribuyen los individuos en los mismos y cómo se relacionan con instituciones como la familia o el Estado. Por último, las perspectivas sobre el éxito y el fracaso nos permiten sugerir que existen narrativas extendidas al conjunto de las posiciones sociales, estando ellas signadas por la individualización. Creemos que estos elementos sólo podían ser abordados desde una metodología cualitativa, abierta a las percepciones y experiencias individuales. En ese sentido, el análisis narrativo que desplegamos nos permitió ser fieles a la singularidad de las experiencias, intentando integrarlas al análisis en forma de relatos particulares. Pero no habría tenido sentido hacer sociología si sólo hubiéramos alumbrado las singularidades; por el contrario, el análisis nos permitió hacer generalizaciones respecto a los conceptos con que operacionalizamos las narrativas, y no sólo respecto al contenido de las mismas, sino también sobre sus aspectos formales. Este último aspecto, la incorporación de la teoría narrativa en el análisis de fenómenos sociales como los que hemos estudiado, muestra ser fructífera y abre perspectivas conceptuales que escapan a un enfoque puramente centrado en la disciplina sociológica.

Conclusiones teóricas

En este punto queremos proponer algunas hipótesis sobre los conceptos que recogimos en el estudio, intentando volver a ellos de acuerdo a los resultados expuestos. Según vimos cuando definimos el concepto, la *individualización* ha sido mayoritariamente entendida de dos formas: como una responsabilización individual por el bienestar, en que a los actores se les pone la carga de su reproducción social y se les impone el mandato: “arréglatelas como puedas”. En esta versión, los procesos de individualización son relacionados a un aumento de las incertidumbres en el manejo de las posiciones ocupadas, merced a una retracción del Estado benefactor y las áreas de propiedad social. Una segunda lectura de dichos procesos es la que enfatiza el distanciamiento entre los actores y las estructuras sociales, tal que la individualización consistiría en una búsqueda de autonomía por parte de los primeros en la construcción de su curso vital, obedeciendo esta vez al mandato: “haz de tu vida lo que te parezca”. Sobre estas definiciones, nuestra perspectiva es que descuidan dos elementos centrales para avanzar en el estudio de la individualización: primero, su estatus ontológico es ambiguo, pues no se aclara en la literatura *qué* es precisamente. Si se trata de un proceso: ¿cuál es el punto de inicio y el de llegada? ¿De qué situación se aleja la

individualización y hasta dónde puede llegar? También pareciera plantearse como una ética, un criterio sobre lo que es correcto: resistir en un estado de necesidad perpetuo por el abandono de los soportes colectivos, o bien seguir el rumbo de la autenticidad.

Sin ánimos de profundizar en ello y queriendo plantearlo humildemente como hipótesis, queremos aventurar que la individualización *puede ser entendida como una narrativa*, es decir, como una forma particular de estructurar las biografías de los actores en que se les entrega un rol determinado, asimismo respecto a sus soportes y dificultades. De hecho, es posible, en base a nuestro análisis, que tanto la individualización delegativa como la reflexiva constituyen simplemente tramas distintas para una misma narrativa centrada en la responsabilización individual del bienestar, proceso inducido institucionalmente. En el primer caso, vemos que se trata de una narrativa cercana a la comedia (en el sentido griego), como la que atribuimos a los sectores trabajadores analizados, en que la función del actor es luchar por mantener la estabilidad de su posición, encontrándose despojado de soportes colectivos que vayan más allá de su entorno cercano (la centralidad de la familia como apoyo). En el segundo, sostenemos que la individualización reflexiva corresponde a una construcción narrativa de tipo romántica, en que el rol del actor es superar las barreras que se oponen a la realización de su proyecto, y en que el aislamiento no es una carga para el mismo, sino que es celebrado en la medida en que permite dar lugar a la figura del héroe que traspasa con su esfuerzo propio los límites que le impone la sociedad. Vimos que esta narrativa, y por tanto esta forma de individualización, puede encontrarse típicamente en los empresarios y sobre todo en la narrativa del “emprendedor”. Entendiéndola como una narrativa, es importante preguntarse cómo ella toma diferentes formas en categorías sociales diversas, poniendo particular atención a la influencia de la desigualdad de recursos en tal distribución.

También podemos hacer ciertas observaciones sobre el concepto de individuación. Éste designa el estudio del tipo de individuo que produce la configuración estructural de una sociedad determinada. En esa tarea, como hemos revisado, la individuación por las pruebas asoma como una estrategia de análisis fructífera en un sentido teórico y empírico. En nuestro trabajo asumimos efectivamente que la posición social de los individuos representa una prueba para ellos, en tanto les entrega desafíos que ellos deben responder con recursos desigualmente distribuidos. Teniendo en cuenta esto último, podemos observar que es relevante poder diferenciar las pruebas

posicionales según la posesión de tales recursos; el énfasis en los desafíos comunes permite describir una sociedad como unidad histórica, pero oscurece precisamente cuán distintas son las pruebas entre unos sectores y otros. Siguiendo nuestros resultados, pudimos encontrar lo que ya Araujo y Martuccelli (2012) habían descrito como “inconsistencia posicional”, pero vimos también que ella no es extensiva a la *totalidad* de los lugares sociales, ni que tampoco significa necesariamente un elemento evaluado negativamente. Los sectores medios construyen su identidad en torno a los valores del sacrificio y el esfuerzo, necesariamente movilizados frente al escenario de inconsistencia, pero que permiten entregar una imagen heroica de los individuos, tal que la mayoría de éstos considera a una persona “exitosa” cuando cumple con ese perfil: esforzado, que ha logrado alcanzar sus aspiraciones.

En otro sector, el de los empresarios, vimos que los desafíos que ellos aprehenden en sus trayectorias los consideran “parte de la vida”, significando oportunidades de aprendizaje y de crecimiento personal. Por lo anterior sostenemos que ni las pruebas ni la inconsistencia posicional pueden ser comprendidas desde una perspectiva individual si no se considera que la experiencia se tiende a construir narrativamente, y que tales elementos *se insertan* en los relatos de manera diferencial. Con estas conclusiones creemos ser fieles a la caracterización que el mismo Martuccelli (2013) ha hecho de las pruebas: son desafíos *culturalmente representados* y que se enfrentan *en desigualdad de condiciones*. Por lo demás, según el autor, las pruebas tienen una *dimensión narrativa*, es decir, movilizan una manera particular de entender la vida como una sucesión constante de desafíos. A través de nuestro análisis hemos podido constatar todo lo anterior, aunque hemos hecho énfasis en el modo en que los desafíos se presentan de manera diferencial a los individuos según la función que ellos cumplen en sus relatos: la responsabilización individual por el bienestar sin duda es una prueba central, pero hay quienes la experimentan como un peso (los de menores recursos) y otros como una aventura (los más privilegiados).

En tercera instancia, queremos aludir a lo que implica estudiar narrativamente las trayectorias sociales. En la perspectiva de Bourdieu sobre el espacio social, tal como la describimos en el marco conceptual, las trayectorias tienen un lugar secundario frente al papel estructurador de la distribución de los capitales. De hecho, la noción misma de los capitales ha sido el elemento más célebre de su teoría sobre la distribución del poder social, tanto así que hoy forma parte del sentido común hablar de capital social o capital cultural, pues son términos que se han

popularizado en el lenguaje cotidiano de las sociedades occidentales. Sin embargo, las trayectorias constituyen un objeto muy relevante en el estudio de la estratificación, particularmente en las investigaciones sobre movilidad. Ahora bien, creemos que a escala individual, desde las experiencias y las historias de los actores urge entender las cosas de otro modo, pues ellos no se entienden como objetos situados en el espacio, sino como portadores de una trayectoria que permea las dimensiones más íntimas de su vida. En ese sentido, la incorporación de la *sociología existencial* de Danilo Martuccelli (2007) aparece como una alternativa óptima para llevar el estudio de las trayectorias desde una óptica centrada en el individuo. Nuestro estudio señala que para los actores es tan *evidente* que ellas requieren de soportes, de elementos que permitan hacer frente a los obstáculos experimentados diariamente, que no existe dificultad alguna en reconocerlos y describirlos. Por otra parte, resalta que el carácter individual o colectivo de esos soportes genera trayectorias que son experimentadas de manera completamente diferente, con lo que se nos presentan fenómenos que hay que distinguir. La primacía de los soportes auto-dispuestos por los individuos y de la importancia del entorno cercano habla de experiencias realmente distintas de aquellas que podría articular una mayor colectivización de las dificultades presentadas en las trayectorias. Pero ello, de no introducir las categorías mencionadas, sería un punto ciego desde la propuesta del espacio social realizada por Bourdieu.

Por último, permítasenos agregar un punto a estas conclusiones que a nuestro entender tiene una profunda relevancia teórica. Erik Olin Wright (1992) abordó en una ocasión el papel que tiene en un sentido analítico las experiencias individuales en la constitución de las clases sociales. En ese trabajo sostuvo que una serie de autores que habían dedicado parte de su obra al estudio de las clases –Marx, Giddens, Bourdieu, por nombrar algunos- sostuvieron desde distintos marcos de referencia que las experiencias de los actores eran fundamentales para generar el grupo humano que constituyen las clases sociales. Así, en Marx la vivencia de la explotación capitalista era una condición fundamental para que el proletariado se expandiera gracias a la asalarización del trabajo y para que el mismo pudiera organizarse para terminar con las indignas condiciones en que se llevaba el trabajo durante su época. En Bourdieu, por su parte, la experiencia de los agentes juega un rol crucial para la formación de lo que él entendió como los *habitus*, compartidos ciertamente por las clases sociales en tanto formas estructuradas y estructurantes de hacer, pensar o sentir. En tales formulaciones se sostiene la premisa, podríamos deducir, de que las experiencias comunes facilitan la constitución de las clases en tanto comunidades políticas o bien

en torno a los estilos de vida que poseen. Nuestro estudio indica una situación contraria: si bien se presentan con claridad experiencias comunes a determinadas posiciones, lo cierto es que ello no pareciera favorecer un proceso de subjetivación o de agrupación en torno a un “nosotros”. Esto indica que las premisas del análisis sociológico anclado en la “primera modernidad” pierden credibilidad frente a la evidencia de la individualización. No puede ignorarse la centralidad del individuo en el análisis social, ni menos debieran descuidarse los modos específicos en que él construye su experiencia cotidiana, definitivamente estructurada por los procesos sociales recientes.

Conclusiones empíricas

Ahora finalizaremos el estudio presentando ciertas observaciones relacionadas a los antecedentes considerados en el mismo. Desde un inicio definimos la individualización como un “individualismo institucionalizado”, promovido por un paradigma de bienestar que responsabiliza a las personas por su bienestar. Ese proceso abstracto se ha encarnado en la sociedad chilena en un modelo de desarrollo basado en el neoliberalismo y también en un régimen de bienestar focalizado en determinados segmentos como los “pobres” o los “vulnerables”. Vimos que la implementación de tal modelo implicó para el caso chileno una privatización ampliada de los servicios sociales. En este punto quisiéramos reflexionar sobre cómo las características de ese modelo y los desafíos que impone a los individuos son recibidos por estos últimos. Basándonos en los resultados de la investigación, queremos sostener la hipótesis de que en el Chile actual no sólo las instituciones responsabilizan a los individuos por su bienestar, sino *estos mismos se hacen responsables y explican en su mayoría el éxito o el fracaso ajeno en torno a factores internos a los actores*. En otros términos: encontramos un alto nivel de *conformidad* con las premisas del neoliberalismo, que se expresa en dimensiones tan profundas como en que las personas viven la cesantía, las quiebras, la escasez permanente de dinero, la falta de oportunidades. En lugar de recurrir a procesos de subjetivación, de oposición a un dominio que parece invisible, a los individuos en Chile “no les queda otra” que “salir adelante” por su cuenta, esperando vencer en la “lucha del día a día” si las condiciones son muy difíciles, o bien apelar al esfuerzo propio para ser la excepción, quien logra superar las barreras a la movilidad ascendente. Vemos estas exhortaciones como profundamente difundidas, en un llamado a la “adaptación” que se plantea como extensivo a todos los sectores analizados.

Como ya plantearan otros estudios, el rol de la familia permite afirmar que no estamos en presencia de un *individualismo* generalizado. Su centralidad en tanto soporte de las trayectorias confirma que la carga que impone el modelo socioeconómico no se dirige solamente a las personas, sino que también a sus familias: cuando las primeras se exponen a situaciones riesgosas, en que surgen amenazas para sus posiciones, el entorno cercano es el primer lugar de refugio, aunque nos preguntamos qué ocurrirá cuando los grupos solidarios no sean precisamente solidarios, situación más frecuente de lo esperado. Pero el punto en que aparece con mayor fuerza las relaciones de parentesco en contra del individualismo, es en las expectativas que los padres ponen en sus hijos. El “sacrificio” que deben hacer los padres para financiar la educación de sus hijos cuando no pueden recibir apoyos estatales o de cualquier fuente, es real e indica que las aspiraciones personales pasan en buena medida a depositarse en los hijos, perdiendo así su carácter individualista. Cabe resaltar, no obstante, que tanto en los sectores trabajadores como medios el sacrificio sea un valor tan excepcional; su representación se inserta en tramas narrativas que amortiguan sus consecuencias negativas y que le otorgan un *sentido* al esfuerzo personal. En esa línea, no exageramos al postular que la alta valoración del sacrificio corresponde a un elemento plenamente funcional al neoliberalismo y al régimen de bienestar imperante. Es decir, si vastos sectores de la sociedad deben enfrentarse en soledad a sus dificultades y ocurre que ellos mismos enaltecen las condiciones de ese enfrentamiento, en que los altibajos son la tónica, no podemos sino creer que el culto al sacrificio no es sino el culto a la individualización inducida por las políticas del neoliberalismo.

En la línea de lo anterior buscamos proponer que las narrativas expuestas sobre las trayectorias sociales otorgan un marco interpretativo desde el que se construyen las experiencias particulares, pero *también* corresponden a formas de *justificación* de las dificultades que se les presentan a la diversidad de posiciones del espacio social. Como en el caso de los sectores medios que mencionamos recién: la valoración del sacrificio justifica que se realice un esfuerzo sobrehumano (como tener tres empleos simultáneos) para costear la educación de los hijos o la vida en general. Porque las narrativas ofrecen una función al individuo, que para los casos analizados son roles altamente acordes a las exigencias de la configuración institucional de la sociedad chilena. Para los sectores trabajadores una meta prioritaria es la educación de los hijos, en quienes se proyectan. El que “lo único que se les pueda dejar a los hijos sea la educación”, consigna repetida varias veces en las entrevistas y parte del sentido común nacional, entrega en

efecto un lugar dentro de un relato al individuo, quien debe esforzarse a como dé lugar para cumplir con su rol paternal, íntimamente relacionado a la trayectoria de sus hijos. Que la paternidad se juegue en la posibilidad de “darle estudios” a ellos implica una fuente de frustraciones cuando no se logra, pero también justifica el enorme esfuerzo que se realiza en ocasiones para poder lograrlo. En ese sentido, los relatos empujan, por ejemplo, a participar de un mercado educativo bajo cualquier condición, incluso si el costo es alto y el producto adquirido es de dudosa calidad (cuestión secundaria cuando la meta es tener “estudios” en genérico).

De algún modo hemos podido ahondar en lo que ciertos autores han denominado como la “lucha por posiciones” (Barozet, Espinoza y Méndez, 2013), que se refiere a que los actores buscan estrategias individuales de movilidad social, al contrario de las estrategias de tipo colectivo que pretendían alcanzar una movilidad estructural y no sólo particular. Ahora bien, cabe señalar según nuestro estudio que tal lucha es reconocida de esa forma, como una lucha, por los individuos en Chile. Los oponentes que figuran en ella son principalmente externos a los actores, según sus relatos: la falta de educación, la mala suerte, el precio de los servicios sociales, la ausencia de apoyo público, la arbitrariedad de los impuestos. En esa representación de la movilidad social tiene lugar el elogio de un tipo de individuo, que constituye lo que hemos conceptualizado como la narrativa imaginaria del individuo soportado en sí mismo. El éxito es un dominio abierto sólo a quienes resultan vencedores de la lucha y se considera que todos esos oponentes pueden derrotarse principalmente con ciertas competencias –perseverancia, resiliencia, astucia- y disposiciones –empuje, ambición, ganas- que estarían dadas sólo para casos selectos. Lo que abre muchas preguntas es por qué razón una serie de individuos que viven diariamente obstáculos que constriñen su voluntad, que impiden lograr una estabilidad posicional o que derechamente cortan con los “sueños” de quienes tanto aspiran, por qué *ellos* elaboran esa admirable imagen del hombre sostenido en sus propias condiciones. Sería un error exigir consecuencia al discurso de las personas, pero en realidad constituye un punto que cabría ahondar en otro estudio, ya dedicado a los mecanismos que se han puesto en marcha para provocar que los propios individuos, no los defensores de la ideología neoliberal, tiendan a reproducir una imagen de ese tipo.

A riesgo de caer en repeticiones, pues éste puede aparecer como un estudio particularmente reiterativo en la medida en que la individualización aparece en todas las dimensiones de los relatos analizados, podemos concluir el mismo refiriéndonos a los empresarios. Según Boccardo y Ruiz (2014), ellos son el motor y el sector más favorecido de la

modernización neoliberal; el modelo chileno ha depositado su destino en la iniciativa privada. Sin caer en hipérboles, queremos hipotetizar que la narrativa empresarial es también la que se ve más favorecida por la individualización. Ésta se presenta en su forma reflexiva cuando la trama se construye en torno a liberación de un actor que no puede realizarse en medio de un ambiente hostil. El empresario monta –de modo consciente o inconsciente- una épica de su propia situación, introduciendo una serie de recursos valorativos que arman en conjunto un relato de superación de las limitantes y de exhortación al riesgo. Si lo analizamos bien, vemos que *todas las características* de la imagen del empresario son valoradas positivamente en las narrativas de trabajadores y sectores medios: la función que cumple es esforzarse por su propio proyecto, sacrificarse, superar diariamente obstáculos, y resulta que él por ser empresario es ya un vencedor. Lo mismo aplica para el *profesional exitoso*, quien –en la medida en que provenga de orígenes humildes- es reconocido como un auténtico héroe. No obstante, el empresario tiene el valor adicional de ocupar un lugar que personas de distintas posiciones anhelan: son sus propios jefes, no están sometidos. Los empresarios lideran valóricamente la sociedad en la medida en que poseen las virtudes que otros sectores pretenden para sí, pero que no siempre poseen. Por otra parte, no queda claro qué posición –si existe- encarna el fracaso; pareciera ser que quienes carecen de las disposiciones y competencias necesarias para alcanzar el éxito (empuje, resiliencia) son quienes quedan fuera de las barreras simbólicas (Lamont, 1992) construidas en torno a esos valores.

Por todo lo anterior es que Maurizio Lazzarato (2010) ha postulado que la individualización es en realidad el “neoliberalismo en acción”, una operación retórica en que se promueve una “visión empresarial” de la vida y se llama al conjunto de los individuos a hacerse “empresarios de sí mismos”: a auto-construirse y apoyarse en sus soportes internos. Los vínculos entre las narrativas que expusimos y el neoliberalismo en tanto ideología parecen indisolubles. La “cruzada cultural” que toda construcción de un nuevo orden social debiera llevar a cabo, en palabras de Andrés Solimano (2013), aparece como un término más bien opaco en cuanto al neoliberalismo y la trayectoria a la modernidad predominante en la sociedad chilena. Por ese motivo no estamos en condiciones de profundizar en las *causas* por las que las narrativas de la individualización han colonizado el espacio de las experiencias personales y el modo en que se plantean los actores dentro de ellas. Ahondar en ese proceso nos parece prioritario, aunque los fines descriptivos y analíticos de nuestro estudio se verían ampliamente superados por la complejidad del asunto. Desde la humildad de esta investigación quisiéramos pensar que avanzamos un milímetro en esa dirección.

7. Anexos

Anexo 1: Pauta temática de las entrevistas en profundidad²⁴

I. Autopercepción Social

En este grupo de preguntas se busca saber cómo se describe la persona dentro de una estratificación social.

Como pregunta de entrada, partir por un tema más amplio, que abra la conversación.

II. Recursos Posicionales

En este punto el énfasis se encuentra en conocer los recursos de los que se dispone en una determinada posición social; particularmente los referidos a patrimonio, diplomas (credenciales), trabajo y redes sociales. También los elementos que han llevado al entrevistado a estar en la situación actual, tanto lo que lo ha facilitado como lo que lo ha dificultado

III. Temores posicionales

Aquí se busca conocer cuáles son los eventos que dan temor al sujeto en su posición social, qué cosas podrían desestabilizarlo y por qué estos eventos son clasificados así. También, las ansiedades que vive el sujeto en su posición, tanto en relación a eventos reales como a eventos supuestos.

IV. Soportes/ámbitos de seguridad

Finalmente, se busca conocer qué elementos otorgan a la persona seguridad, confianza, y a quiénes los sujetos recurren en caso de crisis, cómo se conciben estos soporte, quiénes son, cómo se comportan.

²⁴ La pauta corresponde a las entrevistas producidas en el marco del Proyecto Fondecyt n° 1140930 “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social del Chile” del que esta tesis forma parte. Debido a que el Proyecto se encuentra aún en curso sólo podemos adjuntar la pauta temática de las entrevistas.

Anexo 2: Composición de la muestra del estudio

En la siguiente tabla se indican los casos que compusieron la muestra:

Composición de la muestra integrada en la investigación:					
Número	Nombre	Edad	Ocupación	Lugar de residencia	Sector social
1	Amparo	51	Maquinista en industria textil	Santiago	Trabajador
2	Celia	29	Asistente en agencia de turismo	Santiago	
3	María Teresa	55	Pequeña agricultora	Pichidegua	
4	Mario	50	Albañil	Ovalle	
5	Araceli	36	Auxiliar de aseo	La Serena	
6	Luis	22	Jardinero	La Serena	
7	Pedro	64	Temporero agrícola	Pichidegua	
8	Norma	38	Ejecutiva en call-center	Valparaíso	
9	Jorge	62	Carpintero	Machalí	
10	Melva	48	Vendedora en empresa de retail	Ovalle	
11	Rigoberto	33	Trabajador en call-center	Santiago	
12	Rocío	45	Empresaria agrícola	Rancagua	Empresario
13	Juan	55	Dueño empresa de aseo	Santiago	
14	Inés	68	Gerente empresa agrícola	La Serena	
15	Raúl	60	Dueño de un bar	Valparaíso	
16	Felipe	32	Empresario agrícola	Ovalle	
17	Rita	40	Dueña de un restorán	Valparaíso	
18	María Isabel	52	Dueña y directora de una consultora	Santiago	
19	Óscar	45	Dueño de empresa financiera	Santiago	
20	Javier	60	Vendedor en empresa automotriz	La Serena	Medio
21	Natalia	38	Profesora de historia	Valparaíso	
22	Marcelo	48	Administrador de edificios	Valparaíso	

23	Teresa	48	Empleada en una Isapre	Ovalle
24	Ana María	55	Secretaria ejecutiva	Santiago
25	Claudio	27	Profesor de historia	Santiago
26	Carlos	72	Constructor civil	Ovalle
27	Manuel	50	Técnico jurídico	Ovalle
28	Loreto	41	Secretaria ejecutiva	Santiago
29	Cristina	35	Abogada	Graneros
30	Josefina	49	Educadora de párvulos	Santiago

Anexo 3: Consentimiento informado de las entrevistas

Formulario de Consentimiento Informado de las entrevistas individuales²⁵

Estimado Señor/a:

La Universidad de Chile está realizando un estudio llamado “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social de Chile” dentro del Concurso FONDECYT Regular 2013 de CONICYT. Su propósito es analizar las maneras a través de las cuales las personas significan, se representan, lidian y desarrollan prácticas en relación a su posición social.

El estudio tiene como investigadora responsable a la profesora Catalina Arteaga Aguirre, del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de dicha universidad y en él participarán hombres y mujeres, jóvenes y adultos, de grupos socioeconómicos bajo, medio y medio/alto y que vivan en distintos territorios del país.

Usted ha sido contactado sólo por poseer alguna de estas características, sin haber otra razón para solicitarle particularmente a Ud. esta entrevista.

Si usted acepta participar en el estudio, accede a responder a las preguntas que le hará el entrevistador referidas a su experiencia personal en la posición social en la que se encuentra. La entrevista tendrá una duración de aproximadamente una hora o una hora y media y será grabada en audio, a menos que Ud. solicite lo contrario.

Antes de aceptar participar, le pedimos que lea atentamente lo siguiente:

- a) Su participación en este estudio es totalmente voluntaria
- b) Su participación no comporta ningún tipo de riesgo para usted, ni contempla probabilidad alguna de daño a su persona.
- c) Ud. puede negarse a participar del estudio o interrumpir sus respuestas a la entrevista sin necesidad de entregar ningún tipo de explicación y sin que esto tenga ninguna consecuencia negativa para Ud.
- d) La entrevista se realizará en un lugar a convenir entre Ud. y el entrevistador.
- e) La entrevista no implica costos económicos que Ud. deba asumir, como tampoco compensaciones económicas.
- f) Su participación en el estudio es completamente anónima. Nadie, salvo el equipo de investigación, tendrá conocimiento de sus datos personales, así como acceso a las grabaciones de audio. Éstas serán almacenadas en las oficinas de la investigadora responsable y serán destruidas una vez finalizado el estudio. Las publicaciones que deriven del estudio no revelarán sus datos personales.

²⁵ Consentimiento informado utilizado en las entrevistas en profundidad generadas en el marco del Proyecto Fondecyt n° 1140930 “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social del Chile”, del que esta tesis es parte.

Su participación en el estudio puede ser de gran utilidad para el país, pues su colaboración ayudará a comprender algunos aspectos sobre las experiencias de las personas en el Chile actual. Podrá solicitar los resultados del estudio una vez que éste termine, en marzo del 2016.

Cualquier duda o queja que le surja sobre el estudio, sus resultados o sus procedimientos, puede hacerla contactándose con la responsable de almacenar la información, profesora Catalina Arteaga, carteaga@u.uchile.cl, Av. Ignacio Carrera Pinto 1045 – Ñuñoa, Telefono: 29787776 Si estima que este estudio le ha hecho algún daño, por favor contáctese con el Dr. Raúl Villarroel, del Comité de Ética de la Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Chile, comitedeetica@uchile.cl, Teléfonos: 29787026- 29787023.

EXPRESIÓN DEL CONSENSO PARA PARTICIPAR EN EL ESTUDIO

He sido invitado/a por la Universidad de Chile a participar en el estudio titulado “Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social de Chile”. Entiendo que mi participación consistirá en responder unas preguntas al/a entrevistador/a, a partir de mi experiencia personal. He leído (o se me ha leído) la información del documento de consentimiento. He tenido tiempo para hacer preguntas y se me ha contestado claramente. Con mi firma acepto participar voluntariamente en este estudio. Una copia de este consentimiento me será entregada.

Nombre

Rut

Firma del/a participante

Declaración de consentimiento informado

Declaro haber explicado atentamente los objetivos y la naturaleza de este estudio al participante arriba mencionado, en un lenguaje apropiado y comprensible. El/la participante ha tenido la posibilidad de discutir conmigo todos los detalles. He respondido a todas sus preguntas y dudas y ha aceptado participar en el estudio.

Nombre

Rut

Firma del/a investigador/a

FECHA Y LUGAR DE LA FIRMA DEL CONSENTIMIENTO INFORMADO: _____

8. Bibliografía

Aguilar, O. (2009). *Principios de diferenciación material y simbólica en la estratificación social*. Santiago: Expansiva UDP.

Ahumada, J. M., & Mayol, A. (2015). *Economía política del fracaso. La falsa modernización del modelo neoliberal*. Santiago: El Desconcierto.

Araujo, K., & Martucceli, D. (2010). La individuación y el trabajo de los individuos. *Educacao e Pesquisa*, vol. 36, pp. 77-91.

Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos, Tomo I y II*. Santiago: LOM.

Archer. (2009). *Teoría social realista: el enfoque morfogenético*. Santiago: UAH.

Arnold, M., & Rodríguez, D. (2007). *Sociedad y teoría de sistemas*. Santiago: Universitaria.

Arteaga, C., & Martucceli, D. (2012). Neoliberalismo, corporativismo y experiencias posicionales. Los casos de Chile y Francia. *Revista mexicana de sociología*, 275-302.

Arteaga, C., Greibe, A., & Pérez, S. (2014). *Experiencias posicionales: subjetividades en la transformación social de Chile*. Proyecto Fondecyt N° 1140930.

Atkinson, W. (2007). Beck, individualization and the death of class: a critique. *The British Journal of Sociology*, vol. 58, 349-362.

Atkinson, W. (2010). Same formula, different figures. Change and persistence in class inequalities. *Sociología*, pp. 11-24.

Bal, M. (2009). *Narratology. Introduction to the theory of narrative*. Toronto: University of Toronto Press.

Balbotín, I. (2009). La dualidad de las capas medias, la apatía y la sustentabilidad sociopolítica en Chile. *Estudios Avanzados, Universidad de Santiago*, 125-150.

Baño, R. (2003). Más allá de las culpas y las buenas intenciones. En R. Baño (ed), *La Unidad Popular 30 años después*. Santiago: LOM.

- Barozet, E. (2006). El valor histórico del pituto: clase media, integración y diferenciación social en Chile. *Revista de Sociología n° 20, Universidad de Chile*.
- Barozet, E., & Fierro, J. (2011). Clase media en Chile, 1990-2011: algunas implicancias sociales y política. *Fundación Konrad Adenauer*.
- Barozet, E., & Méndez, M. L. (2012). Lo auténtico también es público: Comprensión de lo público desde las clases medias en Chile. *Polis, 11 (31)*, pp. 183-202.
- Barozet, E., Espinoza, V., & Mendez, M. L. (2013). *Estratificación y movilidad social bajo un modelo neoliberal: el caso de Chile*. Santiago: Proyecto Desigualdades.
- Bauer, M. (1996). The narrative interview. *Papers in Social Research Methods LSE, Qualitative Series n°1*.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. México: Gedisa.
- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra.
- Beck, U. (1996). Teoría de la modernización reflexiva. En J. Beriain (ed), *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo* (págs. 223-265). España: Anthropos.
- Beck, U. (2000). *La democracia y sus enemigos*. Buenos Aires: Paidós.
- Beck, U. (2007). Beyond class and nation: reframing social inequalities in a globalizing world. *The British Journal of Sociology, vol. 58*, 679-705.
- Beck, U., & Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Beriain, J. (1996). El doble "sentido" de las consecuencias perversas de la modernidad. En J. Beriain (ed), *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo* (págs. 7-29). España: Anthropos.
- Berman, M. (2011). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI.
- Boccardo, G., & Ruiz, C. (2011). *Panorama actual de la estructura social chilena*. Santiago: CEIS.

- Boccardo, G., & Ruiz, C. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*. Santiago: Nodo XXI-El Desconcierto.
- Boltanski, L., & Chiappello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bottero, W. (2004). Class identities and the identity of class. *Sociology*, vol. 38 (5), pp. 985-1003.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.
- Bourdieu, P. (2001). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Descleé de Brouwer.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., & Passeron. (1996). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. México: Fontamara.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Brannen, J., & Nilsen, A. (2005). Individualisation, choice and structure: a discussion of current trends in sociological analysis. *The Sociological Review*, vol. 53, 412-428.
- Bruner, J. (2004). Life as narrative. *Social research*, vol 71, n° 3, pp. 691-710.
- Camargo, R. (2011). *El sublime retorno de la ideología. De Platón a Zizek*. Santiago: Metales Pesados.
- Campbell, C. (1983). Romanticism and the consumer ethic: intimations of a Weber-style thesis. *Sociological Analysis*, vol 44, n°4, 279-295.
- Castel, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuo del individuo*. Buenos Aires: FCE.
- Castells, M. (1999). *Globalización, Identidad y Estado en América Latina*. Santiago: PNUD.
- Castoriadis, C. (2008). *El mundo fragmentado*. La Plata: Caronte.
- Chul-Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder .

- Corcuff, P. (2007). Figuras de la individualidad: de Marx a las sociologías contemporáneas. *Cultura y representaciones sociales*, vol. 2, n° 4, 9-41.
- Correa, S., & al. (2001). *Historia del siglo XX chileno: balance paradójico*. Santiago: Sudamericana.
- Cousiño, C., & Valenzuela, E. (1994). *Politización y monetarización en América Latina*. Santiago: Interamericana.
- Dawson, M. (2012). Reviewing the critique of individualization: the disembedded and embedded theses. *Acta Sociológica*, 55 (4), 305-319.
- De la Maza, G. (2010). *Construcción democrática, participación y políticas públicas en Chile*. Universidad de Leiden: Tesis doctoral.
- Dubet, F. (1996). ¿Ocaso de la idea de sociedad? *Revista de Sociología* 10, Universidad de Chile, pp. 7-23.
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Complutense.
- Dubet, F., & Martuccelli, D. (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- Eagleton, T. (2010). *Los extranjeros: por una ética de la solidaridad*. Madrid: Paidós.
- Ehrenberg, A. (2011). La crise du symbolique et le déclin de l'institution : quels sont les arguments? Quelle est l'alternative épistémologique? *Cliniques méditerranéennes*, vol. 1, 83, pp. 55-66.
- Elster, J. (1986). *An introduction to Karl Marx*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Esping-Andersen, G. (1993). *The three worlds of welfare capitalism*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Featherstone, M. (2000). *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferge, Z. (1997). The changed welfare paradigm: the individualization of the social. *Social Policy and Administration*, vol. 31, n°1, 20-44.
- Ffrench-Davis, R. (2014). *Chile, entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad*. Santiago: JP Sáez.

- Flick, U. (2014). Mapping the field. En U. Flick (ed), *The SAGE Handbook of Qualitative Analysis* (págs. 3-18). Londres: Sage.
- Franco, R., León, A., & Atria, R. (2007). *Estratificación y movilidad social en América Latina*. Santiago: LOM.
- Frei, R. (2014). *The living bonds of generations: the narrative construction of post-dictatorial memories in Argentina and Chile*. Berlín: Tesis doctoral - U. de Humboldt.
- Fundación Sol. (2015). *Los verdaderos sueldos de Chile*. Santiago: Documentos de Trabajo.
- Garretón, M. A. (2000). *La sociedad en que vivi(re)mos*. Santiago: LOM.
- Garretón, M. A. (2002). La transformación de la acción colectiva en América Latina. *Revista de la CEPAL*, 76, pp. 7-24.
- Garretón, M. A. (2013). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Santiago: ARCIS-CLACSO.
- Garretón, M. A. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago: LOM.
- Gergen, M. (1988). Narrative structures in social explanation. En C. Antaki (ed), *Analysing lay explanation: A casebook of methods* (págs. 94-112). California: Sage.
- Gibbs, G. (2012). *El análisis de datos cualitativos en investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Gibbs, G. (2014). Using software in qualitative analysis. En U. Flick (ed), *The SAGE Handbook of Qualitative Analysis* (págs. 277-294). Londres: Sage.
- Giddens, A. (1996). Modernidad y autoidentidad. En J. Berriain (ed), *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo* (págs. 33-71). España: Anthropos.
- Godlthorpe, J. (1993). Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro. En J. Carabaña (ed), *Teorías contemporáneas de clases sociales* (págs. 127-155). Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- González, S. (Octubre de 2015). La resiliencia como sello país. *Le Monde Diplomatique, versión chilena*, pág. 9.
- Habermas, J. (1992). *Teoría de la Acción Comunicativa, Vol. I*. Madrid: Taurus.

- Habermas, J. (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Katz.
- Hayek, F. (2007). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza Editorial.
- Honneth, A. (2004). Organized self-realization. Some paradoxes on individualization. *European Journal of Social Theory*, 7 (4), pp. 463-478.
- Huneus, C. (2000). *El régimen de Pinochet*. Santiago: Sudamericana.
- Inglehart, R., & Oyserman, D. (2004). Individualism, autonomy and self-expression: the human development syndrome. En H. Vinken (ed), *Comparing cultures, dimensions of culture in a comparative perspective*. Leiden: Brill.
- Kohler, C. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. Boston: Sage.
- Labov, W. (1997). Some further steps in narrative analysis. *Journal of Narrative and Life History* 7:1-4, 395-415.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Lahire, B. (2004). *El hombre plural: los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Lamont, M. (1992). *Money, morals and manners. The culture of the French and the American upper-middle class*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lamont, M. (2000). *The dignity of working men. Morality and the boundaries of race, class and immigration*. EE.UU.: Harvard University Press.
- Larraín, J. (2011). *¿América latina moderna? Globalización e identidad*. Santiago: LOM.
- Larrañaga, O. (2015). Las políticas de protección social en perspectiva histórica. En D. Contreras, & Larrañaga, *Las nuevas políticas de protección social en Chile* (págs. pp. 14-40). Santiago: Uqbar-PNUD.
- Lash, S. (2003). Prefacio: Individualización a la manera no lineal. En U. Beck, & E. Beck-Gernsheim, *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas* (págs. 9-18). Barcelona: Paidós.
- Lazzarato, M. (2009). Neoliberalism in action: inequality, insecurity and the reconstitution of the social. *Theory, culture & society*, vol. 26 (6), pp. 109-133.

- Lechner, N. (2003). Los desafíos políticos del cambio cultural. *Nueva sociedad* 184.
- Lee, R. (2006). Reinventing modernity. Reflexive modernization vs liquid modernity vs multiple modernities. *European Journal of Social Theory* 9 (3), pp. 355-368.
- León, A., & Martínez, J. (2001). *La estructura social chilena hacia fines del siglo XX*. Santiago: CEPAL.
- Lewins, A., & Silver, C. (2007). *Using software in qualitative research. A step-by-step guide*. Londres: Sage.
- Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.
- Lukács, G. (1968). *History and class consciousness*. Cambridge: MIT Press.
- M., Sommers. (1992). Narrativity, identity and social action: rethinking english class formation. *Social Science History*, 16 (4), 591-630.
- Mac-Lure, O., & Calvo, R. (2013). Desigualdades sociales y tipos de territorios en Chile. *Polis, Revista Latinoamericana*, vol. 12, n° 34, 467-490.
- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo*. Santiago: LOM.
- Martuccelli, D. (2010a). *¿Existen individuos en el Sur?* Santiago: LOM.
- Martuccelli, D. (2010b). La sociología en los tiempos del individuo. Entrevista a Danilo Martuccelli. *Medio Vínculo*, pp. 2-26.
- Martuccelli, D. (2013). La individuación, estrategia central en el estudio del individuo. En C. Charry, & N. Rojas (eds), *La era de los individuos. Actores, política y teoría en la sociedad actual* (págs. 195-226). Santiago: LOM.
- Martuccelli, D. (2014). *Sociologías de la modernidad*. Santiago: LOM.
- Martuccelli, D., & de Singly, F. (2012). *Las sociologías del individuo*. Santiago: LOM.
- Marx, K. (1959). *Economic and philosophic manuscripts of 1844*. Moscú: Progress.
- Mayring, P. (2000). Qualitative content analysis. *Forum: Qualitative Social Research*, 1 (2).

- Mella, C. (2013). *¿Cómo se representa la clase media a sí misma? Fronteras morales y diferenciación social*. Santiago: Tesis de pregrado - Universidad de Chile.
- Méndez, M. L. (2008). Middle class identities in a neoliberal age: tensions between contested authenticities. *The Sociological Review* 56, issue 2, pp. 220-237.
- Moulián, T. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: LOM.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *Historia como sistema*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ossowski, S. (1972). *Estructura de clases y conciencia social*. Buenos Aires: Diez.
- Parsons, T. (1966). *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente.
- Pinto, J., & Salazar, G. (2014). *Historia contemporánea de Chile II: Actores identidad y movimiento*. Santiago: Lom.
- PNUD. (2002). *Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: PNUD.
- PNUD. (2012). *Bienestar subjetivo: el desafío de repensar el desarrollo*. Santiago: PNUD.
- Porrás, G. (2013). Individualität, Individualisierung, Individualism: tres perspectivas del concepto de individuo en Georg Simmel. En C. Charry, & N. Rojas (eds), *La era de los individuos. Actores, política y teoría en la sociedad actual* (págs. 51-68). Santiago: LOM.
- Portes, A. (2004). La sociología en el continente: convergencias pretéritas y una nueva agenda de alcance medio. *Revista mexicana de sociología*, año 66, n°3, pp. 1-37.
- Robles, F. (2000). *El desaliento inesperado de la modernidad: molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo*. Concepción: RIL.
- Salazar, G. (2003). *Historia de la acumulación capitalista en Chile*. Santiago: LOM.
- Sandelowski, M. (1991). Telling stories: narrative approaches in qualitative research. *Image vol. 23, n° 3*, 161-166.
- Savage, M. (2000). *Class analysis and social transformation*. Nueva York: Open University Press.
- Schreier, M. (2014). Qualitative content analysis. En U. Flick (ed), *The SAGE Handbook of Qualitative Analysis* (págs. 170-183). Londres: Sage.
- Solimano, A. (2013). *Capitalismo a la chilena y la prosperidad de las élites*. Santiago: Catalonia.

- Solimano, A. (2015). *Elites económicas, crisis y capitalismo del siglo XXI*. Santiago: FCE.
- Somers, M. (1994). The narrative constitution of identity: a relational and network approach. *Theory and Society*, 605-649.
- Taylor, C. (1994). *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.
- Taylor, S., & Bogdan, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.
- Tironi, E. (1999). *La irrupción de las masas y el malestar de las élites*. Santiago: Grijalbo.
- Tironi, E. (2005). *El sueño chileno. Comunidad, familia y nación en el Bicentenario*. Santiago: Taurus.
- Toolan, M. (2001). *Narrative. A critical linguistic introduction*. Nueva York: Routledge.
- Torche, F., & Wormald, G. (2004). *Estratificación y movilidad social en Chile: entre la adscripción y el logro*. Santiago: CEPAL.
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México D.F.: FCE.
- Urry, J. (2000). *Sociology beyond societies: mobilities for the twenty-first century*. Londres: Routledge.
- Varas, A. (2012). *La democracia frente al poder. Chile, 1990-2010*. Santiago: Catalonia.
- Wagner, P. (1994). *A sociology of modernity: liberty and discipline*. Londres: Routledge.
- Weber, M. (2001). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wright Mills, C. (1961). *La imaginación sociológica*. México D.F.: FCE.
- Wright, E. O. (1992). Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases. En J. Carabaña (ed), *Teorías contemporáneas de las clases sociales* (págs. 17-126). Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- Zabludovsky, G. (2013). La individualización en la obra de Norbert Elías. En N. Charry, & N. Rojas (eds), *La era de los individuos. Actores, política y teoría en la sociedad actual* (págs. 23-50). Santiago: LOM.
- Zizek, Z. (2003). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Argentina: FCE.